Los Hollister



28

Y EL SECRETO DEL CARRUSEL

JERRY WEST

Todo el mundo se muestra entusiasmado cuando se propone que un tiovivo sea la principal atracción de la fiesta de la Escuela Lincoln. Pete Hollister se presenta voluntario para montar el carrusel, a pesar de las dificultades que conlleva.





Jerry West

Los Hollister y el secreto del carrusel

Los Hollister - 28

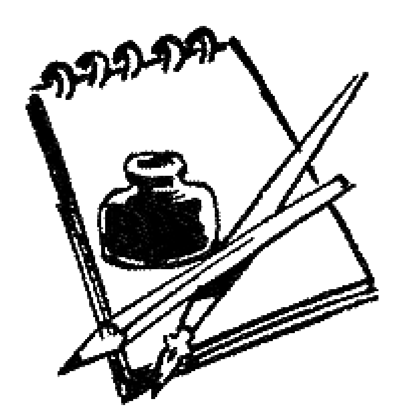
ePub r1.1
nalasss 16.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Merry-Go-Round Mystery*
Jerry West, 1955
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



PLANES EMOCIONANTES



—¡Apuesto a que me columpio más alto que tú! —gritó Ricky Hollister, corriendo hacia los columpios del patio del colegio.

—No. No podrás hacerlo —respondió Holly, mientras corría junto a su hermano, de ocho años.

La traviesa Holly tenía tan sólo dos años menos que el pecosillo Ricky. Las trenzas de Holly saltaban sobre sus hombros, mientras la niña corría. Los dos hermanos llegaron a los columpios en el mismo momento y saltaron a los sillines.

Era una agradable mañana de abril. Había caído una ligera llovizna la noche anterior y el patio se encontraba lleno de barro. También llegaron corriendo los hermanos mayores, Pete y Pam Hollister.

—¿Queréis que os demos un empujoncito? —preguntó el guapo Pete, de doce años, con el cabello cortado a cepillo.

—¡Síiii! —respondieron a coro Ricky y Holly.

Pete empujó con fuerza el columpio de Holly, mientras Pam, de diez años y cabello largo, daba impulso al columpio de Ricky, sonriendo dulcemente.

—Muy bien. ¡Ya basta! —gritó Ricky.

Holly sonrió, traviesa, y se balanceó con más fuerza.

—¿Quién gana? —preguntó el pelirrojo a un grupo de compañeros que se habían acercado a mirar.



—Estáis empatados —repuso Donna Martin, luciendo los clásicos hoyuelos que se le formaban cuando sonreía. Asistía a la clase de Holly y vivía cerca de los Hollister—. No sé cómo los Hollister os divertís siempre tanto…

—Por eso nos llamamos los Felices Hollister —fue la sonriente

contestación de Pam—. Pero Donna tiene razón, Ricky. Holly y tú estáis empatados.

—Pero hay una cosa que tú no puedes hacer, Holly —declaró Ricky en tono retador.

—¿Qué es?

—Saltar del columpio mientras está balanceándose.

—No lo hagas, Ricky. Puedes hacerte daño. Además, hay un charco muy grande delante de tu columpio.

Ricky bajó la vista hacia el agua y repuso:

—Puedo saltar por encima. ¡Mírame!

Mientras el columpio iba y venía a buen ritmo, el pequeño se soltó y se lanzó al aire.

¡PLOF! Aterrizó en el centro del charco, llenándose de barro los pantalones hasta las rodillas. Mientras Holly y los otros se echaban a reír, la buena de Pam dijo al pequeño:

—Será mejor que corras a casa y te pongas otros pantalones, Ricky. Te da tiempo, antes de que suene el timbre.

Ricky salió a la carrera, pero no pudo regresar antes de que el director hubiera salido al patio. En ese momento, el señor Russell estaba diciendo a voces:

—¡Atención, por favor! Que todos los alumnos pasen directamente al auditorio, cuando suene el timbre. Vamos a celebrar una reunión para hacer planes sobre la fiesta escolar.

En ese momento sonó el timbre. Y todos corrieron hacia la sala de reuniones.

—Este año, el dinero que se recaude será destinado a la guardería infantil de Shoreham —explicó Pam a Holly, mientras las dos se apresuraban a buscar sus asientos.

—¿El colegio donde vimos a aquellos pequeñines tan guapos?

Pam movió la cabeza de arriba abajo, para responder a Holly. Pronto, todos estuvieron sentados, en silencio, en la enorme sala. El señor Russell subió al estrado y dio la señal para que empezaran a cantar, los maestros y los alumnos, el himno «Barras y Estrellas». Luego dijo:

—Se están haciendo planes estupendos para nuestra fiesta escolar que, como todos sabéis, se celebrará durante tres días del mes que viene. Se han formado varios comités y nombrado

presidentes. Pero nos faltan novedades para esta celebración. Si alguno de vosotros puede hacer alguna sugerencia, que se ponga en pie. Os iré llamando a todos, uno a uno.

Al momento se puso en pie un chico. Los Hollister vieron que se trataba de Jeff Hunter, un amigo de Ricky.

—Di, Jeff.

—¿Podríamos tener un tiovivo este año, señor Russell?

—Buena idea —replicó el director—. ¿Hay alguien más a quien le agrade que se instale un tiovivo?

Casi todos los alumnos levantaron la mano y la estancia se llenó de murmullos aprobadores.

—Estoy seguro de que con eso se podría obtener mucho dinero —comentó el señor Russell—. Pero puede resultar difícil encontrar un tiovivo. ¿Hay alguien que se ofrezca a localizar uno?

Pete Hollister se levantó de su asiento:

—Yo, señor Russell —declaró.

Al sentarse Pete, Joey Brill, su compañero de clase, se levantó. Joey era un camorrista, que no había cesado de molestar a los Hollister desde que la feliz familia se trasladara a Shoreham.

—Señor Russell, tendríamos que cambiar las fechas de nuestra fiesta. El Carnaval Jumbo se celebra en los mismos días y me gustaría trabajar de nuevo allí.

Joey había sido vendedor de boletos del tiovivo, en aquel carnaval, hasta que el aparato se rompió.

—Lo lamento, pero no se podrá cambiar la fecha —respondió el señor Russell—. Además, aquí tendremos un tiovivo… Es decir, si Pete Hollister puede encontrar uno.

Cuando Joey comprendió que no se hacía caso de su petición egoísta, arrugó el ceño y volvió a sentarse. Se hundió en la silla, hizo una mueca al señor Russell, que éste no pudo ver, y cuchicheó:

—¡Pete Hollister, eres un idiota sabelotodo!

Y sin más motivos, dio un fuerte manotazo a Pete en la nuca.

Esto sí lo vio el señor Russell, que dijo al momento:

—Joey Brill, abandona la sala inmediatamente; y preséntate luego en mi despacho.

Joey se puso en pie, pasó dando empujones a todos los de su fila, y salió de la sala.

El director preguntó de nuevo si alguien más tenía alguna sugerencia para la fiesta. Ahora el que se levantó fue Dave Meade, el mejor amigo de Pete.

—En la fiesta del año pasado, los chicos mayores celebramos una competición muy divertida. ¿Por qué este año no hacen lo mismo los pequeños? —propuso.

Todos los alumnos de las primeras clases estallaron en aplausos al oír aquello, por lo que el director admitió que era una buena idea.



—¿Quieres ser el presidente, Dave? —preguntó el señor Russell.

El pequeño contestó que le encantaría serlo.

Ann Hunter pensó que sería una buena idea formar un grupo que se encargase de hacer muñecas y animales de trapo para venderlos en la fiesta.

—Y me gustaría nombrar a Pam Hollister presidente —añadió.

Pam hizo una reverencia al aceptar el cargo, y en seguida empezó a pensar en quiénes formarían el grupo. En ese momento, Holly se levantó de un salto.

—¡Tengo una idea! —exclamó, entusiasmada—. Me gustaría dar un paseo a los niños en carro, tirado por nuestro burro «Domingo».

Las alegres risas que siguieron a la propuesta demostraron que la idea de Holly constituiría un éxito en la fiesta.

Después de la reunión, los niños marcharon a sus respectivas clases, pero a todos les resultó muy difícil concentrarse en las tareas escolares. Cuando terminaron las clases, por la tarde, Ricky corrió al encuentro de Dave y le preguntó, casi sin aliento:

—Oye, ¿podré tomar parte en esa competición? ¡Anda, di que sí!

—Claro que sí —respondió Dave—. Cuantos más seáis, mejor.

—¡Estupendo! —contestó Ricky.

Seguidamente, corrió a casa para pensar la manera de construir un cochecito.

Holly, que llegó poco después que su hermano, fue directamente al garaje donde estaba «Domingo». El garaje se encontraba en el gran patio trasero del hogar de los Hollister, situado a orillas del hermoso lago de los Pinos. La casa, antigua y confortable, resultaba encantadora para los esposos Hollister y sus cinco hijos.

Todos los niños, excepto la chiquitina Sue, una niñita de cuatro años, iban a la escuela. Al ver a su hermana dirigirse al garaje, Sue corrió a su encuentro.

—Hola, Sue —saludó Holly—. Voy a dar paseos en burro en la fiesta de la escuela. Vamos a practicar en seguida. Voy a enganchar el carro y tú puedes acompañarme.

Abrió la puerta del garaje y se acercó al pesebre junto al que se encontraba «Domingo», muy tranquilo. Cerca se veía un carro de madera, de dos ruedas. Entre Holly y Sue, pronto tuvieron al burro enganchado al carrito.

—Bien, Sue. Ahora, sube —invitó Holly. Y cuando las dos estuvieron instaladas en el vehículo, gritó—: ¡Arre, «Domingo»!

A «Domingo» le pareció agradable la idea de ir con sus amitas a dar un paseo. Pero en lugar de marchar a un trote lento, como hacía otras veces, el burro se lanzó a correr.

—¡Sooo! —gritó Holly, mientras conducía al animal por el

camino que rodeaba la casa—. Ahora volveremos al garaje.

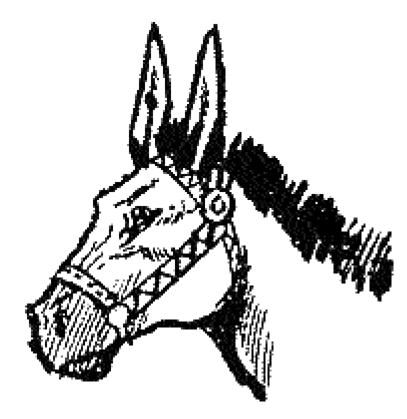
Pero cuando dio un tirón de la rienda izquierda, el burro efectuó un rápido giro.

—¡Eeeh! —chilló Holly—. No tan de prisa, «Domingo».

Pero ya el carrito se había inclinado sobre una rueda.

¡Y las dos niñas fueron lanzadas fuera del carro!

¡CUIDADO, SUE!



Después de caer de cabeza fuera del carro, Sue y Holly rodaron y rodaron por tierra. «Domingo» siguió corriendo un corto trecho, y luego se detuvo, nervioso, sacudiendo las orejas.

Holly fue la primera en levantarse.

—¿Estás bien, Sue? —preguntó en seguida a su hermana.

—Cre… creo que sí —repuso la pequeñita sin aliento. Luego, con carita de extrañeza, preguntó—: ¿Esto es lo que «hacerás» con los niños del colegio?

—¿Cómo? —Holly se echó a reír—. No, Sue, esto ha sido un accidente.

Las dos hermanas se sacudieron los vestidos y luego se acercaron al burro.

—No vuelvas a hacer eso, «Dominguito» —pidió Sue, moviendo un dedo en gesto desaprobador.

El burro inclinó la cabeza, como avergonzado.

Pete llegó corriendo por el camino, levantó el carrito volcado y luego anunció:

—¡Acabo de averiguar dónde podemos encontrar un tiovivo!

—¿En dónde? —preguntó Ricky, que salió del garaje.

—Jimmy Cox me ha dicho que un señor que se llama Day tiene uno. Vive aquí, en la ciudad.

—¡Canastos! —exclamó con entusiasmo el pecoso—. ¡Tenemos que ir a verle ahora mismo!

Los dos muchachitos se marcharon a la carrera, y en diez minutos llegaron ante la puerta de la casa del señor Day.

—¡Carámbanos, por aquí no veo ningún tiovivo! —exclamó el pecoso.

—Puede que el señor Day tenga un almacén en alguna otra parte —respondió Pete esperanzado, mientras llamaba a la puerta.

Abrieron en seguida y apareció un hombre de pequeña estatura y aspecto simpático, que les invitó a entrar. Pete, después de haber presentado a su hermano y a sí mismo, manifestó:

—Nos han dicho que tiene usted un tiovivo, señor Day.

—Sí, tengo uno —respondió el hombre—. Lo he construido yo mismo y estoy orgulloso de él.

Pete explicó que lo necesitaban para la fiesta del colegio.

—Creo que el mío os gustará —respondió el señor Day—. Venid y os lo enseñaré. Está en el sótano.

Precedió a los chicos escaleras abajo.

—¡Canastos! ¿Y cómo podremos sacarlo de ahí? —preguntó, Ricky, perplejo.

—Sin la menor dificultad. ¡Mirad! Ahí lo tenéis. ¿Verdad que es muy bonito?

Y el señor Day señalaba un diminuto tiovivo que se encontraba sobre un banco de carpintero.

—¡Ooooh! Es en miniatura… —murmuró Pete. A continuación, explicó al señor Day que estaban buscando un tiovivo donde pudieran montarse los niños.

—Siento no poder solucionaros el problema —dijo el hombre—, pero, si mi carrusel puede seros de alguna utilidad, está a vuestra disposición.

Se acercó al banco de trabajo y presionó un botón que se encontraba en un lado del juguete que, al momento, empezó a girar alegremente. AL mismo tiempo, una cajita de música dejó escapar las notas de una linda tonadilla.

—¡Esto es estupendo! —exclamó Pete—. Podríamos ponerlo en

la tienda de papá, para anunciar la fiesta del colegio.

La tienda del señor Hollister, una combinación de ferretería, juguetería y artículos deportivos, se llamaba «Centro Comercial» y estaba enclavada en el centro de Shoreham.

—Pues os lo dejaré con mucho gusto, hijos —dijo el amable señor Day, apresurándose a guardar el juguete en una caja—. ¿Podréis llevarlo entre los dos?

—Claro —afirmó Pete—. Y lo cuidaremos mucho. Se lo devolveremos en cuanto termine la fiesta. Y muchas gracias, señor Day.

Al llegar al «Centro Comercial», los chicos mostraron a su padre el lindo juguete. En los ojos castaños del señor Hollister brillaron chispitas de alegría cuando sonrió.

—Será un excelente motivo publicitario para mis escaparates —dijo.

Pete dejó en seguida espacio libre en uno de los escaparates y colocó allí el juguete; después lo puso en funcionamiento. Al poco rato, se había reunido un gran gentío a admirar el juguete. Unos minutos más tarde, Pete colocaba junto al tiovivo un letrero que decía:

VENID A MONTAR EN EL TIOVIVO,
EL MES PRÓXIMO, EN LA FIESTA
DE LA ESCUELA LINCOLN

Ricky estaba observando, desde el bordillo, junto a un señor robusto, cuando, de repente, oyó la voz dé Joey Brill. El camorrista estaba hablando cotí Will Wilson, su mejor amigo, quien molestaba a los Hollister casi tanto como el propio Joey.

—Este anuncio es una farsa —decía Joey—. Pete Hollister no será capaz de encontrar un tiovivo. Si el propietario del Carnaval Jumbo no puede encontrar uno, ¿cómo va a encontrarlo él?

Ricky no dijo nada, sino que fue a la tienda a contárselo todo a su padre y a su hermano.

—Imagino que será tarea difícil encontrar un tiovivo —admitió el señor Hollister—. Ojalá no te resulte imposible, Pete.

—No te preocupes, papá. Estoy seguro de que encontraremos

uno para la fiesta.

Ricky explicó a su padre que había estado buscando por todo el garaje y el sótano y no había podido encontrar ejes ni ruedas para construir un coche con que competir en las carreras.

—Y necesito ruedas y ejes de calidad, si quiero hacer un coche rápido, papá —declaró el pecoso en tono reflexivo.

El señor Hollister pasó un brazo cariñosamente sobre los hombros del pequeño.

—Haré un trato contigo, Ricky. Tengo aquí un juego de ejes y ruedas buenos. Te los daré a cambio de que tú me ayudes.

—¡Vivaaa! —gritó el muchacho, dando saltos de alegría.

Su padre le llevó al departamento de ferretería y le entregó cuatro relucientes ruedas metálicas y dos sólidos ejes.

—¡Canastos, papá! ¡Muchas gracias! —dijo el pequeño y marchó hacia su casa cargado con las piezas para el coche.

Fue directamente al banco de carpintero que tenía su padre en el sótano. Buscó por allí y encontró una sierra, tornillos y clavos, un martillo y un destornillador. Y Ricky se puso a la tarea de construir un armazón de madera en que encajar las ruedas.

Media hora más tarde, Jeff Hunter bajaba las escaleras del sótano.

—¡Escarabajos peloteros! ¡Cuánto has hecho ya de tu coche de carreras! —exclamó, al ver que Ricky acababa de colocar las ruedas.

—Vayamos a probarlo, ¿quieres, Jeff?

Entre los dos llevaron el artefacto al patio. Colocaron un tablón en medio del armazón; luego, Jeff se sentó en él y Ricky le empujó por el camino del jardín.

—Mira. Esto representará la pista de carreras —dijo Ricky—. ¡Agárrate con fuerza!

Puso las manos en los hombros de Jeff y empujó con todas sus fuerzas.



—¡Oooh! ¡Esto sí que es velocidad! —exclamó Jeff. Pero un momento después, chillaba, alarmado—. ¡Cuidado, Sue!

La pequeñita se encontraba precisamente frente a él, empujando el cochecito de la muñeca por el camino del jardín. El coche todavía no tenía mandos, por lo que Jeff no podía cambiar de dirección. Y Sue estaba tan cerca que ya no había tiempo ni para frenar con los pies.

¡CRASH! El vehículo de Jeff chocó con el coche de la muñeca y lanzó por los aires a la «hijita» de Sue. Al verla caer al suelo, la pequeña se echó a llorar.

—¡Mi «bebé» está herido! —gritó con desesperación la pobre Sue —. Mira ¡Un pedazo de cabeza! ¡De prisa! ¡Hay que llevarla «in

siguida» a un hospital de muñecas!

Y Sue continuó lamentándose, mientras por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas.

Pam salió a toda prisa para ver qué sucedía.



—No, te preocupes, guapa. Yo pegaré con cola la cabeza de la muñeca. Convéncete de que es mejor que sólo saques a pasear a las muñecas irrompibles.

—Lo siento mucho —murmuró Ricky.

—También yo —añadió Jeff, que en seguida propuso—: Ricky, debes hacer en seguida un volante para tu coche.

Mientras los chicos cargaban con el armazón del cochecito camino del sótano, Pam volvió a casa con la muñeca de Sue, para repararla. En un abrir y cerrar de ojos, la muñeca quedó recompuesta, y Sue volvió a sentirse feliz.

Antes de la hora de cenar, Pete llego a casa muy contento.

—He averiguado algo sobre el Carnaval Jumbo —anunció.

Y explicó que había estado hablando con el oficial Cal, un simpático policía que había ayudado a los Hollister a solucionar varios misterios.

—Cal dice que los policías de Shoreham no quieren que el Carnaval se instale en la ciudad. El año pasado se marcharon todos sin limpiar los terrenos donde habían instalado sus cachivaches, y el Ayuntamiento tuvo que encargarse de hacerlo.

—Entonces ¿esa feria no se instalará aquí? —preguntó Pam alegremente.

—Dentro de la ciudad, por lo menos, no —replicó Pete—. Aunque sí en las afueras. También me he enterado de que el dueño de esa feria se llama Zack Bird y su socio es Tom Wheel. Y, como Joey dijo, todavía están buscando un tiovivo para sustituir al que se les estropeó.

Después de la cena, mientras los mayores se ocupaban de hacer sus deberes escolares, Sue fue a decirle a su madre:

—Yo también «quero» hacer algo para la fiesta del colegio.

—¿Y qué te gustaría hacer? —preguntó la señora Hollister.

—Pues… un adivinador de la suerte —replicó Sue, con sus habituales explicaciones un poco extrañas.

—Creo que podremos arreglar eso —contestó la madre sonriendo—. Ven conmigo, hijita.

Llevó a Sue al desván, donde guardaban los vestidos que ya no se usaban. Unos minutos después, Sue y su madre volvían a bajar. La pequeñita iba disfrazada de adivinadora.

—Y, además, mira lo que hemos encontrado, papaíto —explicó emocionada la pequeña, mostrando una pecera de cristal.

—¡Pero si es una bola de cristal! —exclamó el señor Hollister, dejando el periódico.

—Voy a enseñarte como la manejan las adivinadoras del pensamiento.

Sue colocó la bola boca abajo sobre una mesita, y luego la cubrió con un paño negro. Después, de un tirón, quitó el paño, apoyó sus dos manecitas sobre la bola y miró al interior, intensamente.

—¿Qué estás viendo? —preguntó la señora Hollister.

Tras permanecer pensativa largo rato, la niña repuso:

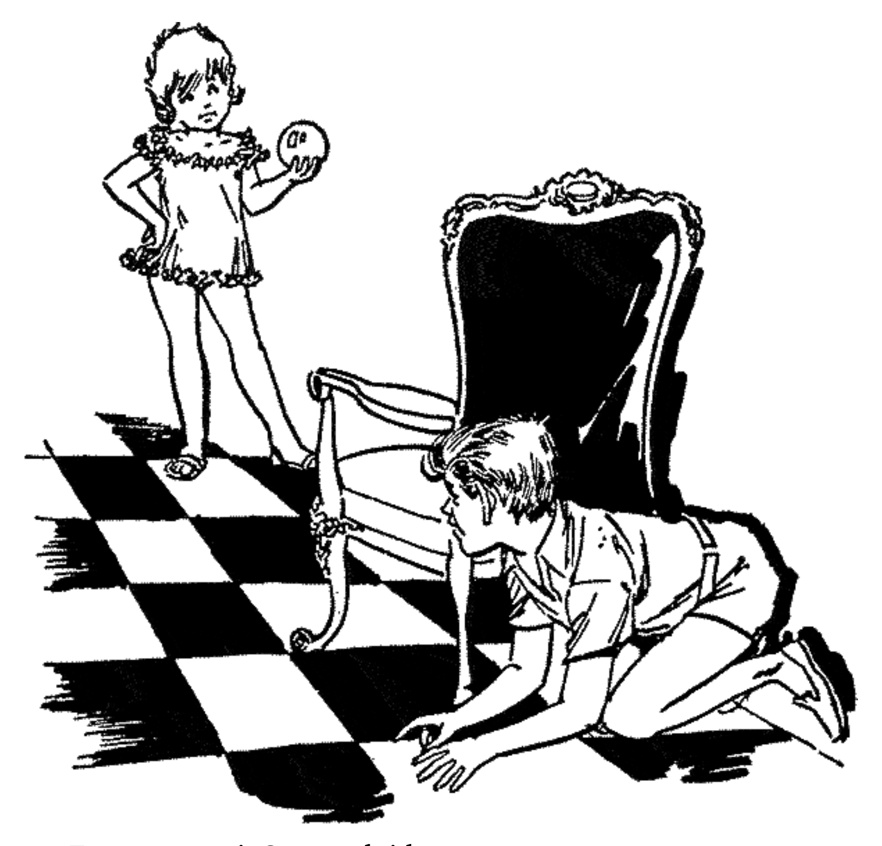
—Veo caramelos y refrescos.

—¿Y quién se los está tomando? —inquirió la madre, sonriente.

—Pues yo —contestó alegremente la pequeña adivinadora.

Ricky, que estaba en la habitación inmediata estudiando sus lecciones, salió al oír las risas de sus padres. Al ver la bola mágica de adivinadora, unas chispitas traviesas asomaron a sus ojos.

Entretanto, Sue había corrido al otro lado de la estancia para sentarse en las rodillas de su padre y oír el cuento que él le explicaba todas las noches antes de que la pequeña se fuese a dormir. Cuando el padre concluyó el cuento y la señora Hollister marchaba hacia las escaleras con su hija pequeña, ésta se acordó de la bola de cristal.



—Espera, mami. Se me olvida una cosa.

Y echó a correr hacia la pecera. Al llegar junto al recipiente, lanzó un gritito de sorpresa.

—¡Mamá, mamá! ¡Es mágica! ¡Mira!

La señora Hollister acudió al lado de la pequeña y miró al interior de la pecera. ¡Era cierto! Dentro de la pecera, había un payasito, boca abajo.

De pronto, Sue y sus padres oyeron un ruidillo apagado, como una risa disimulada. Se volvieron en dirección al sonido y vieron a Ricky, oculto detrás de una silla, apretándose la boca con las manos para no soltar la carcajada.

—¡Vaya, Ricky, ya te has burlado de mí! —protestó Sue; tomó la pecera y miró al interior con más detenimiento—. Has pegado un cromo en mi bola de cristal.

Ricky se alejó riendo, en el momento en que empezaba a sonar el teléfono. El señor Hollister acudió a contestarlo.

—Diga… ¿Un telegrama? Bien. ¿Quiere hacer el favor de leérmelo?

Después de aguardar unos minutos, Sue preguntó, llena de curiosidad:

—¿Es algo «portante»?

El señor Hollister colgó y se volvió sonriendo.

—Algo que te gustará —repuso—. Tío Russ llega mañana. Viene con algunos huéspedes.

—¿Quién es?

—No lo sé. Es una sorpresa.

UN TEJADO CON SORPRESA



Los pequeños Hollister intentaron adivinar quiénes serían las personas que vendrían con tío Russ. Todos adoraban a su alegre tío, el hermano menor del señor Hollister. Era dibujante de historietas cómicas, que se publicaban en los periódicos.

—A lo mejor, la sorpresa es que le acompañan tía Marge y los primos Jean y Teddy —apuntó Holly.

—¡Canastos! ¡Ojalá sea eso! —gritó el pelirrojo.

A los cinco hermanos les encantaba tener en casa a los Hollister de Crestwood. Además, tía Marge solía traerles riquísimos caramelos hechos en casa.

—Bien. Esperemos a mañana para saberlo —dijo la señora Hollister.

Los niños suspiraron, pero se consolaron en seguida, pensando en que el siguiente día era viernes, lo cual quería decir que tenían ya cerca el fin de semana, con alegres novedades. Al día siguiente, por la tarde, al salir de la escuela, Pam y Holly fueron directamente a casa para hablar con su madre.

—Nos gustaría ir a visitar la guardería infantil, de Shoreham —explicó Pam—, para hablar con la señora Griffith, la directora, de

nuestra fiesta escolar. Ya sabes… Como todo el dinero que consigamos va a ser para esa escuela…

—Muy bien —contestó la señora Hollister, autorizando así a sus hijas para que fuesen.

Sue suplicó que le permitiesen acompañarlas, y pronto las tres hermanas estuvieron camino de la guardería infantil. Dicho centro era un edificio de forma ovalada, que había sido convertido en guardería diurna para niños cuyas madres trabajaban. Los pequeños eran llevados allí por la mañana temprano y los recogían a última hora de la tarde.

Las hermanas Hollister subieron los peldaños, y Pam llamó a la puerta. La propia directora, una amable señora de mediana edad, salió a abrirles. Un vez que Pam se presentó y presentó a sus hermanas, la señora Griffith dijo:

—Entrad, por favor. Nos gusta recibir visitas. Y estoy segura de que a vosotras os encantará ver a nuestros niños.

—Sí, sí, mucho —afirmó Holly.

Las niñas se quitaron sus chaquetas, y Pam y la señora Griffith hablaron sobre cómo emplearían el dinero que se consiguiese aquel año en la fiesta de la escuela Lincoln.

—¡Estamos más contentos! —declaró la directora—. Porque nos hacen falta muchas cosas. Venid, que os lo mostraré todo.

En la parte izquierda del pasillo había una habitación con sillas y mesas de pequeño tamaño. Allí se hallaban niños de dos a seis años que se entretenían pintando con el dedo, coloreando y haciendo juegos de mesa.

—Es un sitio «percioso» para que estén los niños mientras sus mamas trabajan —opinó Sue gravemente.

—Arriba tenemos dormitorios que creo os gustará ver —dijo la señora Griffith, empezando a subir las escaleras.

En el piso superior sólo había pequeños dormitorios. En algunos había cunas, con altas barandillas para que los más pequeños no pudieran caerse. En otras habitaciones se veían hileras de camitas.

—Nuestros pequeños hacen una siesta de dos horas, todas las tardes —explicó la directora. Y, señalando a una cuna del fondo, añadió—: Esta tarde se han levantado todos, menos Tommy. Es un gran dormilón.

Mientras hablaba, un pequeñín, de dos añitos aproximadamente, se sentó en la cima, frotándose los ojos.

—Tommy es tan activo y tan juguetón que, cuando se acuesta, duerme más que nadie.

El pequeñín no dijo nada, pero se puso de pie en la cuna, se agarró a la barandilla y empezó a sacudirla con fuerza.

¡Croc, croc, croc, crac!

—Estate quieto, Tommy —pidió sonriendo la señora Griffith—. La vas a romper.

Pero el niño no estaba dispuesto a renunciar a su juego. Y sacudió la barandilla todavía con más fuerza.

¡Bang!

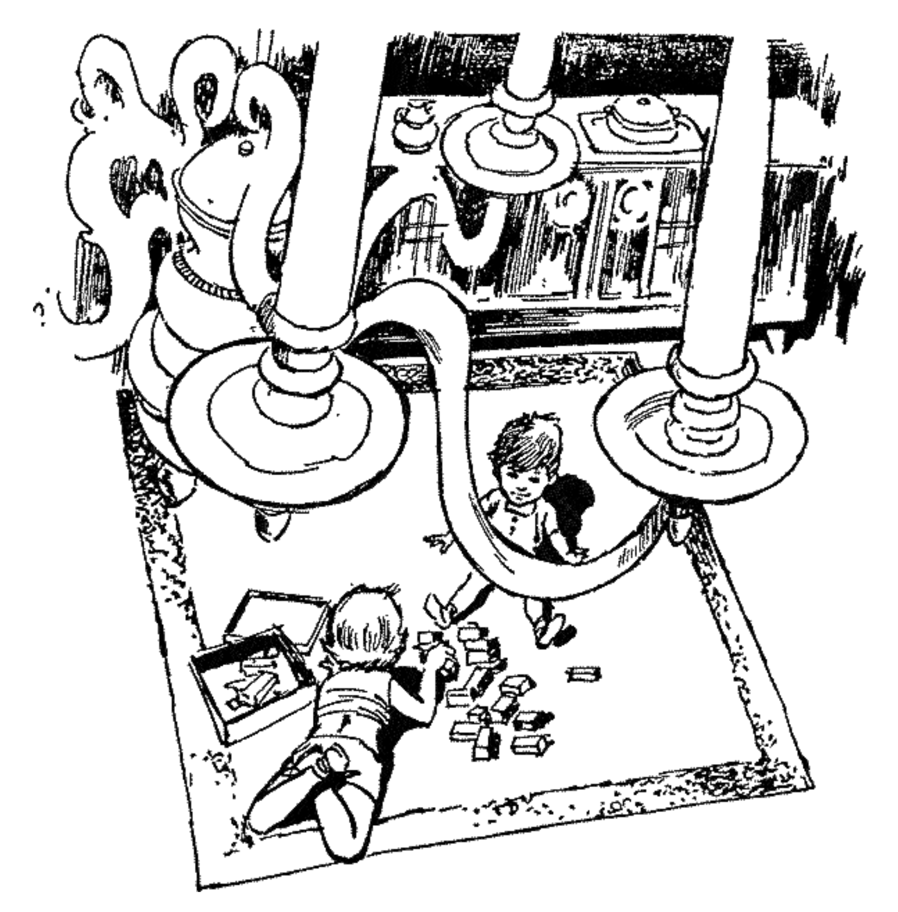
La barandilla se había desprendido y cayó al suelo. El chiquitín perdió el equilibrio un momento, pero en seguida se dejó caer, sentado, sobre el colchón.

—¡Ay, Dios mío! —se lamentó la directora, apesadumbrada—. Estas cunas son tan viejas que se caen a pedazos. Lo que me extraña es que ninguno de los pequeños se haya caído antes de esas cunas y se haya hecho daño.

La señora Griffith llevó a Tom hasta el piso bajo. El pequeño se sentó en una de las alfombras y empezó a jugar con maderitas de diferentes tamaños, para hacer construcciones. Pero las ponía mal y se le caían.

—Yo te ayudaré —ofreció Sue, y se echó sobre la alfombra, junto a Tom.

Entre los dos hicieron un puente, y la señora Griffith quedó maravillada de lo habilidosa que era Sue, que fue capaz de colocar juntos bloques curvados para formar una arcada.



—¿Puedo hacer yo algo para ayudar? —preguntó Pam.

—Sí, hijita —repuso la directora—. Toda la gente menuda se lava la cara y las manos antes de que sus madres vengan a buscarles. ¿Quieres encargarte de vigilar cómo lo hacen?

—Claro que sí.

Mientras Pam salía de la habitación con una hilera de niños, Holly se fijó en un grupo que jugaba en el patio posterior. Después de recibir permiso para ir con ellos, se puso la chaqueta y salió.

«¡Qué patio tan bonito!» —pensó.

Había barras, rectángulos con arena, columpios y un tobogán. Pero lo mejor de todo era una casita en miniatura, de una sola planta, dentro de la cual podían jugar cómodamente tres o cuatro niños. En aquel momento, dentro de la casa estaban un niño y una niña de unos cinco años. Holly asomó la cabeza por la puerta para

echar un vistazo.

—Entra a jugar a las casitas con nosotros —invitó la niña que estaba dentro, sonriendo—. Somos los hermanos Byrd. Yo soy Jill y él es Jack.

Holly también dijo quién era y se unió al juego. Los dos hermanos estaban poniendo la mesa, utilizando una vajilla de aluminio, adornada con bellos dibujos.

—Ya es la hora del té —dijo Jill.

—A mí no me gusta el té —protestó Jack—. Yo quiero un vaso grande de helado de vainilla y chocolate.

—Aquí tienes —le ofreció Holly, riendo.

Y llenó una taza con tierra del suelo, que luego adornó con piedrecitas por encima.

Jack hizo una mueca de desagrado.

—Yo digo de verdad.

—A lo mejor, mamá nos trae uno para cada uno esta noche —dijo su hermana, con grandes esperanzas.

—No. No tiene dinero para eso —contestó el niño muy serio.

Los tres fingieron que comían una abundante comida. Pero Holly pronto se cansó del juego, porque el hablar de helados verdaderos le había abierto el apetito. De modo que decidió salir para contemplar la casita por fuera. ¡Qué interesante resultaba!

«No es mucho más alta que papá —calculó la traviesilla Holly—. Seguramente, yo podría subir al techo con facilidad».

Y sin pensarlo más, se acercó al alféizar de una ventanita y, poniéndose de pie en él, alcanzó el borde del tejado. El diablillo con faldas que era Holly trepó sin dificultad y se sentó a horcajadas en el ángulo o lomo del tejado.

«Qué divertido» —se dijo, mientras contemplaba a varios pequeños que se entretenían en el rectángulo de arena.

Holly siempre había deseado pasear por el tejado de una casa. Y ahora tenía la oportunidad. Paso a paso, fue avanzando lentamente por el puntiagudo tejado, haciéndose sombra en los ojos con una mano, para escudriñar el horizonte. Holly imaginaba ser un marinero, subido en lo alto del palo mayor de un velero.

Pero, de repente, le resbaló un pie.

—¡Ooooh! —exclamó, aturdida.

Se sentó en el tejado con un fuerte golpe y hundió con fuerza los tacones en las tejas, para disminuir la rapidez del deslizamiento. Pero no pudo detenerse por completo.



Estaba a punto de caer al suelo de cabeza, cuando el cinturón de su vestido se enganchó en un clavo saliente del tejado. Holly quedó flotando en el aire, sujeta sólo por la cintura, y gritando:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Jill y Jack salieron inmediatamente de la casita, levantaron la cabeza y se quedaron mirando a Holly, muy asombrados.

—¡Oooooh! —dijeron a un tiempo.

Y Jack añadió:

—Voy a buscar a la señora Griffith.

Corrió hacia la casa y, a los pocos momentos, aparecieron la directora, Pam y Sue.

—¡Pero, niña…! —exclamó la directora.

Se acercó corriendo a la casita, tomó a Holly en sus brazos en el momento en que el cinturón empezaba a romperse. Pam y Sue dejaron escapar una exclamación de alivio.

—Muchas gracias —dijo Holly—. No volveré a hacerlo otra vez. Lo prometo.

Y Holly volvió al edificio principal con Pam y la señora Griffith. Pam dijo a la directora que le gustaría obtener mucho dinero en la fiesta del colegio.

—Me conformaría con que fuese suficiente para comprar cunas y camitas nuevas —dijo la directora.

En aquel momento, llegó la señora Byrd para llevarse a sus hijos a casa. Era una señora guapa, de cabello negro, pero tenía una mirada triste en sus ojos. Cuando la señora se marchó con Jill y Jack, Pam preguntó a la directora por qué la madre de los gemelos tenía aquella expresión tan triste.

—La señora Byrd es viuda —explicó la señora Griffith—. El padre de los niños murió hace unos años. Desde entonces, ella trabaja para mantener a Jill y Jack. Pero no gana mucho, porque no es una mujer muy fuerte y el trabajo le resulta muy duro.

Pam y Holly sintieron mucha pena por la señora Byrd. Y mientras pensaban en ello, Holly dijo de pronto:

—Tendremos que volver a casa. ¿No te acuerdas de que hoy viene el tío Russ con sus visitantes misteriosos?

Las niñas dieron las gracias a la señora Griffith por haberles dejado visitar la guardería, y Pam prometió volver al día siguiente para ayudarla.

—Estupendo. Te esperaré hacia el mediodía.

Cuando llegaron a casa, las niñas encontraron a los chicos esperando a tío Russ en la acera.

En ese momento oyeron todos el ruido de un avión. Levantando la vista, vieron un hidroavión que describía círculos por encima de la casa.

—Ese piloto vuela muy bajo —observó Pam—. ¿Será que nos conoce?

—Eso parece —declaró Pete—. ¡Mirad, está inclinando a un lado y a otro las alas del avión!

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Creéis que será el tío Russ, que no viene en coche?

El hidroavión fue descendiendo poco a poco y acabó desviándose camino del lago.

—¡Carambola! ¡Si va a amerizar cerca de nuestro embarcadero! —observó Pete.

Los niños atravesaron el patio corriendo y se acercaron al borde del agua.



EXTRAÑAS PELÍCULAS



De pie en el embarcadero, los pequeños Hollister pudieron ver cómo el aparato se posaba suavemente en el agua, y luego avanzaba hacia ellos. Era un hidroavión grande, para seis u ocho pasajeros, con una puerta en un lado del fuselaje.

En ese momento, el señor Hollister detenía la furgoneta en el camino del jardín. Bajó del vehículo rápidamente y corrió hacia la orilla del agua. La señora Hollister, al ver desde la ventana tanta agitación, salió de la casa para reunirse con el resto de su familia.

Cuando el hidroavión se acercó al embarcadero, el piloto detuvo los motores. Se abrió la puerta del aparato y asomó por ella la cabeza de un hombre con expresión alegre.

—¡Tío Russ! ¡Tío Russ!

Era alto, delgado y se parecía mucho al padre de los Hollister, pero algunos años más joven.

—Bueno. ¡Ya estoy aquí! —declaró, saludando al mismo tiempo con la mano.

—¿Dónde están los otros visitantes? —preguntó Ricky, muy nervioso, cuando ya uno de los flotadores del aparato rozaba el embarcadero.

—Los veréis tan pronto como aseguremos el avión con esta cuerda —contestó el tío Russ.

Echó una cuerda a Pete y el chico la ató al pontón del embarcadero.

—Bien. Aquí tenéis a los visitantes —declaró tío Russ, e hizo señas a los pasajeros, que salieron del aparato.

Los niños contuvieron la respiración, y Holly murmuró:

—Estoy deseando ver quiénes son…

Por la portezuela del aparato aparecieron el abuelo y la abuela Hollister. Toda la familia prorrumpió en exclamaciones de alegría y corrió a abrazar a los ancianos. El abuelo tenía la piel muy arrugada y los ojos chispeantes. La abuelita era algo gruesa y mostraba una dulce sonrisa.

—¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamó la madre de los niños, abrazando a la abuela.

El abuelo dio un fuerte apretón de manos a su hijo John, al tiempo que decía:

—Apuesto algo a que no esperabais vemos.

Luego explicó que habían pasado unos días con la familia de tío Russ, en Crestwood, y habían decidido hacerles una visita de sorpresa.

Un momento después, el piloto del aparato aparecía en la portezuela. Era un hombre robusto, vestido con una chaqueta de cuero negro. Tío Russ le presentó diciendo que era Al Jordán.

—Al y yo somos viejos amigos —explicó—, y se ofreció a volar conmigo un corto trayecto, mientras yo hacía unos bocetos para una nueva historieta que estoy dibujando sobre un joven piloto.

Los ojos del abuelo chispearon.

—Esperad a ver alguno de ellos —dijo el anciano.

—Déjamelos ver ahora mismo —pidió el impaciente Ricky.

Los demás apoyaron la petición del pecoso hasta que tío Russ se decidió a abrir el maletín y mostrarles algunos bocetos.

—¡Caramba! —exclamó Pete, contemplando los dibujos, aún no terminados—. Será una historia colosal. El piloto llega hasta la Luna, pero no se queda allí. ¿Por qué?

—Yo sé por qué —replicó Ricky riendo—. Porque el hombre de la Luna no estaba en casa.

Estallaron carcajadas en abundancia ante la ocurrencia de Ricky. Luego, los niños tomaron del brazo a sus parientes y comenzaron a andar hacia la casa.

Los abuelos Hollister vivían en la ciudad de Froston, en el Canadá. Se habían trasladado allí después que el abuelo se retirara, y compraron el campamento «Copo de Nieve», que era un grupo de casitas para alquilar a los excursionistas en invierno. Los niños habían vivido allí una estupenda aventura, cuando visitaron la ciudad durante las vacaciones del Día de Acción de Gracias.

—Muchachos, ayudadnos a llevar los equipajes —pidió el señor Hollister.

Y los dos chicos se acercaron. El piloto sacó varias maletas del compartimiento de equipajes. Luego, el feliz grupo se encaminó a la casa y se prepararon para la cena. La señora Hollister había preparado comida abundante, en previsión de la llegada de visitantes. Pam y Ricky se encargaron de añadir un suplemento a la mesa del comedor y pronto estuvieron todos sentados a ella.

Casi de inmediato los niños empezaron a hablar de la fiesta del colegio, de los detalles, y de que confiaban en que fuese un éxito.

—A ver si os quedáis bastante tiempo para presenciar nuestra fiesta —pidió Holly; y dijo a sus abuelos que sólo faltaban tres semanas para la fiesta.

Tío Russ y el piloto contestaron que procurarían volver para entonces. El abuelo y la abuela se miraron y, haciendo un guiño a Sue, el abuelo Hollister preguntó:

—¿Creéis que podréis soportarnos tanto tiempo?

—Lo que queremos es que os quedéis para siempre —contestó con su vocecilla, dulce y chillona, la pequeña Sue, y todos sus hermanos la corearon con sinceros ¡sí!, ¡sí!

Cuando Pam habló de la junta que ella estaba formando para la fiesta, la abuela se ofreció a ayudarle en la confección de muñecos de trapo y lana.

—Recuerdo un viejo patrón de muñeca de trapo que nos gustaba mucho cuando yo era niña. Las rellenábamos de algodón, les pintábamos una carita muy dulce y les cosíamos hebras de diferentes colores como cabello —explicó la abuela.

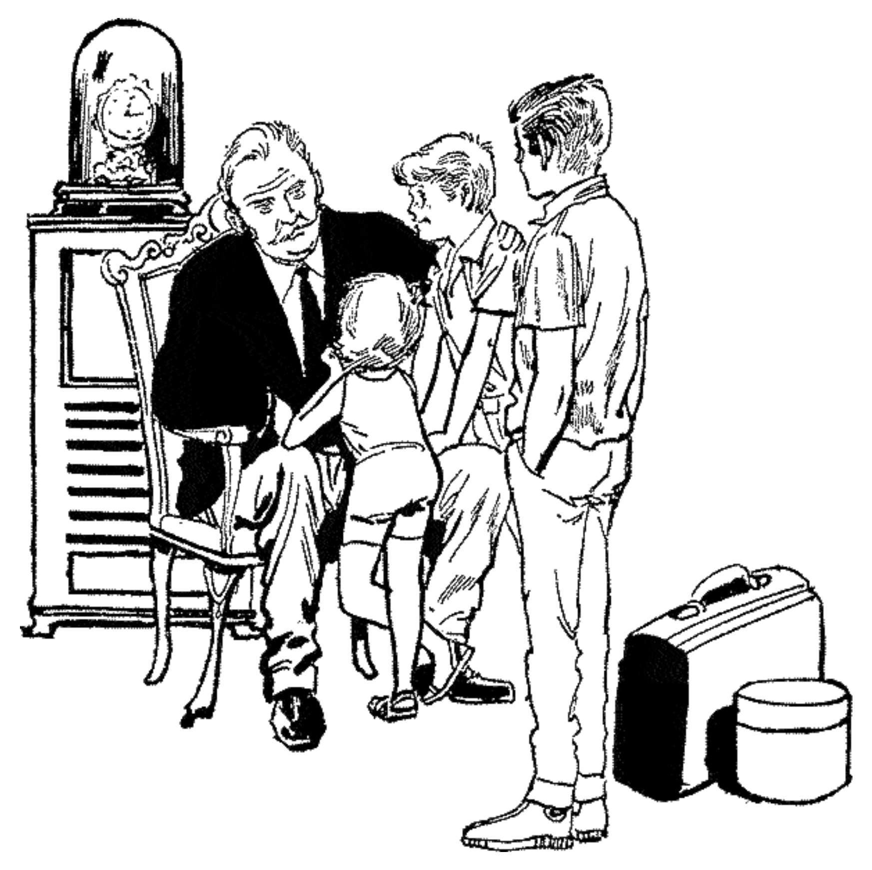
El abuelo dijo que también a él le gustaría ayudar… ¡pero no

con muñecos de trapo!

—¿Puedes ayudarme a construir mi coche de carreras? —preguntó Ricky inmediatamente.

—Ya lo creo. Le añadiremos unos adornos tan insospechados que parecerá un modelo del año próximo.

Una vez que los niños hubieron recogido los cubiertos y los platos de la cena y los dejaron bien apilados en el fregadero, el abuelo dijo:



—Tengo más películas que enseñaros, de cuando estuvisteis en Froston. ¿Queréis verlas ahora?

—¡Sí, sí! —gritó Ricky en el acto.

—¡Claro, claro! —le corearon los demás.

—Espero que no os llevéis una desilusión —apuntó la abuelita, muy seria—. Salieron un poco raras.

—Pero si el abuelo hace muy buenas películas —dijo Pam—. ¿Qué ha ocurrido esta vez?

Sonriendo, la abuela contestó que tal vez los niños pudieran descifrarlo. Se sentaron en la sala, y Pete fue a buscar la pantalla que guardaban en el armario del vestíbulo, mientras Ricky traía el proyector.

El abuelo, entretanto, había ido al piso de arriba para buscar las películas que guardaba en una maleta. Colocaron los carretes en el proyector y todo quedó preparado en espera de que la señora Hollister apagase las luces.

El abuelo puso en marcha el proyector y todos miraron fijamente, con gran interés, a la pantalla. Se vio aparecer a Pete, Pam, Ricky, Sue y Holly, corriendo en un trineo de perros. Pero los perros no marchaban hacia delante. ¡Iban hacia atrás!

—¡Canastos! ¡Qué divertido! —gritó Ricky riendo, igual que los demás.

En la escena siguiente apareció una competición de saltos de esquí. El esquiador estaba abajo. Empezó a levantar los brazos y se elevó por los aires hasta llegar a lo alto de la rampa.

Mientras todos reían, el abuelo declaró:

—¿Veis lo que queríamos decir? Debisteis ponerme la cámara hacia abajo mientras filmaba.

—Eres un bromista, abuelito —dijo Pam, riendo.

Ahora aparecieron los Hollister arrojando bolas de nieve. ¡Qué divertido! Las bolas de nieve brotaban sin saber cómo e iban a parar a las manos enguantadas de los niños.

Todos reían a más y mejor cuando se terminó la película. Pete dijo entonces:

—Ahora, abuelito, pasa la película al derecho.

El amable caballero prometió hacerlo en seguida. Cuando acabaron, el señor Hollister y Pete recogieron la pantalla y el proyector, y Ricky propuso:

—¿Sabéis lo que sería estupendo? Un paseo en avión con el señor Jordán.

El piloto miró por la ventana. Luego se volvió hacia los Hollister y dijo:

—Todavía hay bastante claridad para llevar a los niños a dar un

corto paseo, si sus padres lo permiten.

—¡Zambomba! —exclamó Pete.

—Di que sí, mamá.

—¡Por favor, papaíto, di que sí!

—Está bien —accedió la señora Hollister.

Se produjo un estallido de aplausos y exclamaciones de agradecimiento. Después de ponerse las chaquetas, salieron todos corriendo hacia el embarcadero. Los mayores les siguieron a paso normal. El señor Jordán abrió la portezuela y los niños y él se acomodaron en el aparato. El señor Hollister desató la cuerda que lo sujetaba. Luego cerró la puerta y echó el seguro. Pete iba sentado junto al piloto y los demás se acomodaron detrás.

—¿Todo listo? —preguntó el señor Jordán.

—Sí —replicaron los pasajeros.

El piloto presionó el botón de puesta en marcha. Los niños dijeron adiós por las ventanillas a sus padres, mientras el aparato se deslizaba sobre el Lago de los Pinos.

—¡Arriba! —dijo el piloto.

Los deslizadores levantaron penachos de espuma en el agua. Luego, como por arte de magia, el aparato se elevó por los aires.

—¡Hurra! ¡Ya estamos volando! —exclamó Holly.

El sol ya se había puesto y el lago parecía, bajo los viajeros, un inmenso cristal. Algunas barcas a motor surcaban la superficie, parecidas a minúsculas flechas.

—Supongamos que son submarinos —dijo Ricky— y nosotros les bombardeamos.

El pequeño miró por la ventanilla y se aferró a una imaginaria manivela. Fingió dar un tirón hacia abajo y al mismo tiempo gritó:



—¡Bomba va!

Holly se echó a reír y luego manifestó:

—¡Tu bomba ha caído en un submarino, Ricky!

—Creo que mejor será amerizar pronto, antes de que oscurezca demasiado —declaró el señor Jordán.

Y, conforme hablaba, hizo que el aparato se inclinase hacia delante. Mientras iban descendiendo, Pete vio que una lancha se iba aproximando a ellos.

—¿Qué les pasa a esos chicos de la embarcación? —exclamó—. Se empeñan en ponerse en nuestro camino.

—No lo comprendo —confesó el piloto—. No cabe duda de que ven que nos aproximamos. Les daré la señal habitual de que vamos a posamos en el agua.

El piloto hizo que el aparato se inclinase varias veces hacia uno

y otro lado. Por fin la lancha se desvió, cruzando en línea recta el lago.

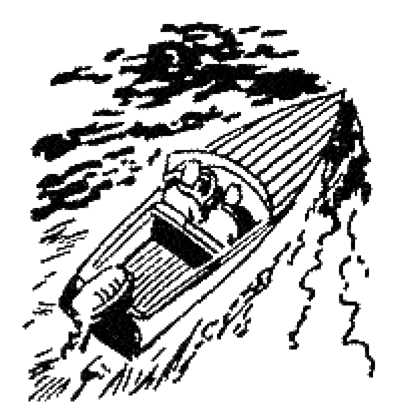
—¡Uff! Parece que ahora ya tenemos el camino libre —dijo Pete, tranquilizado.

El piloto asintió con un movimiento de cabeza, e hizo descender más todavía el hidroavión.

Pete, que aún seguía con la mirada a la lancha, de pronto se puso rígido y gritó:

—¡Eh, la lancha ha vuelto y avanza hacia nosotros! ¡Vamos a aterrizar sobre ella!

«ZIP» SE PREOCUPA



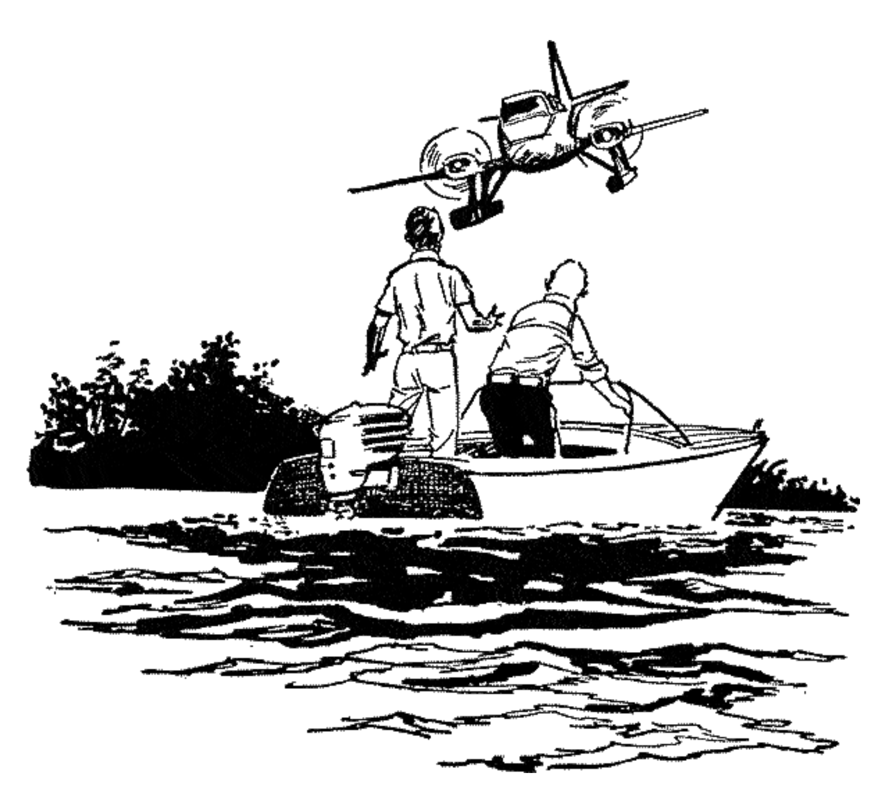
Cuando el piloto comprendió que no podía detenerse en el agua sin hacer daño a los chicos, dio nuevo impulso al motor. Y el aparato volvió a elevarse a los cielos.

—¡Zambomba! ¡Por qué poco! —exclamó Pete, lanzando un silbido.

—Nunca he visto nadie tan temerario como esos chicos —dijo el señor Jordán, furioso—. ¿Cómo no tienen más sentido común?

Los chicos de la lancha debieron asustarse de lo próximos que habían estado de ser aplastados por el hidroavión, pues la embarcación se alejó a toda marcha, dejando en seguida espacio para que los deslizadores del aparato se posaran en el agua. El señor Jordán describió un amplio círculo sobrevolando el lago y luego bajaron hasta posarse en el agua.

De nuevo la motora se precipitó hacia ellos. ¡En la embarcación iban Joey Brill y Will Wilson! Cuando los dos chicos estuvieron lo bastante cerca, el piloto levantó un poco el cristal de la ventanilla de la cabina y reprendió a los dos camorristas.



—¿No veíais que queríamos posarnos en el agua? —dijo en tono severo—. Podíais haber resultado malheridos, si los deslizadores llegan a alcanzaros.

En lugar de disculparse, los dos chicos adoptaron una actitud retadora.

—Los Hollister no son los dueños de este lago —repuso Joey con malos modos—. Nosotros podemos ir por donde nos dé la gana.

—Pero no tenéis derecho a poner en peligro vuestras vidas, ni las de los demás —replicó Al—. ¡Ahora, largaos!

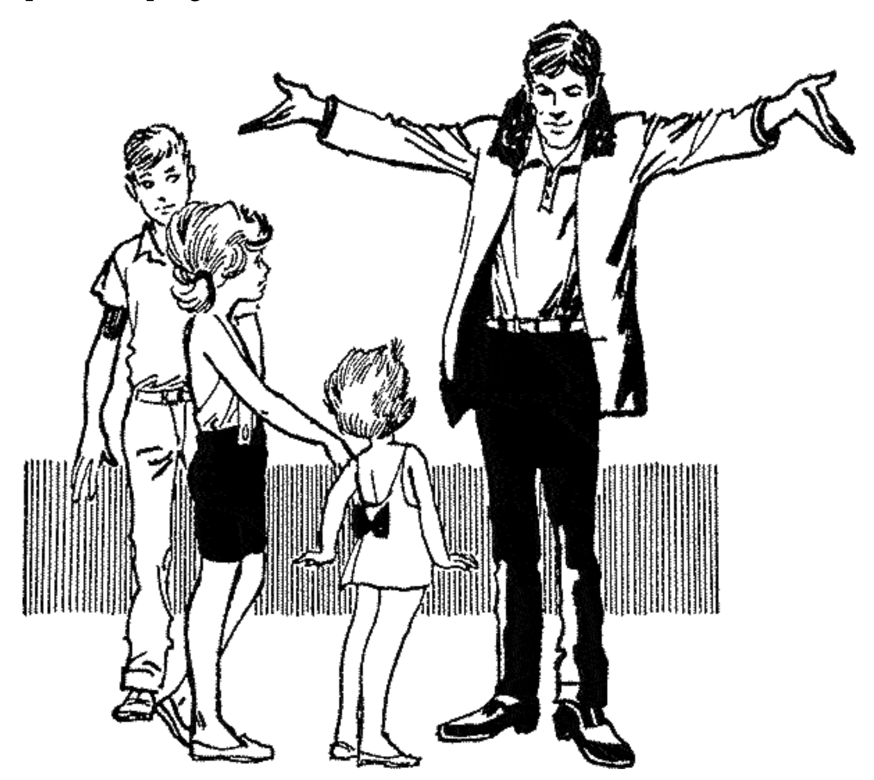
Joey iba a contestar algo, pero al final debió de comprender que era más sensato callarse. Acto seguido, los dos amigos se alejaron en la lancha a toda velocidad.

Al Jordán condujo el aparato hasta el embarcadero. Cuando todos hubieron bajado, entre el piloto y Pete sujetaron fuertemente el aparato al embarcadero, y después todos fueron a casa.

Mientras los más pequeños se preparaban para irse a la cama, Pete y Pam se dirigieron a la sala para hablar con el tío Russ sobre

la búsqueda de un tiovivo.

—¿Has visto alguno por estos contornos que pudiéramos alquilar? —preguntó Pete.



El tío Russ quedó pensativo unos momentos, hasta que al fin hizo un chasquido con los dedos.

—Hay un hombre en Crestwood que tiene dos tiovivos. Uno grande y otro pequeño. Se llama De Marco.

Pete y Pam escucharon con gran interés, mientras su tío les explicaba que el aparato más pequeño, propio para niños de pocos años, iba colocado sobre una plataforma y podía arrastrarlo un automóvil. El más grande, que podía dividirse en dos secciones para facilitar su transporte, era trasladado en la camioneta de De Marco.

—Últimamente, el señor De Marco no usaba los tiovivos, porque ha estado enfermo —añadió el dibujante.

—¡Entonces, a lo mejor, no le importaría prestárnoslo para la fiesta del colegio! —dijo Pam.

—O alquilárnoslo —sugirió Pete.

En ese momento bajaba la señora Hollister del piso superior. Acababa de dar un beso y desear las buenas noches a Sue, Holly y Ricky. Al enterarse de que en Crestwood había dos tiovivos, también ella se alegró, pensando en la posibilidad de que pudieran disponer de ellos para la fiesta del colegio.

—Podéis escribir al señor De Marco —sugirió— y preguntarle por sus tiovivos.

—Pero, mamá, necesito encontrar uno en seguida —replicó Pete —. ¿No podría llamar por teléfono?

—De acuerdo, hijo.

Pete tenía tanta prisa por hacer la gestión que tropezó en la alfombra y tiró el teléfono al suelo. Lo recogió en seguida, y pronto estaba hablando con el señor De Marco, en Crestwood. Le habló sobre la fiesta del colegio de Shoreham y, a los pocos minutos, se le iluminaba el rostro.

—¿De verdad? —preguntó Pete emocionado—. ¿Cuándo podemos ir a buscarlos? ¿Prefiere usted que vayamos en seguida? Tendré que hablar con mis padres sobre eso. —Después de una pausa, Pete añadió—: Muchas gracias, señor De Marco.

Y colgó.

—Cuéntanoslo todo —pidió Pam.

Pete sonrió.

—Podemos utilizar los dos tiovivos gratuitamente, ya que es para fines benéficos. El señor De Marco no podrá trabajar con ellos hasta dentro de un mes, por lo menos.

—¿Verdad que es una gran suerte, tío Russ? —comentó Pam.

Ahora entró el señor Hollister en la sala y en seguida le pusieron al corriente de la gran noticia.

—¿Cuándo podremos ir a buscar esos tiovivos? —preguntó Pam.

Antes de que el padre hubiera tenido tiempo de contestar, «Zip», el hermoso perro pastor de los Hollister, entró corriendo en la habitación y, dando grandes ladridos, fue hasta una de las ventanas. Ahora, en el exterior, todo estaba muy oscuro.

—¿Qué pasa, «Zip»? —preguntó Pete, acudiendo al lado del perro.

Atisbo al exterior, pero no pudo distinguir nada. «Zip», sin

embargo, continuó con sus ladridos.

—¿Creéis que habrá alguien merodeando por ahí fuera? —preguntó la señora Hollister.

Pete se ofreció para salir a mirar. Se puso una chaqueta, tomó la linterna de su padre y salió, seguido de «Zip». Perro y muchacho recorrieron todo el contorno de la casa por dos veces, pero no encontraron a nadie.

«Puede que fuese sólo un gato, o un conejo» —pensó Pete, mientras regresaban a la casa.

—¿Qué era? —preguntó la señora Hollister.

—No hemos podido encontrar a nadie —contestó Pete, acariciando a «Zip».

Los demás estaban hablando de cómo podrían transportarse los tiovivos desde Crestwood.

—Podríamos contratar unos hombres para que los trajesen —opinó Pam.

Pero Pete, entusiasmado, declaró:

—Yo tengo una idea mejor. ¿Por qué no vamos nosotros mismos a recogerlos?

—Pero el viaje a Crestwood, en automóvil, nos obligaría a estar ausentes de casa más de una noche —objetó el señor Hollister—. Yo no puedo abandonar mis negocios en esta época, y vosotros no podéis perder la escuela.

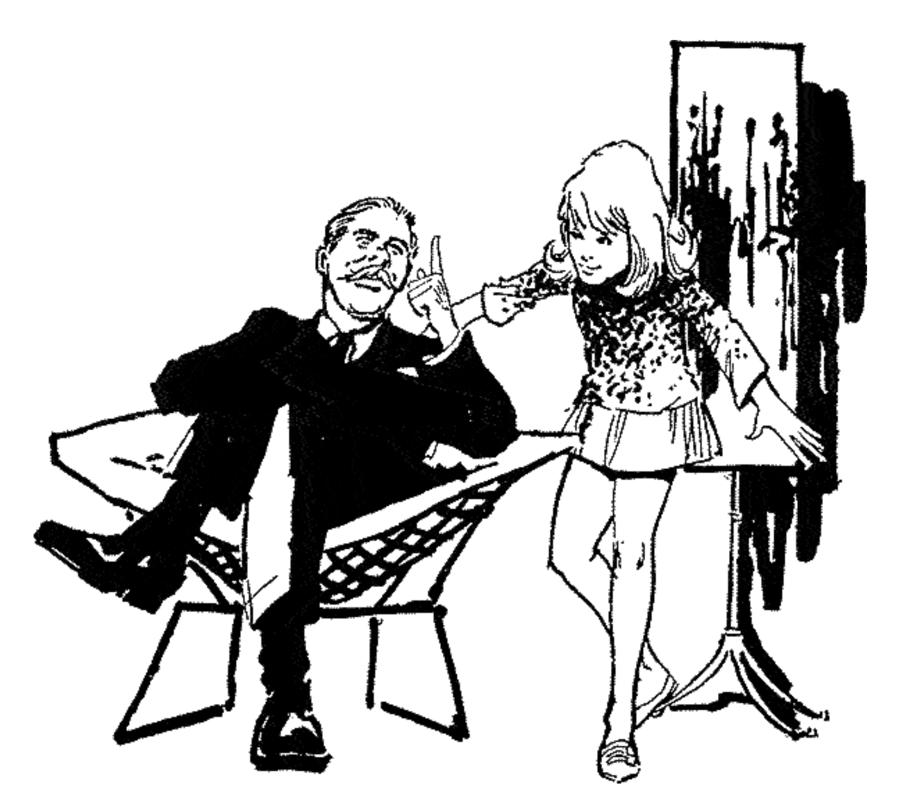
—Quizá pudiéramos faltar dos días —replicó Pete—. Es por una buena causa. ¿No podríamos ir mañana en avión a Crestwood, con el tío Russ, y traer los aparatos? ¿Podríamos, señor Jordán?

El piloto sonrió.

—Quisiera complaceros, pero me temo que el avión no soportaría el peso de todos. Seríamos cuatro mayores, incluyendo a los abuelos, más cinco niños, vuestro tío Russ y yo. Once personas en total.

—Al abuelo y a mí puede descontamos —dijo la abuela—. Ya estoy satisfecha de avión por una temporada.

Después de una larga conversación, decidieron que Sue se quedaría en casa con los abuelos. El resto de la familia iría a Crestwood el sábado por la tarde. Pasarían dos noches en casa del tío Russ y regresarían con los tiovivos el lunes por la mañana.



—Pero hay un problema —objetó Pete—. Necesitaremos un vehículo para remolcar el tiovivo pequeño hasta Shoreham.

—Eso puedo solucionarlo yo —declaró el tío Russ—. Os prestaré mi coche. Ya lo recogeré la próxima vez que pase por aquí.

Al Jordán dijo que él podría traer al dibujante muy pronto a casa de sus sobrinos.

—Ya nos dejaremos caer por aquí —prometió.

Pam, riendo, repuso:

—No hagan eso. Si se dejan caer, puede hacerse daño. —Luego, muy seria, añadió—: ¿Verdad que será estupendo volver a casa con el tiovivo? Mamá puede conducir el coche y papá el camión.

—¿Y no os parece magnífico poder pasar unas horas con vuestros primos Teddy y Jean? —replicó la señora Hollister—. Voy a telefonear a Marge.

—Y veremos a todos nuestros amigos de Crestwood —comentó Pete.

Mientras, el señor y la señora Hollister llevaban a los abuelos, al

tío Russ y al señor Jordán a las habitaciones para invitados, Pete y Pam se quedaron en el corredor del piso superior, habiendo planes para el viaje. De pronto, oyeron que «Zip» volvía a ladrar en el piso de abajo. El animal corría, desesperado, de una ventana a otra.

—Hay alguien fuera. Estoy seguro —dijo Pete—. Voy a mirar otra vez.

—Iré contigo —ofreció Pam.

Pete tomó una linterna del cajón de la mesita del vestíbulo, y juntos, los dos hermanos salieron al exterior acompañados del perro. La linterna iluminó los matorrales que rodeaban la casa, pero ni siquiera vieron un conejo.

Pete y Pam recorrieron el camino hasta el embarcadero donde habían amarrado el hidroavión. Siguieron sin ver nada. «Zip» olfateó por todo el embarcadero durante un minuto; luego se metió en el agua.

—¿Qué has visto, chico? —le preguntó Pete.

Los dos niños quedaron muy quietos. Pete enfocó la linterna al agua, pero tampoco allí descubrió nada extraño.

—Andando, «Zip». Hay que volver a casa.

El perro salió del agua y se sacudió con fuerza, lanzando una rociada de gotas. Luego volvió con los hermanos a casa.

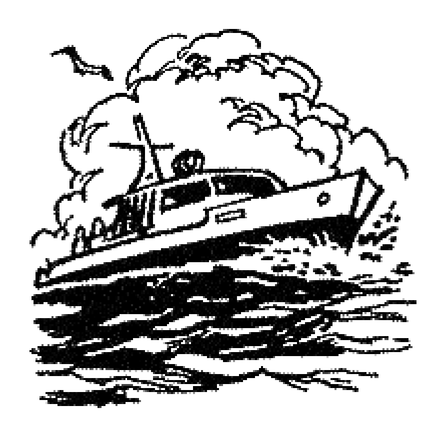
A la mañana siguiente, Pete fue el primero en llegar a la cocina, donde su madre preparaba el desayuno. Después de darle un beso, la señora Hollister pidió:

—Pete, ¿quieres traer la leche del porche?

El muchachito abrió la puerta y, al momento, exclamó:

—¡El aparato del señor Jordán ha desaparecido!

LA BÚSQUEDA



Cuando Pete descubrió que el avión había desaparecido, gritó, alarmado, y corrió a la casa a decírselo a los demás.

—¿Mi avión ha desaparecido? —preguntó Al Jordán con incredulidad, mientras bajaba a toda prisa las escaleras y salía al exterior con Pete.

Todos los Hollister les siguieron al embarcadero, donde quedara la noche anterior el hidroavión.

—¿Creéis que alguien lo haya robado? —preguntó Ricky.

—Lo habríamos oído, si hubiera despegado —razonó Pam.

—Puede haber despegado desde el otro extremo del lago —opinó tío Russ.

Y su hermano mayor sugirió:

—Puede haberse roto la cuerda y haberse deslizado por el agua.

—Pero no ha soplado viento la pasada noche —objetó el piloto —. Más bien creo que alguien lo desató a propósito.

El señor Hollister acabó declarando:

—Este asunto debe saberlo la policía.

—Déjame que informe yo, papá —pidió Pete.

Cuando su padre le dio el consentimiento, el muchacho corrió a

la central de policía. El sargento que estaba de guardia le miró con gesto interrogativo.

—Se nos ha perdido un hidroavión, y quisiéramos que ustedes nos ayudasen a encontrarlo.



El sargento, creyendo que Pete bromeaba, preguntó:

—¿Te refieres a un avión de juguete?

—No: uno de verdad. Tiene flotadoras para ir por el agua.

Y Pete siguió explicando al sargento todos los detalles de lo sucedido.

—Eso es muy misterioso —replicó el sargento, gravemente. Y prometió avisar a la lancha patrulla del Lago de los Pinos.

—Hoy está de guardia allí el agente Cal —añadió el sargento.

Cuando Pete informó de esto a su familia, Holly exclamó:

—Podíamos ir todos con el agente Cal para ayudarles a buscar el hidroavión.

A lo lejos, pronto apareció en el lago una manchita. Cuando fue haciéndose más grande, los Hollister vieron que era la lancha de la policía de Shoreham.

—¡Ahí viene el agente Cal! —anunció Ricky, empezando a dar alegres saltitos por el embarcadero—. ¡Que nos deje ir con él…! ¡Que nos deje ir con él…!

El joven agente se dirigió directamente al embarcadero, detuvo el motor de la lancha y saludó al grupo. Le presentaron a los visitantes, y luego Cal pidió:

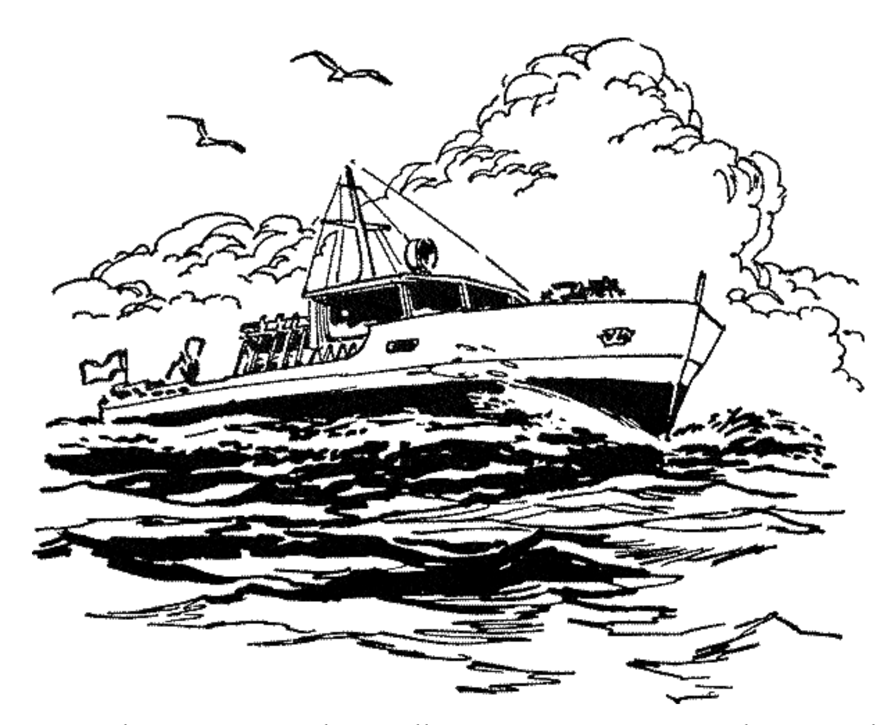
—Explíquenme lo que ha sucedido.

Una vez lo hubo escuchado todo, el policía repuso:

—Están ocurriendo muchas cosas de este tipo recientemente. Varias embarcaciones han sido dejadas a la deriva, por el lago. Puede que haya sido el mismo bromista el causante de la desaparición del hidroavión.

—¿No podríamos ir con usted a buscarlo? —pidió Ricky.

—De acuerdo. Subid.



Inmediatamente, Ricky, Holly, Pete y Pam se instalaron en la motora.

—Aún me queda sitio para cuatro hombres —dijo el policía.

Así que subieron también a bordo John y Russ Hollister y el piloto Jordán. Mientras la motora se alejaba, los abuelitos y la señora Hollister, que tenía a Sue en brazos, les despidieron alegremente.

—Traed el avión —recomendó Sue, con su vocecilla chillona—. Nos hace falta para traer los tiovivos de Crestwood.

—Es verdad. Si no lo encontramos, no podremos hacer el viaje —contestó Pam.

Mientras la embarcación se dirigía al centro del lago, Pete preguntó:

—¿Por dónde buscaremos primero, agente Cal?

El policía repuso que, durante la noche, había soplado viento del norte. Por tanto, él creía que debían dirigirse a la orilla sur del lago. Allí había muchas caletas a donde podía haber llegado un avión a la deriva, el cual podía permanecer allí sin ser visto.

La embarcación inició su recorrido por el lago, sin apartarse

mucho de la orilla. De vez en cuando se cruzaba con alguna embarcación. Cada vez que esto ocurría, Pete llamaba la atención de los navegantes, para preguntarles si habían visto un hidroavión a la deriva. Pero nadie pudo darles noticias del aparato.

—Creo que alguien tendría que haberlo visto —opinó el piloto —. No es fácil esconder un aparato de este tipo.

—En este lago puede resultar más fácil de lo que usted imagina. Será mejor que consulte el mapa. Pete, ¿quieres ponerte al timón? —pidió Cal.

Al muchachito le entusiasmó la idea de poder conducir una embarcación de la policía. Se instaló ante el timón y condujo la motora, mientras el agente Cal abría un compartimiento y sacaba un mapa doblado. Lo extendió sobre sus rodillas y recorrió con el dedo la orilla del Lago de los Pinos.

—Aquí hay un lugar donde no hemos mirado —dijo el policía señalando un entrante—. En otros tiempos se llamaba la Caleta del Abotonador.

—Si el aparato se deslizó hasta allí, es evidente que no pudimos verlo desde el lago —admitió el señor Hollister.

Cal sustituyó a Pete en el timón, y dirigió la lancha en línea recta hacia la caleta.

—¡Canastos! ¡Lo hemos encontrado! —gritó Ricky, cuando vieron al hidroavión flotando cerca de la orilla.



—¡Gracias a Dios! —dijo el piloto.

—Ha sido usted muy perspicaz al pensar en este lugar, agente —alabó el tío Russ.

El policía sonrió y redujo la marcha para que la lancha avanzase despacio hacia el hidroavión. Mientras se aproximaban, Pete exclamó:

—¡Miren! ¡Hay alguien dentro!

En ese momento se abrió la portezuela de un lado y un chico saltó hacia los flotadores.

—¡Alto! ¡Deténgase! —gritó Cal.

Pero el chico, que ocultaba el rostro y casi todo el cuerpo tras el ala del aparato, saltó a la orilla y desapareció en seguida en el bosque.

—¿Alguien ha podido verlo bien? —preguntó el policía.

Nadie había visto quién era el chico, y Cal dijo:

—Sería inútil intentar perseguirlo por el bosque. Confiemos en

que no haya causado ningún desperfecto al aparato.

Al Jordán fue el primero en subir a bordo. Después de echar una rápida ojeada general, llamó a los otros.

—Creo que todo está bien. Sospecho que el chico no ha hecho más que curiosear para saber qué hay dentro de un hidroavión.

—¿Quiere volver por el aire al embarcadero de los Hollister? —preguntó el agente Cal al piloto—. Yo puedo remolcarles hasta aguas abiertas.

El piloto dijo que no lo creía oportuno. Era mejor revisar el aparato minuciosamente cuando llegasen a casa de los Hollister.

—Entonces le remolcaré a usted hasta allí —ofreció el policía.

Abrió un cajón y sacó un gran rollo de cuerda. Con la ayuda de Pete y Ricky, ató un extremo a los flotadores y el otro a la lancha policial.

—¿No podría yo ir en el avión y jugar a que soy el piloto, mientras lo remolcan? —insinuó Holly.

Al Jordán no pensó que aquello fuese peligroso, de modo que permitió que los dos pequeños subiesen a la cabina. La lancha policial se puso en marcha, alejándose de la caleta.

—¡Ooooh, qué divertido! —chilló Ricky con entusiasmo.

Holly, sentada junto al pelirrojo, miraba a todas partes, por si surgían conflictos imprevistos. Cuando llegaron al embarcadero de los Hollister, el aparato fue amarrado firmemente. Al Jordán dio las gracias al agente Cal y, después de revisar el motor del aparato, informó a los demás de que todo estaba en perfectas condiciones. Después, examinó detenidamente el resto del aparato.

—Todo parece en buenas condiciones —declaró—. No obstante, iré a dar una vuelta con él antes de que emprendamos el viaje.

—¡Qué suerte! —murmuró Holly—. Ahora ya podemos ir de viaje esta tarde.

Después del desayuno, la abuela propuso que las niñas y ella comenzasen a hacer los muñecos de trapo para la fiesta.

—Primero cortaremos los patrones de las muñecas —decidió la anciana.

—¿Van a tener botones como ojos y nariz? —preguntó Sue, al ver cómo la abuela cortaba trozos de tela.

—Puedes hacer una de ese tipo —replicó la abuela, haciendo

con ello muy feliz a Sue.

Holly y Pam decidieron pintar las caras de las muñecas que ellas hiciesen. Después de haber estado trabajando más de una hora, Pam recordó a sus hermanas que había prometido ir a la guardería infantil para ayudar un poco. De modo que, después de comer rápidamente, se marchó. Al llegar a la guardería, buscó primeramente a los hermanos Jack y Jill Byrd. Encontró a los pequeños abrazando a su madre, que se había sentado en una silla y parecía muy triste.

—¿Qué le pasa, señora Byrd? —preguntó Pam.

Al principio, la señora no contestó, pero, dándose cuenta de la amabilidad y comprensión de Pam, acabó por decir:

—Acabo de perder mi trabajo. La fábrica donde trabajaba ha cerrado. No sé qué voy a hacer ahora para mantener a mis pequeños.

—Quizá mi papá pueda ayudarla a encontrar trabajo —ofreció Pam esperanzada.

La señora Byrd repuso que lo más lamentable era que ella no se sentía muy fuerte y no podía resistir un trabajo demasiado duro. Ahora mismo iba a ver a unos parientes lejanos para ver si ellos podían hacer algo por los gemelos. Era una familia que vivía lejos.

—Mientras estoy ausente, la señora Griffith cuidará dé Jack y Jill. Espero volver para el jueves por la noche, pues la señora directora tiene que ir a la boda de su sobrino.

—Si no ha vuelto usted, Jill y Jack podrían venir a mi casa —se ofreció Pam.

—Sí, sí, mamita. Yo quiero a Pam —declaró Jill.

—Y yo —afirmó su hermano.

La señora Byrd sonrió a pesar de su tristeza, y dio las gracias a Pam. Luego, besó a los gemelos y se marchó.

Pam pasó dos horas jugando y ayudando a los niños mayorcitos a solucionar rompecabezas y adivinanzas. Sin que apenas se diera cuenta, llegó la hora de volver a casa y la niña se marchó a toda prisa.

Cuando llegaba al jardín, el señor Hollister, que había marchado al Centro Comercial en cuanto hallaron al hidroavión, en la caleta, también apareció en su furgoneta. Padre e hija entraron juntos en la

casa.

—¿Todo listo para volar a Crestwood? —preguntó el señor Hollister.

—Sí. Todo —contestó a coro la familia.

Sacaron las maletas de la casa para subirlas al aparato. La señora Hollister ya había telefoneado a tía Marge para que supiera que iban a llegar.

—Teddy y Jean se han puesto muy contentos —dijo la madre—. Están deseando volver a veros.

Después de las despedidas y de haber dado a Sue los que ella misma calculó como un millón de besos, los pasajeros tomaron asiento en el hidroavión.

—Cuida mucho al abuelito y la abuela —dijo Pam a su hermana menor.

—Se portarán muy bien. Ya lo veréis —contestó la pequeñita con una risilla, y agitó sus manecitas en señal de despedida.

Cerraron la portezuela. Con gran estrépito, los motores se pusieron en marcha. El piloto Jordán llevó el aparato sobre las aguas del lago.

Los deslizadores levantaron grandes cantidades de espuma en la superficie del agua, pero esta vez tuvo que hacer un lento despegue debido al gran número de pasajeros que llevaba a bordo. Por fin dio un tirón al volante y… ¡se elevaron por los aires!

A los niños les daba la impresión de que el Lago de los Pinos iba alejándose y que ellos, en cambio, permanecían quietos.

—¡Adiós, Shoreham! —dijo Holly, agitando una mano, mientras el lago desaparecía de la vista.

El hidroavión se fue elevando cada vez más por encima del espléndido y verde paisaje de abajo.

—Tiene unos motores muy suaves —comentó Pete, escuchando el rítmico runruneo del aparato.

Pero no bien acabó de decir aquello, cuando empezó a sonar un potente y extraño silbido. Los niños se miraron unos a otros.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Ricky.

El ruido se interrumpió un momento, pero volvió a reanudarse.

—¿Será que hay alguna avería en un motor?

COMPLICACIONES



¿Qué podía ser aquel extraño ruido que se escuchaba dentro del avión? Si había algún problema en un motor, seguramente el piloto se habría dado cuenta. Sin embargo, Jordán no parecía preocupado.

—Parece que sale del compartimiento de equipajes —advirtió Pete.

—Vamos a mirar —propuso el pecoso.

Los dos chicos abrieron la pequeña puerta dé la parte posterior del aparato. Encima de todas las maletas se encontraba «Morro Blanco», la gata de los Hollister.

—¡Miau! ¡Miau! —maulló la gatita. Y, de un salto, aterrizó en los brazos de Holly.

—¡«Morro Blanco» es un polizón! —dijo Holly riendo.

Los Hollister supieron que «Morro Blanco» había subido al avión durante las despedidas. La gata siguió maullando, mientras el aparato surcaba el aire a gran velocidad. Ricky dijo:

—Parece que a «Morro Blanco» no le gusta viajar en avión.

La gata se llevó una patita a la oreja izquierda y se rascó repetidamente. Luego hizo lo mismo con la oreja derecha.

—Los vibraciones deben de molestarla —opinó Pete.

Y Holly aseguró:

—Yo puedo arreglar eso.

Holly sacó un pañuelo de un bolsillo, lo dobló en forma de triángulo y lo ató alrededor de la cabeza de la gata, cubriéndole las orejas. El efecto final era el de un sombrero de tres picos.

—Así no te molestará el ruido, guapita —dijo amablemente Holly, acariciando a la gata.

El animal sacudió varias veces la cabeza, pero, en vista de que el improvisado gorrito no se le caía, pareció contenta de llevarlo.

—¿Veis? Ahora está más contenta —dijo Holly, muy feliz al ver que la gata se enroscaba sobre sus rodillas y cerraba los ojos.

Dos horas más tarde, el avión empezaba a describir círculos sobre una bonita y pequeña población.

—¡Es Crestwood! —exclamó Pam—. ¡Y aquélla es nuestra antigua escuela!

El aparato fue a posarse sobre el río Crestwood y mientras Al Jordán lo conducía hacia el gran embarcadero de la población, los Hollister pudieron ver a su guapa tía Marge y a sus primos, que les esperaban.

Teddy y Jean agitaron las manos, saludando alegremente, mientras el aparato se detenía muy cerca de ellos. Jean, de nueve años, era una gran amiga de Pam. Tenía el cabello castaño y graciosos hoyuelos en las mejillas. Era muy amante de los animales, y tenía dos perros de caza y un caballo.

Su hermano Teddy, de once años, tenía el cabello negro y los ojos grises. Era tan vivaracho y simpático como Pete, y se parecía mucho a él, aunque era un poquito más bajo.

Los Hollister de Shoreham saludaron a los recién llegados con gran entusiasmo, y tía Marge dijo:

—Nosotros estamos contentísimos de veros, Pero me temo que vais a tener malas noticias.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la señora Hollister, preocupada.

—Se trata del señor De Marco —contestó la tía Marge—. Ha telefoneado varias veces, para hablar con vosotros.

—¿Qué quería? —preguntó Pete, muy inquieto.

Tía Marge pareció indecisa, pero al fin, suspirando, replicó:

—El señor Marco no cree que pueda dejar que os llevéis sus tiovivos.

—¿Por qué ha cambiado de idea? ¿Qué ha dicho? —preguntó Pete atropelladamente, porque se había llevado una gran desilusión.

La tía repuso que el señor De Marco no había dado ninguna explicación.

—Pero quiere veros inmediatamente.

Los chicos ayudaron a bajar el equipaje del avión. Luego se despidieron del señor Jordán, que despegó de nuevo y se alejó.

Los Hollister fueron hasta el sedán del tío Russ y subieron a él. No había espacio suficiente para diez personas, de modo que Ricky y las niñas tuvieron que sentarse en las rodillas de los demás. Pero no fue por mucho tiempo. A los pocos minutos llegaron a la casa de tío Russ, situada en las afueras de Crestwood.



Era un lugar encantador, tipo rancho, con varios acres de terreno a su alrededor. En la parte posterior había un granero, donde Teddy y Jean tenían sus perros y el caballo.

—Iremos a ver al señor De Marco en seguida —decidió el tío Russ—. Pero ahora viajaremos en dos coches, para ir más holgados.

En cuanto hubieron bajado las maletas, tío Russ condujo el sedán, con su hermano y todos los chicos varones como pasajeros, mientras su esposa llevaba a la señora Hollister y las niñas en su descapotable.

El señor De Marco vivía en una casa antigua. En la parte posterior tenía un granero de dos plantas con una gran veleta en lo alto. Los visitantes se detuvieron en el camino del jardín para bajar de los automóviles y luego subieron las escaleras del porche. Pete golpeó en la puerta con el llamador.

Les abrió la puerta un hombre bajo y grueso, de cabellos grises, vestido con bata y zapatillas. Mostraba un color muy pálido en su rostro, y los niños creyeron que se mostraba severo cuando les saludó.

—Supongo que son ustedes los Hollister —dijo.

—Sí. Nosotros somos —repuso el padre de Pete, sonriendo. Y presentó a las dos familias—. Hemos venido desde Shoreham a buscar esos dos tiovivos. Pero, al parecer, ahora usted no desea prestárnoslos.

—Así es —contestó el señor De Marco—. No me gusta que se burlen de mí.

—¿Qué quiere usted decir? —replicó Pete—. Nosotros no nos hemos burlado de usted.

—Entren, y hablaremos —dijo el hombre, encaminándose despacio hacia una amplia y acogedora sala.

Entró entonces una señora bajita, de cabello canoso y con un delantal de flores, a quien el señor De Marco presentó como su esposa.

—Siéntense todos, hagan el favor —dijo la señora—. «Poppa» les explicará por qué está enfadado.

Los Hollister escucharon en silencio, mientras el señor De Marco les hablaba de dos hombres qué habían venido a visitarle el día anterior. Habían ofrecido comprarle el tiovivo grande.

—Les dije que no estaba en venta y que, además, pensaba prestárselo a ustedes —explicó—. Esos hombres me aseguraron que ustedes pensaban utilizar mis aparatos para ganar dinero.

—¡Eso no es cierto! —protestó Pam, indignada—. Se lo aseguramos, señor De Marco, es para la fiesta de nuestra escuela. Y

todo el dinero que saquemos será para la guardería infantil de Shoreham.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que eso es cierto? —preguntó el hombre.

—Podría usted hablar con el director de nuestra escuela —dijo Pete.

El señor De Marco parecía un poco desazonado.

—Tal vez no sea necesario —murmuró.

Los cuatro niños empezaron a hablar de los planes que habían hecho para la fiesta escolar.

—Creemos que será algo estupendo —comentó Teddy.

Al fin, en el rostro de la señora De Marco apareció una amplia sonrisa. También su esposo pareció alegrarse.

—No cabe duda de que todo es para fines benéficos —dijo—. Perdonadme por haber hecho caso de esos hombres.

—Por cierto… ¿Cómo se llamaban? —preguntó el señor Hollister con curiosidad.

Cuando el señor De Marco contestó que lo ignoraba, el tío Russ sugirió que les describiera su aspecto. El señor De Marco empezó a hacerlo y el dibujante se puso a garrapatear sobre un papel. El propietario de los tiovivos habló de un hombre de estatura mediana, con rostro delgado, nariz chata y cejas espesas.

El segundo hombre era más alto, con nariz larga, mejillas hundidas y perilla. Cuando el señor De Marco concluyó sus explicaciones, el tío Russ le mostró los bocetos que acababa de hacer.

—¿Se parecen algo a esos hombres?

El canoso señor De Marco contuvo un grito de asombro y se volvió a su mujer, diciendo:

—«Mamma», mira esto. Se parecen de verdad a los dos que querían comprar nuestro tiovivo grande.

La señora De Marco asintió.

—Sería usted un buen detective, señor Russ Hollister —dijo.

—Pues no soy ni la mitad de buen detective que los hijos de mi hermano John —declaró el dibujante, riendo. Y se volvió a los niños para decir—: Tendréis que buscar a esos dos rufianes que han estado a punto de estropear vuestros planes para la fiesta.

—Sí. Hay que encontrar al señor «Perilla» y a su amigo —dijo Holly, muy decidida.

—Pero ¿por qué dirían esa mentira sobre nosotros? —murmuró el hermano mayor.

El señor De Marco opinó que todo podía obedecer al gran interés que tenían de adquirir el tiovivo para ellos. En cualquier caso, él estaba muy contento de poder prestárselo a los Hollister para su fiesta. La familia de Shoreham le dijo que irían a buscarlos el lunes por la mañana.

El señor De Marco llevó a sus visitantes al patio para mostrarles los dos tiovivos. El grande estaba desmontado, de modo que no había posibilidad de montar en él, pero los niños admiraron los grandes animales de madera, amontonados en una pila.

—Un día montaré en ese león —afirmó Ricky, intentando subirse en el animal.

Y, debido a las piruetas del pequeño, un momento después, la enorme pila se venía abajo.

—¡Cuidado, Ricky, que están vivos! —exclamó Pete bromeando.

Los más pequeños se turnaron para montar en el lindo tiovivo pequeñito.

—¡Es una delicia! —afirmó Pam—. ¡Qué suerte tenemos, señor De Marco!

El hombre sonrió y su esposa dijo:



—Antes de que os marchéis, quiero invitaros a algo.

Y entró a buscar una bandeja de buñuelos, bañados en miel y salpicados con anises de colores.

—¡Haaam! —hizo Ricky, relamiéndose.

—«Mamma» hace estos dulces todos los años por la Pascua —explicó el señor De Marco con orgullo—. ¡Lo que desearía es qué mi médico me permitiese comer más cantidad de ellos!

Después de saborear los deliciosos buñuelos, los niños y sus padres abandonaron la casa de los señores De Marco. Los primos jugaron juntos durante el resto de la tarde; al día siguiente fueron a la iglesia. Después de comer, Pam dijo:

—Mamá, ¿no podríamos visitar nuestra antigua casa?

—Me parece una buena idea —contestó la señora Hollister.

Los seis niños salieron a hacer aquella visita. Por el camino se encontraron con varios amigos, que les acompañaron.

—Podemos jugar al escondite —propuso Pam, cuándo llegaron a la casa.

Se le ocurrió decir aquello porque recordaba un lugar secreto, en un espeso seto, detrás de la finca. Ricky se ofreció para quedarse. Hundió la cabeza entre los brazos y contó hasta cien, mientras los demás corrían en todas direcciones. Pam se encaminó, directamente hacia el seto.

—¡Allá voy, aunque no estéis preparados! —gritó Ricky.

De repente, Pam oyó voces al otro lado del seto. En la acera, a corta distancia, había dos hombres de espaldas a ella.

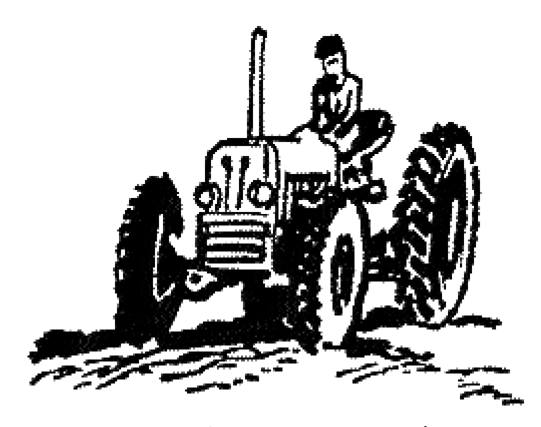
—No podemos perder de vista a esos Hollister —decía uno de ellos—. Hay que seguirles.

Pam quedó atónita. ¿Quiénes serían aquellos hombres? Desde el lugar en que se hallaba no podía verlos bien, por tanto, decidió salir de su escondite.

Sin duda debió hacer algún ruido y los hombres la oyeron, porque corrieron hasta un coche verde, subieron a él y se alejaron a toda velocidad calle abajo.

Muy preocupada, Pam fue a contar a los demás lo ocurrido.

TRANSPORTANDO UN TIOVIVO



Muy nerviosa, Pam contó a sus primos y demás niños que aquellos dos desconocidos habían hablado de no perder de vista a los Hollister.

—Es una lástima que no hayas podido verlos —dijo Pete—. Y hay que decírselo en seguida a papá. Puede que también a él le estén vigilando.

Todos los Hollister se despidieron de sus amigos y corrieron a casa del tío Russ. Los mayores se encontraban en el patio posterior y allí fue Pam a explicarles lo sucedido.

—Es muy sorprendente —declaró el señor Hollister.

—¿Papá, crees que pueden ser los mismos hombres que dijeron esa mentira sobre nosotros al señor De Marco? —preguntó Pete.

—Podrían ser. Ciertamente, resulta un gran misterio.

Tía Marge suspiró y dijo:

—Quiera Dios que no tengáis ningún problema con esos hombres durante el regreso a Shoreham. Por lo que más queráis, prometed que iréis con los ojos muy abiertos, por si acaso.

—Lo haremos, Marge —prometió la señora Hollister, mientras entraban todos en la casa para cenar.

Tío Russ habló con la policía para que vigilasen la casa por si aparecía algún individuo sospechoso, pero no vieron a nadie en toda la noche.

Mientras desayunaban, Pete dijo:

—Creo que Ricky y yo debemos ir en el coche con mamá, para protegerla, si esos hombres intentasen molestarnos.



Todos estuvieron de acuerdo con la idea de Pete y, en consecuencia, decidieron que las niñas viajasen con el señor Hollister. Tío Russ, tía Marge, Teddy y Jean acompañaron a sus parientes a casa de los señores De Marco. El dueño de los tiovivos les saludó, muy afectuoso, y les acompañó al patio posterior.

—Todo está listo para el viaje —declaró el hombre.

En el camión estaban colocados los animales y las diversas partes del tiovivo grande. A Pete le asombró ver tantas ruedas y maquinaria.

—¡Zambomba! ¿Crees que serás capaz de montar todo esto

cuando lleguemos a Shoreham, papá? —preguntó.

El señor De Marco, que había oído la pregunta, sonrió y contestó:

—Lleváis unas instrucciones que indican cómo debe hacerse.

El señor Hollister se instaló al volante del camión y salió con el vehículo del patio. Luego, con ayuda de los muchachos, entre el señor Hollister y tío Russ arrastraron la plataforma con el tiovivo pequeño y la ataron a la parte trasera del sedán de tío Russ.

—Bueno. Creo que ya estamos a punto de marcha —dijo el señor Hollister.

A continuación, estrechó la mano al señor De Marco y prometió devolverle los tiovivos, en buenas condiciones, tan pronto como terminara la fiesta escolar.

En medio de gritos de despedida y deseos de buena suerte, los Hollister de Shoreham se pusieron en marcha. Todos estaban muy emocionados. Todos, menos «Morro Blanco» que, tumbada en la parte trasera del sedán, se dispuso a dormir pacíficamente.

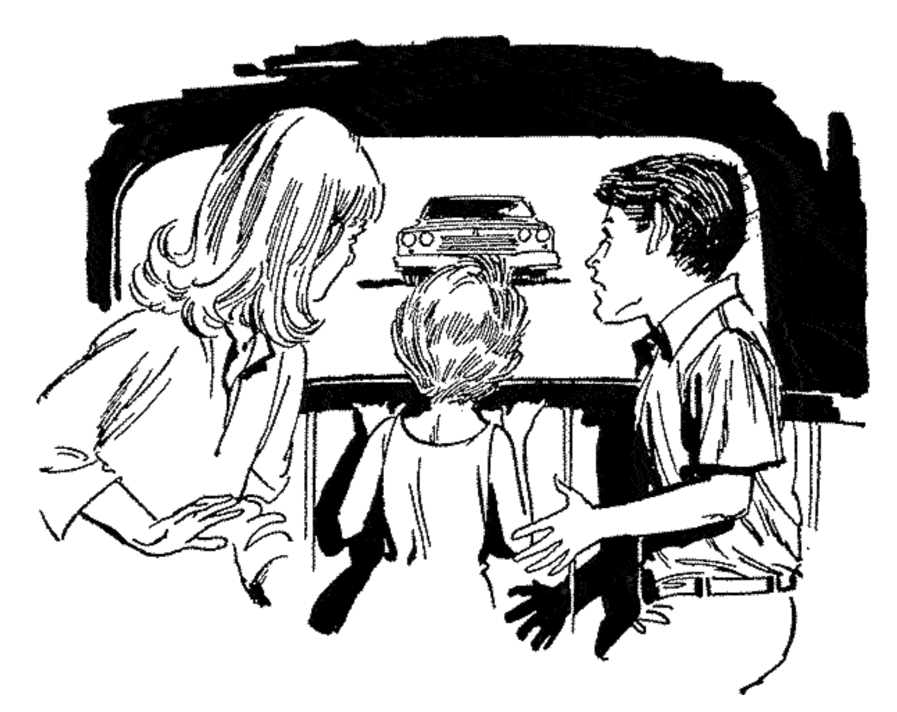
Mientras la singular caravana salía de Crestwood, los viandantes saludaban a los Hollister. Pronto estuvieron en la carretera, subiendo y bajando por un terreno desigual. Para pasar el tiempo, Pam y Holly inventaron un juego. Ganaba la que viese primero un coche amarillo, descapotable, conducido por una mujer pelirroja.

—¡Ahí llega un descapotable amarillo! —anunció Pam alegremente.

Lo conducía una mujer, pero el coche pasó a tanta velocidad, que no fue posible ver el color del cabello de la conductora. Por eso, las dos hermanas se volvieron, a mirar por la ventanilla trasera.

—Era castaña —declaró Pam, desencantada.

De pronto, las niñas se fijaron en un coche verde que viajaba a poca distancia del camión. Pam se puso muy nerviosa y dijo:



—Parece el mismo coche en que se marcharon aquellos dos hombres ayer. Puede que nos vengan siguiendo.

El señor Hollister miró por el espejo retrovisor. El coche estaba demasiado lejos para que fuese posible distinguir ningún detalle.

—Voy a reducir la velocidad y les daré oportunidad para que nos adelanten —decidió el padre—. Si no lo hacen, sabremos que se interesan por nosotros.

Dicho y hecho. El camión de los Hollister redujo la velocidad. Y lo mismo hizo el que conducía el coche verde, con el propósito de mantener la misma distancia entre él y el camión. Entonces el señor Hollister aceleró un poco. Y el coche verde también aceleró.

—Nos vienen siguiendo. No cabe duda.

Pam dijo:

—¿Cómo podríamos echar una mirada a esos hombres? Yo tengo los bocetos que hizo el tío Russ…

Y Pam los sacó de su bolsillo.

—Si uno de ellos es el señor «Perilla», lo reconoceremos —afirmó Holly.

—Creo que hay un modo de poder verlos —dijo el señor

Hollister.

Hizo señales con la bocina a su esposa, que iba delante, a no mucha distancia, para que se detuviera. Mientras el coche con remolque del tiovivo se detenía a un lado del camino, el señor Hollister también detuvo el camión, saltó a tierra y corrió a decir a los otros lo que sucedía con el coche verde.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, entusiasmado—. Esto es igual que un caso policíaco.

El padre propuso que en cuanto pasaran la próxima colina, se internarían por la primera carretera secundaria que encontrasen.

—Si somos suficientemente rápidos, esos hombres no podrán vernos y pasarán de largo. Tal vez entonces podremos echarles un vistazo.

Mientras tanto, el coche verde se había detenido a alguna distancia. Cuando los vehículos de los Hollister reanudaron la marcha, también lo hizo el coche verde. A una media milla había una brusca pendiente. Una vez que el sedán de la señora Hollister hubo llegado al otro lado de la misma, Pete exclamó:

—¡Qué suerte!

A la izquierda, a muy poca distancia, se abría un camino polvoriento que se internaba en el bosque.

—¡Gira de prisa, mamá! —gritó Ricky.

La señora Hollister hizo una señal a su marido con la mano, y tomó aquel camino, describiendo una rápida curva. El camión la siguió inmediatamente, quedando oculto desde la carretera.

Pam y Pete saltaron a tierra y corrieron hasta la carretera principal, donde se ocultaron detrás de una gran roca. Esperaron. A los pocos segundos se oyó un zumbido. El coche verde pasó a toda velocidad.

¡El conductor llevaba perilla!

Inmediatamente, Pam y Pete corrieron junto a sus padres.

—¡Era el señor «Perilla»! —anunció Pam.

El señor Hollister frunció el entrecejo.

—Siendo así, celebraré que nos pierdan la pista.

—Te da escalofríos saber que te están siguiendo —confesó Holly, sacudiendo sus trencitas.

—Bien. Hay que volver a la carretera —decidió el padre.

La señora Hollister condujo por el camino hasta encontrar un claro donde pudo dar la vuelta. Luego avanzó lentamente por la carretera. El señor Hollister, con objeto de que su esposa tuviera espacio para salir, había detenido el camión muy apartado del camino secundario.

—¡Cuidado con esa zanja papá! —advirtió Holly.

Pero la advertencia llegó demasiado tarde. ¡Las ruedas derechas del camión ya se habían hundido en la zanja!

—¡Oh! ¡Se ha encallado! —exclamó Ricky, al saltar del vehículo.

Era cierto. Al cabo de un rato, el señor Hollister declaró:

—Bueno. Tendremos que buscar a alguien que nos remolque fuera. ¿Os habéis fijado si hemos pasado por delante de algún garaje?

No podían recordarlo, pero Pete dijo:

—Yo he visto a alguien que conducía un tractor, al otro lado de esa colina. A lo mejor, puede ayudamos.

El señor Hollister dijo que retrocedería a pie en busca del tractor. Al llegar a un campo de cultivo se encontró con que el conductor del tractor era un muchacho, no mucho mayor que Pete. Sus pantalones tejanos aparecían descoloridos y se cubría con un viejo sombrero de paja.

—¡Eh, chico! —llamó el señor Hollister.

El muchacho detuvo el motor y miró hacia él.

—Estamos en un aprieto —declaró el señor Hollister; en seguida le explicó el percance sufrido—. ¿No podrías arrastrar nuestro camión fuera de la zanja?

—Claro que sí, señor. Con mucho gusto —contestó amablemente el chico, con una gran sonrisa en su rostro.

Después de desenganchar el arado del tractor, hizo girar al vehículo y lo condujo hacia la carretera. El señor Hollister saltó al compartimento de herramientas y en muy poco tiempo llegaron junto al camión.

—¡Hurraaaa! —gritó Ricky.

Y todos los demás aplaudieron.

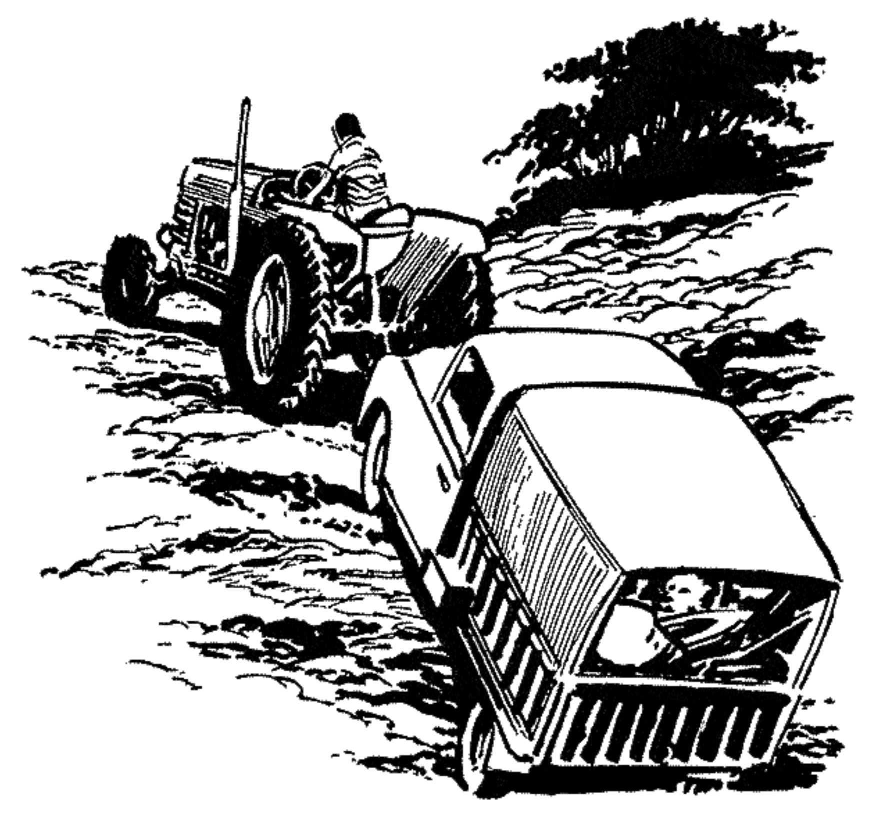
—¿Cómo te llamas? —le preguntó Holly.

—Ricky.

Al oír aquello, Ricky Hollister dio un salto de asombro.

—¡Canastos! ¡Si ése es mi nombre! Claro que es sólo un diminutivo. Mi nombre verdadero es Richard. ¿Y el tuyo?

—Ricardo. Es que mi familia procede de Cuba. Bueno, será mejor que me ponga a trabajar.



El muchachito labrador enganchó al camión una cadena del tractor y puso el motor en marcha. ¡Qué ruido tan descomunal hacía el tractor mientras luchaba por sacar el camión de la zanja! Al principio pareció que ni el tractor iba a lograr tal hazaña. Pero por fin se notó un ligero movimiento en las ruedas.

—¡Ya funciona! —anunció el pecoso, al ver que el camión se movía unos centímetros.

Mientras el tractor trabajaba de firme, todos los Hollister empujaban detrás con fuerza. Pasados algunos minutos, el camión volvía a estar con las cuatro ruedas bien apoyadas en terreno firme. El joven labrador saltó de su tractor para desenganchar la cadena. El señor Hollister introdujo la mano en el bolsillo y sacó algún

dinero para dárselo a Ricardo.

—No, gracias —dijo el muchacho—. Me alegro mucho de haber podido serles útil. —Se quedó un momento admirando los tiovivos y acabó diciendo—. ¡Vaya! Sí que debe ser divertido ser dueño de dos armatostes de éstos…

Los pequeños Hollister le explicaron que los tiovivos no eran suyos: se los habían prestado para la fiesta del colegio.

—¡Qué divertido! —exclamó Ricardo. Luego comentó—. La última vez que subí a un tiovivo fue en el Carnaval Jumbo, la primavera pasada. Pero este año no lo he visto por aquí.

Sin más, el chico montó en su tractor y se alejó.

Pam quedó pensativa y con expresión extraña.

—¿El Carnaval Jumbo? —dijo al fin en voz alta—. ¿No creéis que esos hombres del coche verde pueden ser los dueños del Carnaval Jumbo?

—Es posible —admitió Pete—. Quizá por eso les interesaba conseguir el tiovivo grande. ¡Para su feria!

—¡Y por eso nos están dando tanta lata! —murmuró Pam, bastante inquieta.

UN VISITANTE NOCTURNO



Mientras viajaban nuevamente por la carretera principal, los Hollister no pudieron hallar el menor rastro del coche verde. Algunas horas después se detenían a comer en un parador de la carretera. Cuando terminaron la comida y se disponían a reanudar la marcha, Pete dijo:

—¿Por qué no cambiamos ahora de sitio? El señor «Perilla» y su amigo se han ido; de modo que mamá ya no necesita nuestra protección.

—Sí, cambiemos —aceptó Pam.

Holly se instaló en el asiento trasero del sedán, con «Morro Blanco» en sus rodillas, y su hermana lo hizo al lado de la señora Hollister. Pete y Ricky viajaban ahora con su padre, mirando al camino con atención, por si aparecía el coche verde.

A última hora de la tarde, la señora Hollister indicó por señas a su marido que iba a detenerse ante un gran bar pintado de blanco que había a poca distancia. Así lo hizo y el camión fue a detenerse detrás del sedán.

—Descansaremos aquí y tomaremos unos helados —propuso la madre, después de haber desmontado.

—¡Bien! —exclamó el impulsivo Ricky.

Corrió delante de todos y abrió la puerta de cristal del bar, dotado con aire acondicionado. La señora Hollister y las niñas entraron delante, seguidas por el resto de la familia. Todos se sentaron en una fila de banquetas, colocadas ante el limpio y resplandeciente mostrador.

Ricky estaba tan contento que giró tres veces consecutivas en su banqueta. ¡Zas! El asiento de la banqueta se desprendió y…, ¡el pobre Ricky rodó por el suelo!

Se levantó en seguida y se sentó, bastante avergonzado, mientras una joven con uniforme blanco acudía a preguntarles qué querían tomar.

—Un helado blanco —dijo Holly, refiriéndose a helado de vainilla.

—Yo, uno marrón —solicitó Ricky.

—Para mí, uno rosado —pidió la madre.

—Uno color púrpura —añadió Pam.

—Yo lo quiero amarillo —decidió Pete.

El señor Hollister, sonriendo, manifestó:

—Yo tomaré uno color naranja.

En un momento, el camarero tuvo los helados a punto. ¡Qué alegre efecto producía aquella fila de helados de vainilla, chocolate, frambuesa, fresa, limón y naranja!

De pronto, Holly, acordándose de «Morro Blanco», preguntó:

—¿Puede preparamos un helado para nuestra gata?

—Naturalmente —contestó la camarera, sonriendo.

Holly salió con el helado y se lo ofreció a la gatita, que lo lamió con tanta prisa y placer que los bigotes se le llenaron de gotitas blancas.

Cuando la niña volvió a entrar, la camarera estaba preguntando:

—¿Han encontrado ustedes a los señores del coche verde que les estaban buscando?

El cosquilleo que recorrió la espina dorsal de todos los Hollister fue más frío que los propios helados.

—¿Nos buscaban? —exclamó el señor Hollister—. ¿Está usted segura?

—Sí. Esos dos señores se detuvieran aquí hace varias horas y

preguntaron si habíamos visto pasar por la carretera dos vehículo con tiovivos.

Pam mostró a la camarera los dos bocetos que había hecho el tío Russ.

—Sí. Son estos dos hombres —afirmó la joven—. Parecían ansiosos por encontrarles.

El señor Hollister pagó la cuenta y volvieron a ponerse en camino. De nuevo los dos muchachitos subieron al sedán con su madre.

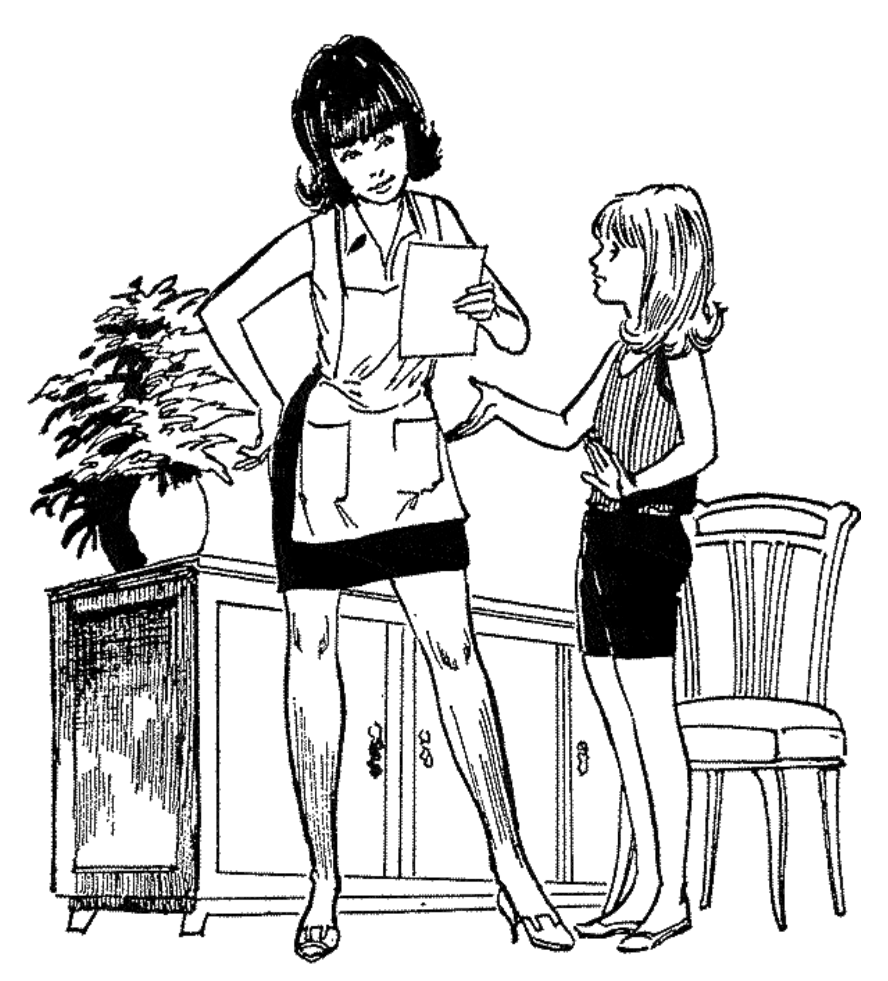
Cuando empezaba a oscurecer, la señora Hollister preguntó:

—¿Os resulta familiar este lugar?

—Sí —afirmó Pete—. Pasamos aquí la noche cuando nos trasladamos a Shoreham.

—¡Es verdad! —exclamó Ricky, reconociendo el paisaje—. Y me parece que el motel está allí.

Al aproximarse al motel, la señora redujo la marcha.



—Tienes razón. Es el mismo sitio. Podríamos quedarnos aquí a pasar la noche. El propietario fue muy amable con nosotros.

Los Hollister fueron a detener sus vehículos en el patio, alrededor del cual había varias bonitas viviendas individuales.

El propietario del motel se alegró de volver a verles.

—¡Vaya, vaya! ¿Conque los felices Hollister…? —exclamó, estrechando la mano del señor Hollister. Miró a su alrededor y preguntó en seguida—: Pero ¿dónde está la benjamina de la familia?

Pam contestó que Sue se había quedado en casa con los abuelitos, y el dueño del motel dijo entonces:

—Pues a ver si la próxima vez la traéis también. Es una chiquilla

simpatiquísima.

El dueño del motel destinó a los Hollister las mismas habitaciones que la vez anterior. Después de sacar los pijamas y camisones de las maletas, los Hollister tomaron una cena ligera en el nuevo comedor que habían añadido al motel algunos meses atrás. Al terminar, la señora Hollister opinó que debían telefonear a sus parientes de Shoreham.

—¿Puedo hacer yo la llamada? —preguntó Pam.

—Sí, hija —accedió la madre.

Todos los Hollister rodearon la cabina, mientras Pam ponía la conferencia. Fue la abuela quien contestó al teléfono y dijo que todo iba bien en casa. Luego, sonó la vocecita de Sue.

—Pam —dijo lloriqueando—, nos han quitado a la gatita. Tenéis que venir «in siguida» para ayudarme a buscar a «Morro Blanco».

—Perdona, guapina. No se nos ocurrió decirte que «Morro Blanco» se había metido de polizón en el avión, pero está bien. Volverás a verla muy pronto.

La pequeñita suspiró tranquilizada. Luego habló con cada uno de los miembros de la familia. A su madre le dijo que entre ella y la abuelita habían hecho tres ricos pastelillos y una docena de enanitos de dulce.

—Los guardamos para vosotros, mamita —añadió Sue.

Después de despedirse de la pequeña, los Hollister fueron a sus dormitorios. Ya había oscurecido, y tuvieron que encender las luces de la acogedora casita.

De repente llamaron a la puerta. El señor Hollister fue a abrir. El hombre que estaba en el umbral produjo un sobresalto en toda la familia. ¡Se parecía tanto a una de las personas que tío Russ había dibujado…!

Holly, muy asustada, apretó la mano de su madre, mientras el señor Hollister preguntaba:

—¿En qué puedo servirle?

—Quisiera comprarle el tiovivo grande —declaró el visitante.

—Lo lamento, pero no está en venta —repuso el señor Hollister.

—Le pagaré bien —ofreció el desconocido.

Cuando el señor Hollister le explicó que él no era el propietario de los tiovivos, el rostro del hombre se ensombreció. Estaba a punto

de hacer algún comentario, cuando Holly preguntó:

—Usted es uno de los hombres que visitó al señor De Marco, ¿verdad?

Al oír aquello, al desconocido estuvieron a punto de salírsele los ojos de las órbitas. Abrió la boca enormemente y lanzó un resoplido de inquietud.

—¿Dónde está su amigo, el señor «Perilla»?

Esta pregunta la hizo Ricky.

Aquello fue más de lo que el hombre podía soportar. Sin decir ni una palabra, el desconocido dio media vuelta y salió a la carrera, desapareciendo en la oscuridad.

—Desde luego, se comporta como si fuera culpable de algo —opinó el señor Hollister.

—¡Vamos a perseguirle y a averiguar de una vez qué pasa con todo esto! —propuso Pete.

De acuerdo con la idea de Pete, el señor Hollister decidió:

—¡Vamos, muchachos!

Pero cuando llegaron al sedán, en busca de una linterna, el hombre había desaparecido. Los Hollister buscaron por los alrededores del motel, pero no pudieron localizarle. De modo que volvieron a sus habitaciones.

—Creo que lo habéis asustado —dijo la señora Hollister.

La verdad es que a todos les había puesto muy nerviosos el visitante.

A Pete, en particular, le resultaba difícil dormirse, porque escuchaba por si se oía ruido de pisadas en el exterior. Sin embargo, acabó por adormilarse. Pero a medianoche dio un salto en la cama, sobresaltado. Acababa de oír el motor de un camión que era puesto en marcha.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó Pete, llamando a la puerta de sus padres—. ¡Alguien intenta llevarse nuestro camión!



El señor Hollister saltó de la cama y encendió rápidamente la luz. Luego se puso la bata y las zapatillas y corrió con Pete al patio donde habían dejado estacionados sus vehículos.

El capó del camión estaba levantado y un hombre se hallaba inclinado sobre el motor. ¿Sería el desconocido que les había visitado?

Cuando oyó acercarse a los Hollister, el hombre escapó corriendo, sin dejarse ver. Pete y su padre se lanzaron en

persecución del desconocido. Pero un coche le estaba esperando en la carretera, con el motor en marcha. El hombre saltó al vehículo y éste se alejó a toda velocidad.

—¡No podemos dejarlo marchar así! —dijo el señor Hollister, con determinación—. Utilizaremos el sedán para perseguirlo.

A toda prisa, entre él y sus dos hijos desengancharon el tiovivo pequeño. Para entonces, los restantes Hollister y algunas personas más del motel se habían levantado y acudían a ver qué sucedía.

—¡Alguien ha intentado robar nuestro camión! —explicó Pete—. Vamos a salir a perseguirlo.

Ricky suplicó que le dejasen ir también, y el padre dijo:

—Sube. Pero los demás debéis quedaros a vigilar el camión.

El señor Hollister condujo hasta la carretera principal y se lanzó tras el coche fugitivo. Pronto distinguieron unos faros a lo lejos y corrieron tras ellos. Pero a poco, fueron acortando distancias.

—Cincuenta millas es la velocidad límite —leyó el señor Hollister en un poste. Y se ajustó estrictamente a las indicaciones.

Cuando estaban muy cerca del coche que iba delante, Pete pudo darse cuenta de que era negro, no verde. Adelantaron, pues, a aquel vehículo y siguieron la búsqueda. Recorrida otra media milla, vieron delante otro automóvil.

—Creo que es ése. ¡Vamos, papá! ¡A ver si le alcanzas! —apremió Pete.

Pero el otro coche iba casi tan de prisa como el de los Hollister. Mientras avanzaban a gran velocidad gruesas gotas de lluvia comenzaron a golpear en el parabrisas. Pronto empezó a caer un fuerte chaparrón. El señor Hollister puso en funcionamiento los limpia-parabrisas, que producían un ruidillo siseante mientras limpiaban el agua de los cristales.

—Les estamos alcanzando papá —dijo Pete.

—Si ese coche no reduce la velocidad en aquella curva, puede tener un disgusto —dijo el señor Hollister, frenando un poco el sedán.

El vehículo de delante no aminoró su marcha. Y de pronto resbaló sobre el pavimento húmedo. Chirriaron las ruedas. El coche se movió sin rumbo, a un lado y otro y… ¡acabó por saltar fuera de la carretera!

UN TÚNEL



Pete dio un grito al ver que el coche que corría delante de ellos salía disparado fuera de la carretera. Vieron cómo iba a parar a campo abierto y se detenía al cabo de unos metros.

—Confiemos en que no hayan resultado nadie herido —dijo el señor Hollister, deteniendo el sedán a un lado de la carretera.

Sus hijos y él corrieron hacia el coche accidentado, con una linterna encendida. Al llegar junto al vehículo, pudieron ver que las puertas se hallaban abiertas. Y se llevaron una sorpresa porque quienes salían del coche eran un hombre y una mujer.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Si no son las personas que buscamos!

—¿Están ustedes heridos? —preguntó el señor Hollister, acercándose a la pareja.

—Mi esposa ha recibido un golpe en la cabeza, pero no creo que sea nada serio —respondió el hombre.

—Creíamos que eran ustedes otras personas —confesó Pete—. Íbamos siguiendo a dos hombres que van en un coche muy parecido al de ustedes.

El señor Hollister ofreció su ayuda para llevar el coche hasta la

carretera.

—Será mejor que se ponga usted al volante —indicó al hombre —. Mis hijos y yo empujaremos por los sitios más difíciles.

El hombre se sentó al volante. Era difícil conducir sobre aquel terreno y, en varias ocasiones, las ruedas se hundieron peligrosamente en la tierra blanda. Pero Pete, Ricky y su padre empujaron con todas sus fuerzas por la parte posterior hasta que el coche volvió a encontrarse en la carretera.

—Muchas gracias por su ayuda —agradeció la señora, antes de alejarse.

—El señor «Perilla» y su amigo deben de llevamos ya una gran delantera —masculló Pete, mohíno.

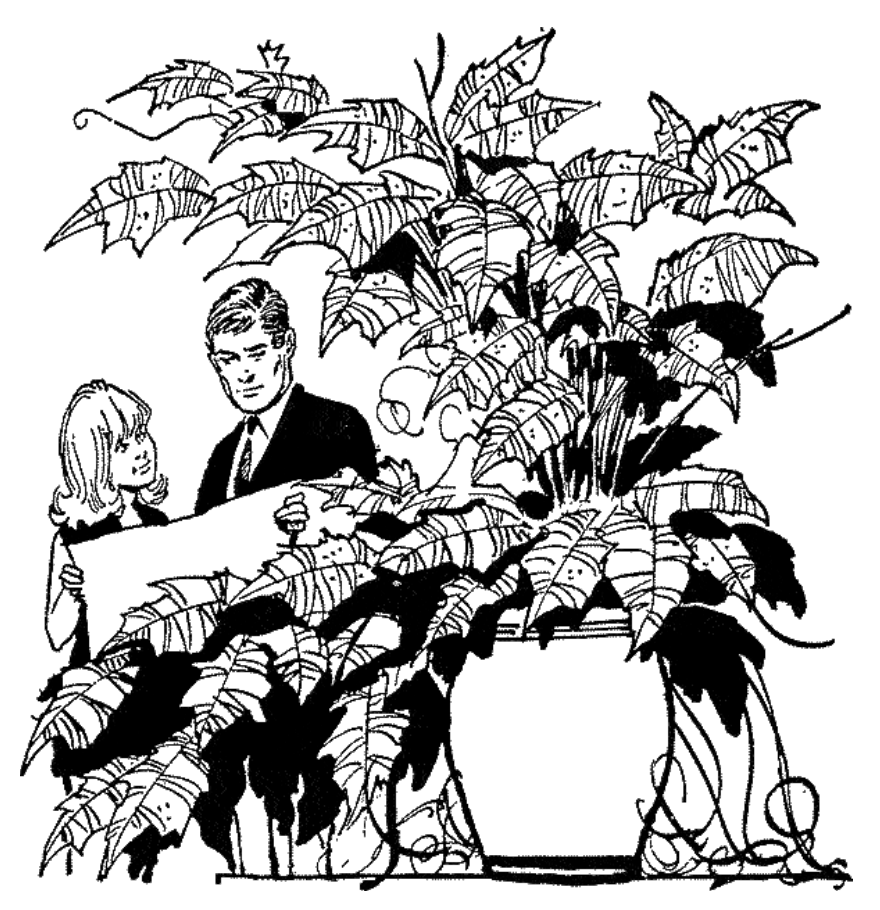
Su padre también opinó que continuar la persecución sería tarea inútil. Lo mejor era regresar al motel y poner al corriente del fracaso a los demás.

A la mañana siguiente, antes de emprender la marcha, Pam consultó el mapa de carreteras.

—Mira, papá —dijo señalando a un lugar del mapa—, esto parece que puede ser un atajo de Shoreham.

—Iremos por ahí —decidió el señor Hollister—. Además de que llegaremos a Shoreham, así nos apartaremos del señor «Perilla» y su amigo.

Después de desayunar, el señor Hollister, ayudado por sus dos hijos varones, enganchó el tiovivo pequeño al sedán, y la caravana se puso en marcha. Siguieron la carretera que Pam había señalado. Atravesaba una región espléndida junto a un viejo canal. Pronto se encontraron ante un alto paredón.



—Mira, mamá —dijo Ricky, que viajaba con su madre y con Pete—. El canal pasa por encima de la carretera.

Ante ellos se abría un túnel bajo y estrecho.

—¡Dios mío!… No sé si papá podrá pasar por ahí con el camión —dijo la señora Hollister, reduciendo la marcha al llegar al túnel y mirando por el retrovisor.

El señor Hollister condujo despacio el camión a través del túnel, pero, de repente, se oyó un fuerte roce.

—¡El carrusel está rozando el techo del túnel! —anunció Holly, sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡No podremos atravesar el túnel! —advirtió Pam a su padre.

—Hagamos un nuevo intento —decidió el señor Hollister. El camión avanzó unos centímetros, pero siguió escuchándose aquel ruido que indicaba que algo rozaba. Y el señor Hollister acabó por

admitir—: No pasa. Tendremos que salir del túnel.

Puso marcha atrás y el camión retrocedió unos centímetros. Pero al momento sonó un ruido sospechoso y el camión se detuvo.

—¡Oh! ¡Estamos inmovilizados! —se lamentó Pam.

Mientras tanto, dos automóviles que habían aparecido detrás del camión empezaron a tocar el claxon con impaciencia.

—¡Bonito embotellamiento! —exclamó el señor Hollister, con una sonrisa agria—. No podemos seguir hacia adelante, ni retroceder.

—A lo mejor puedo ayudarte, papá —ofreció Holly—. Subiré a lo alto del camión y bajaré alguna pieza para que no roce.

También Pam se ofreció, pero el padre eligió a Holly que, por ser más menuda, tendría más facilidad para penetrar en cualquier hueco. La niña salió de la cabina y trepó por un lado del camión con la agilidad de un mono.

Al llegar a lo alto, Holly gritó:

—¡Ya sé lo que pasaba! El ruido lo hacía uno de los caballos que choca con el techo.

La niña, con cuidado cambió la posición del animal de madera y al fin anunció:

—¡Ya está, papá! Prueba de nuevo.

El señor Hollister hizo retroceder el camión. Esta vez, la carga quedaba fuera del alcance del techo del túnel, aunque sólo por dos o tres centímetros. Pero, afortunadamente, fue posible salir y dejar el camino expedito para que pasaran los vehículos que venían detrás. Pam lamentó muchísimo haber elegido aquel atajo que ahora había representado una gran pérdida de tiempo.

—No tiene importancia, hija —la tranquilizó el señor Hollister —. Encontraremos otro camino.

Entre tanto, la señora Hollister había regresado por el túnel. Los dos vehículos se detuvieron a un lado de la carretera y la familia consultó el mapa, para buscar otro camino.

—Aquí hay uno —hijo la señora Hollister, señalando una carretera zigzagueante—. Pero, en lugar de ganar tiempo, me temo que vamos a tardar mucho más en llegar a Shoreham.

El terreno era una sucesión de subidas y bajadas.

Pete comentó:

—Es igual que las montañas rusas.

Cuando estaba cerca la hora de la comida, la señora Hollister se detuvo junto a un pequeño parador del camino. Enfrente, a la sombra de un gigantesco roble, se veían algunas mesitas.

—¡Qué sitio tan bonito para quedarse a comer! —dijo Holly, mientras una joven se acercaba a la familia con una minuta en las manos.

—No tenemos mucho para elegir, pero yo les recomendaría nuestras deliciosas hamburguesas —declaró la camarera sonriendo.

—¡Estupendo! —gritaron los niños.

Y todos decidieron tomar hamburguesas y leche.

Mientras la familia estaba comiendo, dos chiquitines se aproximaron tímidamente a la mesa. La camarera les ordenó que se marchasen de allí y explicó a los Hollister que eran sobrinos suyos.

—Déjelos que se queden —dijo la señora Hollister—. Les gustará hablar con mis hijos.

El niño, que tendría unos tres años, se llamaba Roy. Su hermana Thelma tenía cuatro años.

Fue ella quien se atrevió a preguntar:

—¿Podemos montar en los caballitos?

—Yo «también quero» montar —declaró Roy inmediatamente, señalando con su dedo gordezuelo el tiovivo pequeño.

—No tenemos tiempo. No podemos entretenernos —contestó la señora Hollister.



Esto hizo que el pequeño Roy prorrumpiese en llanto. Su hermana Thelma le imitó. ¡Qué jaleo, señores!

—¡Pobres pequeñines! ¡Tienen tantas ganas de montar! —dijo Pam, comprensiva—. ¿No podríamos dejarles?

—Sí, papá —intervino Holly—. ¿No podríamos poner en marcha el tiovivo pequeño?

—Está bien —accedió el señor Hollister—. Roy y Thelma pueden montar una vez.

Casi en el acto, los dos pequeños dejaron de llorar. Todavía con los ojos llenos de lágrimas, sonrieron felices.

El señor Hollister puso en marcha el motor de gasolina que hacía girar el tiovivo. Los pequeñines subieron; Thelma eligió un ciervo y Roy, un caballo. Como el tiovivo era de seis plazas, también los cuatro Hollister montaron.

Dieron vueltas y vueltas y lanzaron gritos de alegría. Después de

un divertido y largo paseo, el señor Hollister detuvo el motor y los niños bajaron.

—Sois «güenos» por dejarme montar —explicó Roy con su media lengua.

—Quiere decir «buenos» —aclaró Thelma.

—¡Eso he «decido»! ¡«Güenos»! —gritó el chiquitín.

El señor Hollister pagó a la camarera el importe de la comida, diciendo que tenían mucha prisa por llegar a casa.

—A lo mejor puedo ayudarles —dijo la mujer—. ¿Saben que cerca de aquí han abierto una nueva carretera recientemente? Enlaza directamente con la que lleva a Shoreham.

—Es muy útil saberlo —dijo el señor Hollister, mientras ella le indicaba en el mapa la situación de la carretera.

La señora Hollister encontró el camino nuevo sin dificultad y tanto el sedán como el camión corrieron velozmente hacia Shoreham. El sol descendía por el oeste cuando pasaron ante mi letrero que decía: «Bien venidos a Shoreham».

—¡Hurra! ¡Hurra! Ya llegamos a casa —gritó Ricky.

Al poco rato, los vehículos se detenían en el camino del jardín de la casa.

Sue corrió a su encuentro y se echó a los brazos de su madre, al mismo tiempo que repetía con su vocecilla penetrante:

—¡Los tiovivos! ¡Los tiovivos!

También salieron de la casa los abuelitos.

—¡Recaramba! —exclamó el abuelo—. ¡Si venís cargados con todo un circo! Y qué buen aspecto tiene todo…

Los niños de los vecinos no tardaron mucho rato en invadir el patio de los Hollister. Todos suplicaron que se les permitiese montar en el tiovivo. Y el señor Hollister volvió a ponerlo en marcha.

Pete y Pam, que habían estado llevando a la casa el equipaje, salían en aquel momento y pudieron ver llegar al agente Cal, en su coche patrulla. El joven policía saltó del coche y cruzó el césped, hasta donde estaban los Hollister.

El policía se mostró muy apurado al decir:

—Señor Hollister, hemos recibido una llamada telefónica en la central de policía de un hombre que se llama Byrd. Dice que explota usted unos tiovivos sin tener permiso para ello. ¡Opina que debe ser

usted arrestado!

UNA MENTIRA CRUEL



Los Hollister apenas podían creer lo que el agente Cal estaba diciendo.

—¿Quién quiere que se me arreste? —preguntó el padre de los Hollister.

—Un tal Zack Byrd —dijo el policía, mientras Sue corría a echarle los brazos al cuello—. Es copropietario del Carnaval Jumbo, según tengo entendido.

Sue dio un fuerte abrazo al oficial.

—Pero tú no «arriestas» a nadie, más que a los malos, ¿verdad? —dijo la pequeña.

—Naturalmente —replicó Cal, sonriendo—. Ese Byrd está completamente equivocado, pero, a fin de aclarar las cosas, ¿por qué no vamos todos a la central de policía?

Los Hollister subieron a su coche y marcharon con su padre a los edificios policiales. El señor Hollister puso al corriente de todo al capitán de policía y añadió que alguien había intentado quitarles el tiovivo grande. Luego preguntó si era preciso que Pete y los demás muchachos que iban a utilizar los tiovivos en el colegio necesitaban solicitar alguna clase de permiso.

—No —contestó el capitán.

—El señor Byrd es un hombre malísimo —declaró en tono rotundo Holly—. Seguramente es uno de los que quisieron comprar el tiovivo al señor De Marco.

—Y puede que sea el mismo que estuvo en el motel —añadió Pam.

Pete aclaró aún más el asunto.

—Y creemos que nos quiso robar el tiovivo.

—Todo eso es muy serio —dijo el capitán—. Haré llamar al señor Byrd y hablaremos con él. Se hospeda en el Empire Hotel.

El capitán telefoneó al hotel y a los diez minutos se presentó el señor Byrd.

Al momento, Holly exclamó:

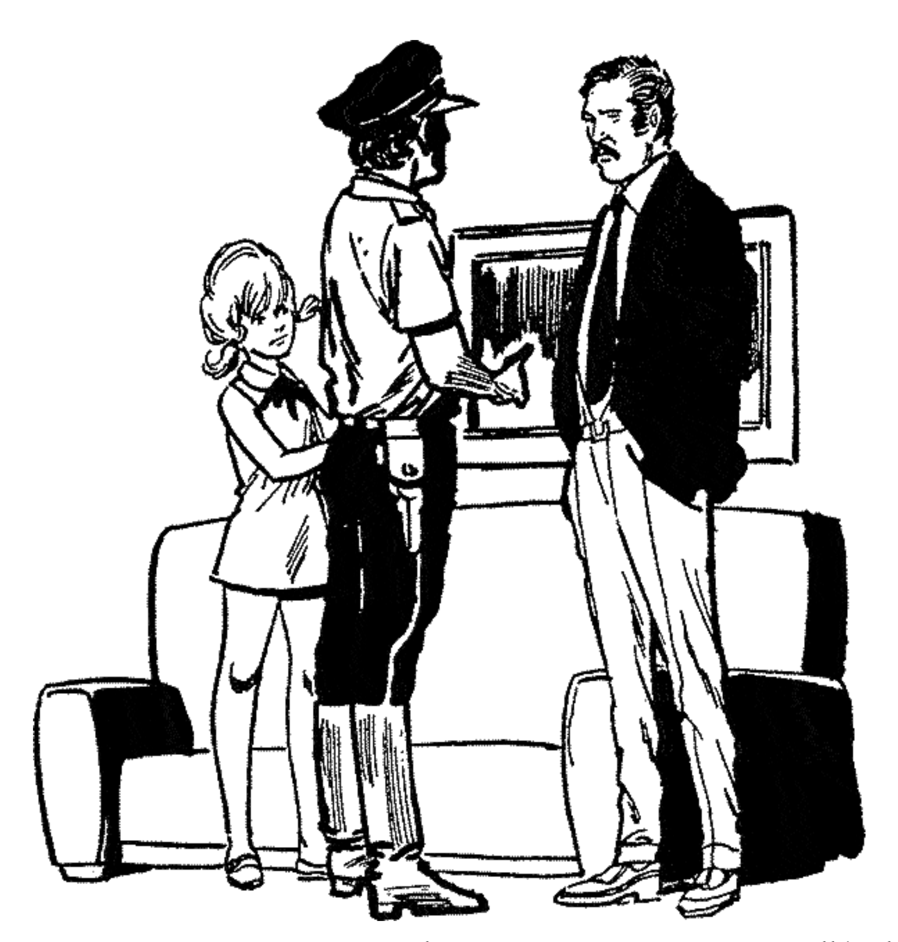
—¿Lo veis? ¡Es uno de los hombres que dibujó tío Russ!

El señor Byrd estaba verdaderamente enfadado, mientras oía decir al capitán de la policía que los cargos presentados contra los Hollister eran totalmente infundados.

—Y, además —añadió el oficial—, se sospecha que intentó usted robar el tiovivo grande que los Hollister traían de Crestwood.

—¡No es cierto! —vociferó el señor Byrd, mirando a los Hollister con ojos encendidos—. ¡Sólo intenté comprarlo!

—Entonces, ¿fue su amigo di de la perilla el que intentó llevarse el camión, el lunes por la noche? —preguntó Pete.



—Nosotros no tenemos nada que ver con eso —masculló el señor Byrd—. Los Hollister no quieren más que arruinar mi negocio. ¡Eso es lo que hacen!

El jefe de policía se limitó a decir que confiaba en que el asunto quedase pronto aclarado. Después, el señor Byrd se marchó.

—Creo que lo mejor será tenerlo vigilado, por si acaso —dijo el agente Cal—. Al menos, hasta que la fiesta del colegio haya terminado.

El señor Hollister preguntó al capitán dónde podrían estacionar el tiovivo grande, ya que en el patio de los Hollister sólo había espacio para el pequeño. El capitán sugirió que lo llevasen al garaje del Centro de Instrucción, inmediato a la Escuela Lincoln. Poco antes de oscurecer, Pete y Ricky acompañaron a su padre a llevarlo.

—Estoy deseando verlo instalado —dijo Pete.
—Yo seré el primero en montar en él —decidió Ricky.
A la mañana siguiente, todos los hermanos Hollister, excepto Sue, estaban tan cansados, que durmieron más de lo habitual.
—¡De prisa! —llamó la señora Hollister desde las escaleras—. ¡Vais a llegar tarde al colegio!
Todos ellos se vistieron apresuradamente y, después de tomar un rápido desayuno, salieron corriendo. Llegaron a la escuela Lincoln en el momento en que sonaba el timbre.
Cuando los maestros preguntaron a Pete y los demás por qué habían faltado a clase, los Hollister, muy orgullosos, hablaron de su viaje a Crestwood, y de los estupendos tiovivos que les habían prestado. Todos se pusieron muy contentos y les dieron las gracias, aunque advirtiéndoles que no olvidasen llevar una nota de sus padres al día siguiente.
A las once, los hermanos Hollister fueron llamados a la oficina del director. Todos se encontraron por el camino.
—¡Zambomba! No comprendo qué puede ocurrir —comentó Pete.
—Puede que el señor Russell quiera damos las gracias por haber conseguido los tiovivos —dijo Pam, sin preocuparse.
Los cuatro hermanos entraron en la oficina y la secretaria les hizo pasar al despacho particular del director.
—Sentaos —indicó el director—. Os he mandado venir para que me expliquéis por qué el lunes y el martes no habéis asistido a clase.
Los cuatro Hollister quedaron atónitos.
—¡Pero si hemos ido a por los tiovivos! —protestó Pete.
—¡Eso no es lo que me han dicho! —afirmó el señor Russell, muy serio.
—Ni siquiera hemos estado en Shoreham —replicó Pam—. Hemos tardado dos días en el viaje.
Ricky lo explicó todo rápidamente y con claridad.
—Es muy extraño —declaró el señor Russell, después de escucharle—. Joey Brill me dijo que habíais estado jugando por los alrededores de su casa todo el día de ayer. Y como no he recibido ninguna nota de vuestros padres… —concluyó, golpeando la mesa

con un lápiz.

Ahora fue Holly quien explicó que sus padres no habían tenido tiempo de escribir las notas, y añadió:

—Pero si telefonea usted a papá, verá que le hemos dicho la verdad.

—No será necesario —contestó el señor Russell—. En lugar de eso, hablaré con Joey, después de la clase.

—Ha sido un embuste muy grande —declaró Holly.

—Y mal intencionado —admitió el señor Russell, añadiendo—. Muchas gracias por haber traído esos tiovivos. Estoy seguro de que serán un buen complemento para nuestra fiesta.

Cuando iba hacia su casa a la hora de comer, Ricky notó que Joey Brill marchaba muy cerca de él. El camorrista le alcanzó y dijo:

—Sé de alguien que va a quedarse hoy castigado en el colegio, después de clase, por hacer novillos.

Con los ojillos chispeantes, Ricky replicó:

—¡Ah! ¿Sí? Pues yo conozco a alguien que se va a quedar castigado en el colegio, después de clase, por decir embustes con mala intención.

Al oír aquello, Joey se quedó con la boca abierta. Sin decir nada, se alejó corriendo.

Los demás hermanos Hollister rieron alegremente al saber lo sucedido.

Al acabar las clases, por la tarde, Ricky corrió a casa para trabajar en la construcción de su coche de carreras. En el garaje encontró a Holly y al abuelo. Holly estaba acicalando a «Domingo». El abuelo se ocupaba de engrasar los ejes del coche de Ricky.

—Está muy bien para empezar, muchacho —dijo el anciano—. Pero necesitarás más piezas.

—Por ejemplo, un volante, ¿verdad? —preguntó Ricky.

—Exacto. Yo sé dónde podremos conseguir uno.

Y el abuelo añadió que, en las afueras de una población vecina, había un gran campo de chatarra.

—Pues vamos allí a echar un vistazo —dijo Ricky, entusiasmado.

Haciendo un alegre guiño, el abuelo contestó:

—Incluso puede que encontremos una bonita parrilla para el

radiador.

En vista de que nadie necesitaba usar la furgoneta aquella tarde, el abuelo y Ricky la utilizaron para ir al campo de chatarra.

—¡Canastos! —exclamó el pecoso cuando desmontaron—. ¡Esto es precioso!

El lugar estaba lleno de automóviles viejos. A algunos les faltaba la carrocería; a otros, las ruedas.

—¿Puedo servirles en algo? —preguntó un hombre vestido con un mono, aproximándose a ellos.



—Querríamos un volante para mi coche de carreras —explicó Ricky.

—Y también un espléndido y reluciente radiador —añadió el abuelo.

—Tengo, exactamente lo que ustedes necesitan —respondió el hombre—. Síganme.

Condujo a los dos Hollister hasta la parte posterior del campo de chatarra, pasando por delante de pilas de parachoques viejos y motores herrumbrosos. Por fin llegaron ante un cochecito al que le faltaban algunas piezas.

—Era el automóvil de un enano —explicó el hombre del mono—. Un día lo aparcaron en lo alto de una colina, pero los frenos no estaban bien echados. El coche se deslizó cuesta abajo y se estrelló contra un árbol. ¡Ahora, ven y ya verás cómo está!

Realmente, el cochecito tenía un aspecto lastimoso. Y debía ser completamente nuevo antes del accidente, porque el metal aún estaba reluciente. Pero no era más que un montón de hierros retorcidos.

—¿Y qué hizo el pobre enano cuando se le estropeó el coche? —preguntó Ricky.

—Pues mandarse construir otro, hijo. Ese hombre trabaja en un circo como payaso, y gana mucho dinero. —El propietario del campo de chatarras se echó a reír, cuando dijo bromeando—: Supongo que un enano tiene derecho a pagar precios enanos también.

—¡Qué suerte! —exclamó Ricky—. Este volante es de la medida justa para mi coche.

—Espera, que en seguida lo desmontaré —declaró el hombre.

Y fue a buscar la caja de herramientas.

Volvió a los pocos minutos con unas llaves inglesas y se puso a trabajar. Pronto tuvo separado del cochecito el volante y se lo tendió al pequeño.

—¿Verdad que es precioso, abuelito?

El abuelo afirmó que era el volante ideal para su coche de carreras.

—¿Y ahora podremos encontrar unos buenos complementos para la carrocería? —preguntó el anciano al hombre del mono.

—Sírvanse ustedes mismos lo que quieran de ese montón —manifestó el hombre, señalando una pila de restos metálicos.

Ricky y el abuelo seleccionaron una serie de relucientes tiras metálicas. El chico encontró una rejilla de radiador que no tenía ni un solo arañazo.

—No sé lo veloz que será, pero sí estoy seguro de que va a

resultar el de mejor apariencia de toda la competición —declaró el abuelo.

—Ahora que recuerdo. Tengo algo que sé que le gustará a este hombrecito.

El hombre se inclinó sobre un viejo automóvil, mientras el abuelo afirmaba, riendo, que aquel aparato tenía que haber sido construido antes del año mil novecientos uno. Buscó algo dentro y no tardó en desatornillar un objeto que puso en manos de Ricky.

—¡Canastos! ¡Qué estupenda bocina antigua! —gritó Ricky.

—Sí. Funciona a mano —replicó el hombre—. La cosa más apropiada para un coche de carreras infantil.

Ricky oprimió dos veces la bocina, que sonó estrepitosamente. ¡Pavuuu! ¡Pavuuu!

—Esto hará que se aparte cualquiera que se ponga en medio. ¡Voy a dar unos sustos! —declaró el pequeño, muy contento—. Después el abuelo pagará el importe de las compras.

Ricky colocó sus tesoros en la parte trasera de la furgoneta y el abuelo se sentó al volante para regresar a casa. A la entrada de Shoreham, pasaron junto a un prado que se extendía a mano derecha.

Ricky se quedó contemplando el espacio verde y, a los lejos, vio a dos chicos jugando con lo que parecía un caballo pequeño. Mientras miraba, vio que los chicos golpeaban con fuerza al animal, para obligarle a ir más de prisa. A Ricky no le gustó en absoluto que tratasen así al pobre animal.

—Abuelito, ¿tú crees que aquello es un caballo? —preguntó.

El abuelo Hollister redujo un poco la marcha para mirar a donde su nieto señalaba.

—A mí no me parece un caballo, Ricky —contestó—. Más bien creo que es un asno.

Y sin más, continuaron adelante, hablando del magnífico coche de carreras que iban a construir. Cuando se detenían en la entrada, vieron que Holly entraba en la casa llorando.

—¿Qué le habrá pasado? —dijo Ricky.

Saltó de la furgoneta para entrar detrás de la niña, por la puerta trasera.

—¡Mamá! ¡Mamá! —decía Holly, con desesperación, entre

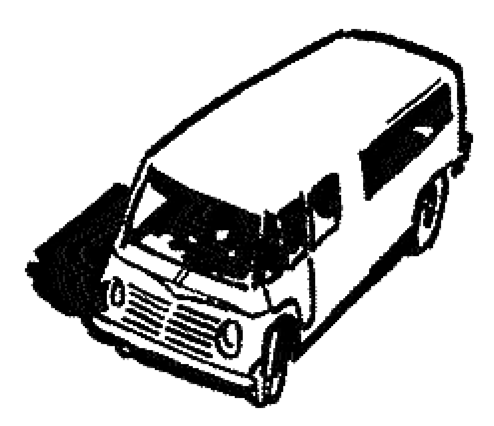
grandes hipidos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la madre, tomando a su hija por los hombros.

—¡«Domingo» ha desaparecido! —sollozó Holly—. ¡Nuestro burrito no está por ninguna parte!



SIGUIENDO LA PISTA DE PEZUÑAS



—¡Sí! —insistió Holly, sin cesar en su llanto—. ¡Alguien nos ha robado el burro! He entrado a darle de comer y no estaba…

El abuelo, que acababa de entrar en la cocina, procuró tranquilizar a la niña, diciendo que tal vez el burro hubiera salido a dar un paseo por los alrededores.

—No, no —insistió la niña—. He mirado por todas partes.

—Ya lo encontraremos —aseguró Ricky. De repente, el niño exclamó—: Abuelito, ¿crees que el burro que vimos en el prado podía ser «Domingo»?

—Iremos a comprobarlo —replicó el abuelo—. Ven, Holly.

Los dos hermanos se instalaron en la furgoneta, que el abuelo condujo a toda prisa hacia el prado.

—Esos chicos podían ser Joey Brill y Will Wilson —calculó el pequeño—, que hayan querido vengarse porque hemos descubierto la mala pasada que nos quería jugar Joey.

—Seguro que quieren estropear nuestros planes de dar paseos en burro a los niños, en la fiesta del colegio —declaró Holly.

Cuando llegaron al prado, el abuelo detuvo la furgoneta. El burro no se veía por ninguna parte.

—Estaban por allí —indicó el pequeño—. ¿Crees que podríamos seguir las huellas, abuelo? Parece fácil.

El abuelo cerró el vehículo con llave, y los tres atravesaron el prado corriendo hasta el lugar donde Ricky había visto al burro por última vez.

—¡Mirad! —llamó Holly, mirando la tierra blanda—. Hay unas marcas como las de las patas de nuestro burro.

—¡Hay que seguirlas! —afirmó Ricky.

Y abrió la marcha a través del prado. Aquellas huellas cruzaban todo el prado y se perdían en las profundidades de un bosquecillo. Abriéndose camino por entre árboles y matorrales, el pequeño continuó tras las huellas dejadas por el animal.

—¡Canastos! —exclamó el pequeño de pronto—. Aquí las huellas son mucho más profundas. ¿Qué querrá decir eso, abuelito?

—Supongo que los dos chicos montaron en el animal.

—Y ya veo por qué —dijo Holly, contemplando un arroyo ancho, que corría a poca distancia.

—Nosotros también lo cruzaremos —dijo el pequeño con decisión.

Los dos niños y el abuelo se quitaron los zapatos y los calcetines. El anciano y Ricky, además, se subieron las vueltas de los pantalones, y todos vadearon el arroyo. Al pasar al otro lado, volvieron, a calzarse y siguieron nuevamente las huellas.

Las pisadas del animal aparecían muy claras. Y, unos minutos más tarde, el grupo salía a un campo abierto. Allí hallaron una vieja granja abandonada con su correspondiente establo.

—Las pisadas llevan hasta el establo —dijo Ricky—. Puede que esos chicos hayan escondido allí al burro.

Se aproximaron en silencio a la puerta del establo. El chico la abrió de par en par. Todos penetraron en el oscuro interior.

¡Allí, atado a un pesebre, estaba el pobre «Domingo»!

—¡Mi pobrecito burro! ¡Mi querido burro! —exclamó Holly, corriendo a rodear con sus brazos el cuello del animal.

«Domingo» puso las orejas muy tiesas y pateó repetidamente el suelo.

—«¡Aaaiii!». «¡Aaaiii!» —rebuznó, muy contento.

Ricky, entretanto, inspeccionó todo el establo, buscando a los

dos chicos que habían llevado allí a «Domingo». Pero no pudo encontrarlos.

—A lo mejor pensaban dejar aquí a «Domingo» hasta que acabase la fiesta del colegio —opinó Holly.

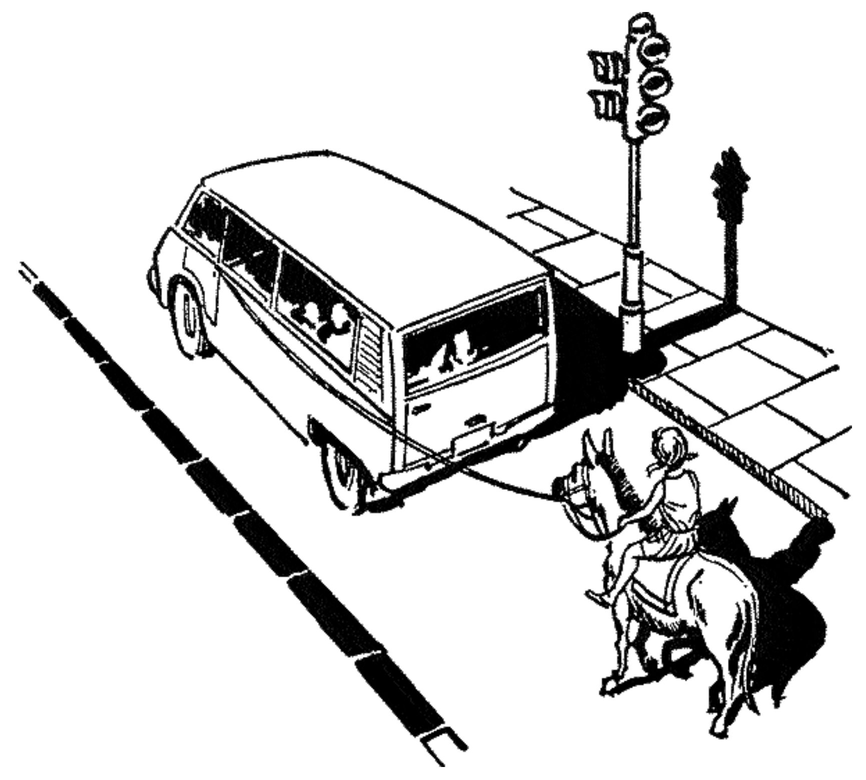
Desató al animal y lo condujo fuera del establo. Cuando llegaron a la furgoneta, la niña preguntó:

—¿Cómo lo llevaremos a casa?

El abuelo contestó que atarían al burro a la parte trasera de la furgoneta y conduciría despacio hasta casa.

—¿Puedo montar en él? —pidió la niña.

El abuelo sonrió antes de acceder a lo que su nieta solicitaba.



—Pero ten mucho cuidado. Es peligroso montar a pelo por carretera. Ricky, tú sujeta la cuerda de «Domingo».

El abuelo abrió la ventanilla lateral de la furgoneta. Ricky entró y sostuvo el extremo del ronzal. Holly saltó al lomo del burro y el abuelo condujo muy despacio hacia a población. La gente que

pasaba sonreía al ver el singular espectáculo.

Al día siguiente, después de salir del colegio, Pam y Holly trabajaron con la abuela en la confección de las muñecas de trapo. Sue se unió a la diversión. Aún no se habían puesto a trabajar en serio, cuando la directora de la guardería telefoneó a Pam para comunicarle que la señora Byrd no había regresado aún del viaje.

—Y me gustaría asistir a la boda de mi sobrino, que tendrá lugar esta tarde —dijo—. Pero no he podido encontrar a nadie que pueda quedarse aquí con los gemelos. Tú dijiste que vosotros podríais tenerlos…

—Voy a hablar con mamá —contestó Pam, dejando el teléfono.

La señora Hollister aseguró que le encantaría tener en su casa a los gemelos aquella noche, y Pam se lo comunicó así a la señora Griffith.

—Pasaremos a buscarles a las cinco.

—Muchas gracias, Pam.

La niña colgó y fue a la salita donde ya la abuela había empezado a preparar las muñecas de trapo. Sue y Holly tenían en el regazo piezas de espalda y delantero para unirlas.

—Dejad abierta la parte de la cabeza —indicó la abuela—. Así podremos meter por ahí el algodón del relleno.

A Sue le costaba muchos sudores manejar a un tiempo aguja, hebra, dedal y piezas de la muñeca. Pero trabajando con mucho interés, al fin pudo gritar con gran regocijo:

—¡Ya he terminado la mía!

—Magnífico. Tráela, que te enseñaré a rellenarla.

Sue tomó la muñeca, y su falda se levantó al mismo tiempo.

Pam se echó a reír.

—¡Te has cosido la muñeca al vestido!

Mientras Sue quedaba con los ojitos redondos por la sorpresa, Holly dijo en tono bromista:

—Pues ahora tendrás que andar por todas partes con la muñeca colgando.

—¡No! ¡No puede ser!

Y los ojitos de Sue Hollister se llenaron de relucientes lágrimas.

—Claro que no, hijita —intervino la abuela.

Acto seguido, tomó unas tijeras y cortó el hilo que sujetaban la

muñeca al vestido de Sue.

Eran muy cerca de las cinco cuando Pam exclamó:

—¡Casi me había olvidado! Tengo que ir a buscar a Jack y Jill. ¿Quieres venir conmigo, abuelita?

—Sí, hija —repuso la anciana.

Y Pam y su abuela marcharon a buen paso hacia la guardería.

—Son ustedes muy amables al encargarse de Jack y Jill —dijo la directora, una vez que Pam le hubo presentado a su abuela—. Ya están preparados para marchar. —Y en un cuchicheo, añadió—: Estoy muy preocupada por su madre. No he recibido noticias suyas desde que se marchó a visitar a unos parientes.

—¡Dios quiera que no le haya pasado nada! —contestó Pam, preocupada como siempre por las desgracias de los demás—. ¿Quiénes son esos parientes?

—Buscaba a su cuñado. Un Byrd que tiene una feria ambulante. Tal vez no pueda encontrarle.

—¿Se llama Byrd y tiene una feria? —repitió Pam, con ojos desorbitados por el nerviosismo. Y a continuación habló del Carnaval Jumbo y de su propietario, que había querido comprarles el tiovivo ¡Ahora está en Shoreham!

—Puede que sea el mismo —declaró la señora Griffith, muy asombrada—. Se lo diré a la señora Byrd tan pronto como llegue.

Ya Jack y Jill se habían puesto sus chaquetas. Dijeron adiós a la directora, y Jack tomó la mano de la abuela Hollister, mientras Jill se agarraba a la mano de Pam. Pronto se encontraron en el patio de los Hollister y subieron las escaleras del porche. La señora Hollister abrió la puerta.

—¡Qué lindos! —exclamó, inclinándose a saludar a los gemelos, para llevarles dentro en seguida.

Los gemelos se mostraban muy tímidos y miraban con asombro todo cuanto había en la casa. De pronto, Jill dijo con una vocecilla temblorosa:

—¡Quiero que venga mamá!

—Mamá está de viaje —explicó Pam—, pero vendrá muy pronto.

Entonces Jack intervino, aclarando en tono grave:

—Jill no quiere que venga «tu madre». Quiere que venga mamá.

Un momento después, la niña prorrumpía en llanto, repitiendo una y otra vez:

—¡Quiero que venga mamá! ¡Quiero que venga mamá!

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer para que Jill deje de llorar? —exclamó la señora Hollister, apurada, sin saber cómo tranquilizar a los gemelos.

—Le traeré unas galletas —ofreció Holly.

Corrió a la cocina y volvió con unos dulces, bañados en azúcar, para Jack y Jill. La niña dejó de llorar y comió golosamente. Pero en cuanto se terminaron los dulces, reanudó sus llamadas a «mamá».

Pete pensó que una vuelta en el tiovivo calmaría a Jill, de modo que se llevó a los pequeños al patio e hizo lo que había pensado. Los ojos de Jill estuvieron secos durante un rato. Pero una vez que el tiovivo se detuvo, empezó a llorar nuevamente, llamando a su madre.

—¿Por qué no traéis a mamá? —preguntó Jack.

—Porque no sabemos dónde está, guapo —respondió Holly.

Deseosa de calmar a la entristecida Jill, Holly la llevó a caballo en sus espaldas, saltando como un potro salvaje, mientras Jill le tiraba de las trenzas como si fuesen las riendas.



Luego Ricky se colocó con la cabeza en el suelo y los pies en el aire e hizo una mueca horrible, que resultó aún más rara por estar el chico cabeza abajo.

Jill esbozó una sonrisa, pero volvió a llorar en cuanto Ricky se puso en pie.

—¡Hormigas y cigarras! —exclamó el pelirrojo, desilusionado—. No puedo estar toda la noche sosteniéndome sobre la cabeza…

—¡Quiero que venga mamá! ¡Quiero que venga mamá! —insistió Jill, llorando como si el corazón se le estuviera haciendo pedazos.

—Francamente, no sé qué hacer —declaró la señora Hollister, tomando a la niña y acunándola en sus brazos.

De repente, Pam dijo:

—Creo que ya tengo la solución, mamá.

Y corrió escaleras arriba.

UN BURRO ENVASADO



Subiendo las escaleras de dos en dos, Pam llegó a su dormitorio. Fue directamente a la estantería de las muñecas donde tenía seis colocadas en fila. Tomó una muy bonita, de tacto suave y hoyuelos en la cara y volvió abajo a toda prisa.

—¿Es esto lo que querías, guapa? —preguntó a Jill poniéndole la muñeca en los brazos.

Jill sacudió la muñeca ligeramente y oyó pronunciar la palabra «mamá». Al instante, Jill cesó en el llanto y abrazó la bonita muñeca.

—Me he dejado a mi mamá en la guardería y me hacía mucha falta —explicó.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, llevándose las manos a la cabeza y dejándose caer de espaldas—. ¿Y no querías más que eso?

Inmediatamente fue a buscar un coche de bomberos para Jack, y los gemelos se divirtieron mucho hasta la hora de acostarse.

Pam dijo a Jill que podía acostarse con la muñeca.

—Se llama Nancy Rae, y me la trajo Papá Noel cuando yo tenía cuatro años.

A la mañana siguiente, Pam se encargó de ayudar a vestir a Jill,

mientras Ricky y Pete ayudaban a Jack. Todos los Hollister acompañaron a los gemelos a la guardería y, desde allí* fueron directamente al colegio. En el patio se encontraron con Ann Hunter.

—Me han encargado de vender los billetes por adelantado —explicó Ann—, y os esperaba para deciros que tengo un buen plan para vender muchos.

—¿Qué es? —quiso saber Pete.

Ann explicó que se le había ocurrido la idea de que a todo el que vendiera cinco billetes se le concedería una vuelta gratuita en el tiovivo.

—Buena idea —declaró Pete, y todos sus hermanos asintieron.

Cuando comunicaron el plan a la reunión, todos los alumnos aplaudieron. Y, al terminar las clases…, ¡qué desbarajuste se produjo, al salir corriendo todos los niños, dispuestos a vender más billetes que nadie!

Una hora más tarde, en casa de los Hollister se presentaba un chico con el dinero de cinco billetes que había vendido. Ann lo tomó y el chico montó en el tiovivo pequeño. Muy pronto, el patio de los Hollister estuvo invadido de niños. Todos querían montar inmediatamente, para marchar en seguida a vender más billetes.

—Haced el favor de colocaros en fila para ir subiendo por turno —pidió Pete, que se encargaba de manejar el tiovivo.

Ann iba recogiendo el dinero y Pam se ocupaba de instalar a los niños en el tiovivo. Ricky sacó de la casa un tocadiscos y puso discos de música alegre.

—¡Esta venta por adelantado constituye un éxito! —dijo Ann, algo más tarde, mientras contaba el dinero.

Todos estuvieron muy alegres hasta que Joey Brill se introdujo entre los reunidos, y se colocó cerca de Holly. Sorprendiendo a la niña, porque no le había visto, el camorrista dijo:

—Me he enterado de que se os ha escapado el burro y no habéis podido encontrarlo.

Holly giró en redondo y miró cara a cara al chico.

—Claro que le hemos encontrado —respondió.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En un viejo establo abandonado.

—¿Cómo se os ocurrió…? —empezó a decir el chico, pero se

calló en seco, sin terminar la frase.

Holly, que ya antes tenía sus sospechas, preguntó claramente:

—¿Lo llevaste tú allí?

—¡No me acuses! —vociferó Joey con gesto hosco.

—Y Will Wilson te ayudó, ¿no?



Joey reaccionó dando a Holly un fuerte empujón. La niña retrocedió de espaldas, en dirección al tiovivo, que giraba alegremente, mientras Joey salía corriendo. ¡Si la cabeza de Holly tropezaba con el tiovivo, podía resultar malherida!

En el momento de más peligro, Jeff vio lo que ocurría y sujetó a Holly.

—¿Por qué te ha hecho esto Joey? —preguntó Pete furioso.

—Porque he adivinado que él se llevó a «Domingo».

Pete sintió ganas de correr tras el camorrista para vengar a su hermana, pero estaba demasiado ocupado.

—¿Por qué no le gastamos una broma? —propuso el pecoso.

—Por ejemplo, ¿tirarlo al lago? —sugirió Pete.

—Tengo una idea mejor —afirmó el pecoso, con los ojos chispeantes—. Ven, Pete.

Se llevó a su hermano a un lugar donde los demás no podían oírle y le cuchicheó algo al oído.

—Me parece muy bien —afirmó Pete, entusiasmado—. Dave puede encargarse del tiovivo. Iré a buscar a mi habitación lo que necesitamos.

Corrió a la casa y a los pocos minutos volvía con una caja pequeña, cuadrada. La caja contenía un juguete que le regalaron en las pasadas Navidades.

—¡Mira! Todavía funciona —dijo el pequeño, enseñándoselo a Pete.

Movió el cierre y ¡Zas! La tapa se levantó de improviso y de la caja salió la cabeza de un burro.

—¡Aaaiii! ¡Aaaaiii!

—Esto puede asustar a Joey —dijo Pete—, pero la continuación será más divertida.

Los dos hermanos corrieron hacia la casa de Joey. Pete llevaba un cubo con una cuerda. Los chicos llegaron a la parte posterior de la casa por una calle lateral y comprobaron que no había nadie en el patio.

—Hay un sitio bueno debajo del árbol —indicó Ricky.

—Bien. Ponlo ahí, mientras yo lleno el cubo de agua.

Pete buscó por allí hasta que encontró un grifo, a un lado de la casa. Llenó el cubo de agua, mientras Ricky vigilaba. Acto seguido, Pete trepó al árbol y deslizó el asa del cubo por Una rama. Luego ató un extremo de la cuerda al asa y dejó el otro extremo colgando.

Ricky tomó el extremo suelto de la cuerda y ató con él la caja sorpresa.

—Creo que dará resultado —dijo Pete—. ¡Date prisa! Oigo que se acerca alguien. Vamos a escondernos.

Los chicos retrocedieron hasta unos arbustos, mientras dos muchachos entraban corriendo en el patio. Allí estaban Joey Brill y Will Wilson.

—¡Vaya, hubiera dicho que Pete y Ricky Hollister venían hacia mi casa!

—No se atreverían —dijo Will—. Nos tienen miedo.

—Sí —contestó Joey, abombado el pecho—. Creo que es verdad. Oye, Will, mira esto.

El camorrista se fijó en la caja que colgaba del árbol, pero no vio el cubo, oculto entre el ramaje.

—Puede que sea una caja llena de dinero —dijo Will—. Vamos a abrirla.

—No la toques —ordenó Joey—. Está en mi patio y me pertenece.

El chico se apoderó de la caja, tras dar un tirón de la cuerda. Inmediatamente retrocedió, dando un salto, al ver salir la cabeza del pollino rebuznando. «¡Aaaiii! ¡Aaaaiii!». En aquel mismo instante, el cubo se volcó. ¡Y toda el agua cayó con gran ruido!

—¡Socorro! —gritaron los chicos, al caer el agua sobre ellos dejándolos empapados.

Luego, Joey miró con ojos furiosos por todo el patio.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó indignado.

Pete y Ricky, que seguían observando desde los arbustos, se atragantaban de risa.

—Puede que hayan sido los Hollister —sugirió Will, mientras se secaba el agua de los ojos.

—¿Cómo iban a hacerlo? —masculló Joey—. Están demasiado ocupados con esa tontería del tiovivo. Oye, tú has estado aquí hace un rato. Puede que lo hayas hecho tú.

—¿Yo? —respondió su amigo—. No me eches a mí la culpa. Yo también me he mojado. ¿No lo ves?

—Sí. Pero tú has hecho que yo abriese la caja.

—¡No he sido yo! Ha sido culpa tuya, que siempre quieres mandar.

—Lo que pasa es que tú me cargas a mí todas las culpas —contestó Joey, elevando cada vez más la voz—. No te creas tan listo. Fue una tontería que se te ocurriera esconder el hidroavión de los Hollister.

—¡Pero si yo no fui! ¿Quién remolcó ese viejo hidroavión hasta la caleta? —contestó Will en tono retador.

—Bueno, bueno… Pero ¿a quién estuvieron a punto de descubrir? ¡Vaya un amigo que eres…! ¡Por menos de un comino, te daría un puñetazo en la nariz!

—¡Atrévete! —replicó Will, levantando la barbilla.

Y fue una desgracia para él, porque Joey, sin avisar, le golpeó

precisamente en la barbilla, con todas sus fuerzas.

Will se tambaleó y acabó quedando sentado sobre la hierba. Cuando se levantó, los dos chicos se enzarzaron en una verdadera pelea a brazo partido. Hasta que Joey acabó por echar de su patio a Will, y luego entró en la casa.

—Vamos —dijo Pete a su hermano—. Ahora podemos recoger el cubo y la caja sorpresa.

Pete se colocó la caja bajo el brazo, mientras Ricky trepaba en busca del cubo. Luego los dos corrieron calle abajo. Camino de su casa, Pete comentó:

—De modo que fueron Joey y Will los que escondieron el hidroavión. Me alegro de que ese misterio se haya aclarado.

—Y yo —declaró el pelirrojo—. Pete, mira aquel letrero de allí.

Colgado de un poste de telégrafos, se veía un cartel, de alegres colores, que anunciaban el Carnaval Jumbo.

—Hay otro al final de la calle —indicó su hermano.

Durante el regreso a casa, los niños no cesaron de ver anuncios del Carnaval Jumbo por todas partes. No debían de faltar anuncios de aquella feria en ninguna calle de Shoreham.

Pete empezó a preocuparse.

—Puede que si la gente se interesa demasiado por esa feria, no venga nadie a la fiesta de la escuela.



Cuando los dos hermanos llegaron a casa, Ann Hunter les dijo que ya no llegaba nadie con billetes vendidos.

—Yo sé por qué —contestó Pete. Y habló de los letreros que acababan de ver por las calles.

—Pero eso no va a impedirme que construya mi coche de carreras —declaró Ricky.

Fue a buscar al abuelo para pedirle ayuda, y los dos bajaron al sótano.

—Es más que bonito —declaró el pequeño, mientras clavaba una tira cromada en la carrocería.

—No cabe duda de que posee una gran distinción —admitió el abuelo—. ¿Cuándo saldremos a probarlo?

Ricky hizo girar el volante, y respondió con otra pregunta:

—¿Qué te parece mañana, abuelito? ¿Podríamos llevarlo a

Logan’s Hill?

Logan’s Hill era una zona por donde raramente pasaban coches.

—Muy bien, muchacho. Colocaremos tu coche de carreras en la parte trasera de la furgoneta.

—Se lo diré a los demás —decidió el pelirrojo, rebosante de alegría.

A la tarde siguiente, el anciano se preparó para salir con su nieto.

—¡Arriba! —dijo, cuando Ricky se acercó a la furgoneta.

Ricky miró atrás. ¡Qué reluciente aparecía su coche de carreras, preparado para la primera prueba!

—Algunos de mis amigos van también a Logan s Hill —comunicó el niño a su abuelo—. A lo mejor hacemos una carrera.

Cuando llegaron no vieron a nadie más, pero, antes de transcurridos diez minutos, se presentaron otros tres chicos, cargados con sus coches de competición.

—Aquí se podría hacer una gran eliminatoria —dijo el abuelo riendo—. ¿Qué os parece si hacéis una carrera colina abajo?

¡Qué alegría sentía Ricky al ver que su abuelo ponía tanto entusiasmo en una carrera de niños!

—¡Hurra! —gritaron los niños—. ¡Vamos a competir!

El abuelo comprobó que todos los corredores estaban en línea recta con sus vehículos. Luego contó a gritos:

—¡Uno!… ¡Dos!… ¡Tres!… ¡Ya!

Los coches se pusieron en marcha, primero despacio; luego, conforme descendían, fueron ganando velocidad. Ricky adelantó a todos por unos palmos. Luego, otro coche le adelantó, pero fue por corto tiempo.

Ricky estaba ganando a todos cuando, de pronto, vio frente a sí, en el centro del camino, un gran pedrusco. Hizo un viraje para esquivarlo, pero fue demasiado tarde.

El coche chocó con la piedra y derrapó irremisiblemente a un lado del camino…, ¡hacia un árbol!

UNA DESAPARICIÓN



El coche de carreras de Ricky se detuvo al chocar contra el árbol. Ricky, mareado, se desplomó sobre el volante.

El abuelo corrió junto a él.

—¡Ricky! ¡Ricky! —gritó, levantando al chico del vehículo.

Ricky reaccionó y fue a ponerse en pie, pero no pudo sostenerse sobre sus piernas y cayó al suelo.

—¡No… no puedo sostenerme! —se lamentó—. Me pasa algo en la pierna derecha, abuelo.

—Te llevaré al doctor Gregory —dijo el anciano, y lo tomó en brazos.

Ya todos habían acabado la prueba colina abajo y acudieron a ver qué le ocurría a su amigo. Muy preocupados, siguieron al abuelo Hollister que, con mucha delicadeza, llevó a Ricky hasta la furgoneta, para sentarlo en el asiento delantero.



—¿Queréis encargaros vosotros de llevar el coche de Ricky a casa? —preguntó el anciano antes de poner en marcha la furgoneta.

Los chicos prometieron hacerlo.

Corrieron con la furgoneta a la máxima velocidad hasta Shoreham. El abuelo fue a detenerse frente a la casa del doctor Gregory y llevó a su nieto a la consulta.

—Debo de tener la pierna rota… —dijo Ricky, lanzando un quejido, mientras le colocaban en la camilla del doctor.

En cuanto le explicaron lo sucedido, el médico examinó al pequeño. Aunque notaba en la pierna unos latidos continuos y sumamente dolorosos, Ricky los resistió sin lamentarse, apretando valerosamente los dientes.

—Tengo buenas noticias —anunció al fin el médico—: La pierna no está rota, aunque sí muy magullada. Voy a vendársela, pero tendrás que permanecer en casa descansando, durante algunos días.

Así se te curará pronto.

—¿Podré participar en la carrera? —preguntó en seguida Ricky, preocupado.

—Tal vez —contestó el doctor, sonriente—. Aunque no puedo asegurarte nada concreto.

Durante los días siguientes, Ricky, que permanecía en casa, acostado, fue el centro de la atención de todos. Su madre le daba helado para postre cada vez que él lo pedía. Y Pam se encargaba de decir qué deberes habían encargado en el colegio, y le ayudaba a hacerlos todas las noches. Por fin, Ricky estuvo en condiciones de ponerse de pie y pasear, cojeando, por su habitación, con la ayuda dé un bastoncito.

Continuamente pensaba en la carrera. Sus amigos habían traído el coche a casa y en secreto, entre su abuelo y Dave Meade, habían reparado los desperfectos.

La primera tarde que Ricky pudo bajar a la sala, encontró allí su coche.

—¡Ya lo tienes a pinito! —dijo el abuelo.

—¡Gracias! ¡Gracias, abuelito!

Como ya se acercaba la fecha de la fiesta del colegio, Pete y su padre hicieron planes para instalar el tiovivo grande.

—Tendremos que hacer una llamada, padre —propuso Pete—. Necesitaremos a muchos chichos con sus padres.

—Tal vez los bomberos quieran echamos una mano. Ellos saben mucho de esas cosas de montar y conectar.

Pete fue a ver al jefe de bomberos, quien decidió prestarle seis de sus hombres para el lunes siguiente por la noche. Además, varios alumnos y sus padres dijeron que acudirían al Centro de Instrucción para ayudar al montaje del tiovivo.

El limes por la noche el garaje se llenó de obreros voluntarios, vestidos con monos, dispuestos a prestar su máxima ayuda. Entre ellos se contaban Dave Meade y su padre, el señor Hollister y el abuelo.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Dave a Pete, que estaba consultando la nota de instrucciones que les diera el señor De Marco.

Pete contestó:

—Primero, descargaremos el material.

Habían encendido los reflectores de un coche de bomberos, para que dispusieran de luz para el trabajo. Las diversas piezas del tiovivo fueron desmontadas y apiladas en un rincón del patio del colegio.

—¡Zambomba! Esto resulta muy divertido —comentó Pete.

Ajustaron las tuercas de los postes horizontales de hierro, y luego, al final, fueron colocando los animales de madera.

Pete y Dave hicieron varios viajes al garaje para transportar las diversas piezas de la maquinaria que moverían al tiovivo. En uno de los últimos viajes, los dos amigos se sorprendieron al encontrar a Joey junto al camión.

—¿Has venido a ayudar? —le preguntó Pete.

—No. He venido a ver cómo unos tipos montan mal un armatoste.

—Pues te vas a fastidiar, porque lo montaremos bien —dijo Dave.

El camorrista rió a carcajadas y repuso:

—Eso ya lo veremos.

Y se marchó tranquilamente.

A las diez de la noche, el tiovivo estaba ya listo para la primera prueba. Todos miraban atentamente, mientras el señor Hollister, de pie en el centro, ponía en marcha el motor.

—¡Ya está! —exclamó Pete, entusiasmado, cuando sonó el silbato y el tiovivo empezó a girar.

Pero, de improviso, se detuvo y se escuchó un ruido extraño.

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos que averiguarlo —repuso el señor Hollister. Llamó a los bomberos—. Debe de haber alguna avería en la maquinaria.

Después que los bomberos hicieron un rápido examen, uno de ellos dijo:

—Falta un pequeño engranaje. Eso es lo que ha hecho que el motor se detenga.

El bombero dijo que no sería más grande que la mano de Pete, pero sí que tenía mucha importancia. Pete y Dave marcharon a toda prisa a buscarla en el camión, pero no pudieron encontrarla.

—Bien —murmuró el señor Hollister—. Pues no podremos

utilizar el tiovivo, a menos que encontremos esa pieza, o encarguemos que nos hagan una.

—No sé si Joey tendrá algo que ver con esto —dijo Pete a su padre, cuando regresaban a casa—. Lo hemos encontrado junto al camión y puede haberse guardado la pieza en el bolsillo.

—Te aconsejo que busques bien por todas partes antes de acusarle de nada —repuso el señor Hollister.

Al día siguiente, al salir de la escuela. Pete organizó un grupo de búsqueda, formado por chicos y chicas. Entre todos, revisaron hasta el último centímetro del garaje y el patio de la escuela… A pesar de todo, la pieza continuó sin aparecer.

A las cuatro, Pam dijo que tenía que marcharse.

—Voy a llevar a Holly y Sue a la guardería —dijo—. Tenemos que arreglar los disfraces que van a llevar los pequeños a nuestra fiesta.

—De acuerdo. Hasta luego —dijo Pete.

Cuando las niñas Hollister llegaron a la guardería, quedaron sorprendidas al encontrar allí a la señora Byrd, la madre de los gemelos.

—¿Ha tenido usted un buen viaje? —le preguntó Pam, dulce y afable como siempre.

La señora Byrd movió la cabeza con tristeza.

—He hecho un largo viaje para buscar a mi cuñado, pero no he podido encontrarlo. Luego, cuando regresé, la señora Griffith me ha dicho que él estaba en Shoreham. De todos modos, cuando he ido a verle, Zack Byrd me ha dicho que no puede mantener a los niños. No sé qué voy a hacer.

Pam sintió una gran pena por la pobre señora.

—¿Quiere usted que hable con mi padre a ver si él puede encontrarle algún trabajo? —ofreció la niña—. Quizá sea posible que pueda trabajar en el Centro Comercial. ¿Quiere que lo llame?

—Sí. ¡Por Dios, hazlo! —replicó la mujer.

—Con mucho gusto le daré trabajo temporal de oficina —replicó el señor Hollister.

Cuando Pam le dio la noticia a la señora Byrd, ésta no supo qué decir, a causa de la emoción que sentía.

—¡Sois las personas más buenas que he conocido! —exclamó.

—Papá dice que puede usted empezar mañana mismo —dijo la niña.

Pam y sus hermanas fueron luego a ayudar a la señora Griffith, que había estado preparando disfraces de animales para que los niños de la guardería los llevasen a la fiesta.

—¡Son estupendos! —opinó Sue, contemplando los graciosos trajes de perro, gallo, gato y conejo—. ¿Puedo probarme uno?

—Claro, hija —contestó la directora.

Sue seleccionó dos piezas y se apresuró a ponérselas. Al momento, todos se echaron a reír. ¡Sue se había puesto una cabeza de gallo y cuerpo de perro de lanas!

Después de pasear, muy ufana, por toda la estancia, dio un salto mortal. Y las risas se multiplicaron. Por fin, se pusieron todos a trabajar de firme.

Mientras tanto, en el patio de la escuela, Pete y sus amigos estaban a punto de renunciar a seguir buscando la desaparecida pieza del tiovivo.

—Es posible que Joey la haya escondido en el árbol cercano a su casa —sugirió Ricky.

El camorrista y sus amigos utilizaban como escondite la copa de un árbol, rodeado de maleza, próximo a la casa de Will Wilson.

—Vamos a ver —decidió Pete.

Acompañado de Dave y de su hermano, se encaminó al árbol en cuestión.

—No hay nadie por aquí —anunció Dave—. Podemos buscar tranquilamente.

Los tres ascendieron por los peldaños clavados en el tronco hasta llegar a una plataforma triangular. Dave miró por entre las ramas.

—¡Eh, chicos! —gritó—. ¡Creo que ya la veo!

Cerca del ángulo formado por una pequeña rama, se veía la pieza de una máquina, atada con una cuerda.

—Apuesto algo a que es la nuestra —dijo Pete, y en seguida desató la pieza.

Luego se la guardó en el bolsillo, y a continuación los tres bajaron del árbol.

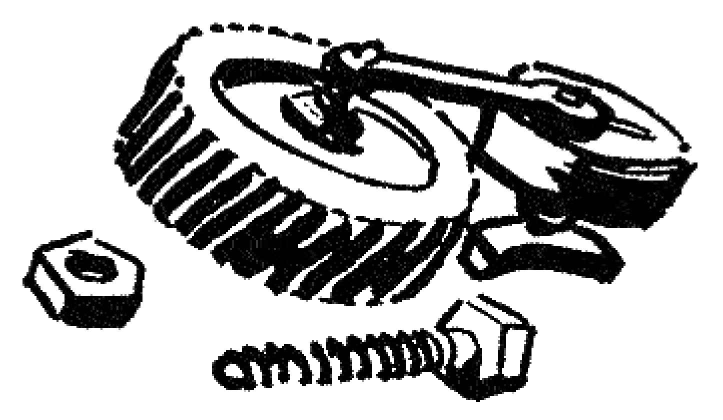
Estaban a punto de marcharse, cuando aparecieron Joey y otros cuatro chicos.

—¿Conque asaltando nuestro fuerte? —gritó Joey.

Los cinco amigos se abalanzaron sobre Pete, Dave y Ricky. Un chicarrón se sentó sobre Ricky y no le dejó moverse, mientras los otros derrotaban a Dave y Pete, a pesar del valor con que ambos lucharon.

Por último, Joey sacó la pieza del bolsillo de Pete y se marchó del campo de batalla, seguido por sus amigos.

¡QUÉ MALA INTENCIÓN!



Joey Brill y sus amigos se separaron en distintas direcciones mientras Pete, Ricky y Dave salían en su persecución.

—¡Seguid a Joey! ¡Él es quien lleva la pieza! —gritó Pete.

—¡Hay que apresarlo! —replicó Ricky, siguiendo a los mayores, aunque aún cojeaba un poco.

Pero Joey les llevaba mucha ventaja. Después de una enloquecida persecución, calle tras calle, Joey desapareció de la vista.

—Debemos separarnos, quizá siguiendo distinto camino alguno consigamos encontrarlo.

Cada chico siguió por una calle distinta. Ricky había recorrido casi medio kilómetro cuando descubrió a Joey, sentado en un bordillo, con la dichosa pieza en las manos.



Ricky gritó a todo pulmón, llamando a Dave y a Pete, pero éstos se encontraban muy lejos. Valerosamente, el pequeño se lanzó solo a perseguirlo, gritando mientras corría:

—¡Pete! ¡Dave! ¡Ayudadme a apresarlo! ¡Está aquí!

Temiendo que Ricky recibiese ayuda demasiado pronto, el mal intencionado Joey reanudó una vez más su carrera. El pelirrojo le perdió de vista en la esquina de la calle en que estaba la guardería. Por fin, Ricky renunció a seguirlo porque le dolían las piernas.

A mitad de camino a casa, se encontró con Dave y Pete. Los tres mostraban expresiones sombrías, mientras comentaban lo sucedido.

—Parece que fuiste tú el último en verlo —murmuró Dave—. ¡Qué lástima no haber estado cerca para darle su merecido! Ahora necesitaremos hacer una pieza nueva para el tiovivo y eso lleva tiempo.

—¡Zambomba! ¡Y con los pocos días que faltan para la fiesta! —

se lamentó Pete.

Al llegar cerca de casa de los Hollister, los chicos vieron a Pam, Sue y Holly que se aproximaban en dirección opuesta. Sue hacía rodar algo por la acera, guiándolo con un palito.

—¡Huuuy! Sue viene jugando con un aro pequeño —comentó Ricky.

—Pero demasiado grande para ella —bromeó Dave.

Cuando las niñas llegaron cerca de los chicos, éstos pudieron ver que no era un aro lo que Sue empujaba, sino… ¡la pieza que faltaba del tiovivo!

Pete corrió a verlo.

—¡No me quites mi juguete! —protestó la pequeña, mientras su hermano examinaba la pieza—. La he encontrado yo y quiero «juegar» con ella.

—Un momento —pidió su hermano, revisando una y otra vez la pieza.

—¡Qué cosas pasan! —farfulló Dave, sin aliento—. Si es lo que estábamos buscando… ¿Dónde lo has encontrado, Sue?

—En el patio de la guardería. Estaba jugando allí, con Jill y Jack, cuando pasó no sé quién, corriendo, y tiró esto por encima de la verja. Entonces el juguete se acercó a mí, rodando.

—¡Vaya suerte! —dijo Ricky, antes de echarse a reír con alegres carcajadas—. Si Joey hubiera imaginado que había cerca un Hollister, no habría tirado allí la pieza.

Los muchachos explicaron a Sue de qué estaban hablando y la niña les entregó la pieza de muy buena gana.

—He encontrado una cosa muy «portante», ¿verdad? —preguntó, palmoteando.



—Eres una verdadera heroína por haberlo encontrado —dijo Pete, acariciando el cabello de su hermanita—. Te lo cambiaremos por otro aro para que lo hagas rodar.

Entraron todos en el patio de la casa. Pete corrió a desprender uno de los aros de un viejo barril almacenado en el sótano, para dárselo a la pequeña.

—Este aro puedes usarlo para que ruede por el suelo o para hacer que «Zip» salte por el centro —explicó Pete a la pequeña.

Y dio un silbido que hizo acudir inmediatamente a «Zip». Cuando Pete sostuvo el aro en alto, el perro cruzó por él, saltando airosamente.

—Ahora prueba tú, Sue —dijo el hermano mayor.

A «Zip» le encantó el juego y seguía saltando a través del aro cuando el señor Hollister llegó a casa. Pete y Ricky corrieron a darle a su padre la buena noticia.

—¿Por qué no vamos a ajustarla en su sitio esta noche, papá? —sugirió Pete.

El señor Hollister accedió a la petición y en cuanto terminaron de cenar, los hombres y chicos de la familia Hollister salieron hacia el patio de la escuela. Ajustaron la pieza al motor del tiovivo sin dificultades.

—Pongámoslo en marcha para ver cómo funciona —pidió Pete.

—Bien. Todo listo —dijo uno de los bomberos que estaban presentes.

Pusieron en funcionamiento el motor, y Pete presionó el botón que ponía en marcha el tiovivo. Éste empezó a girar y al mismo tiempo sonó música alegre y emocionante. Esta vez, el aparato no se detuvo. Pete y Ricky aplaudieron, y los bomberos felicitaron a los Hollister.

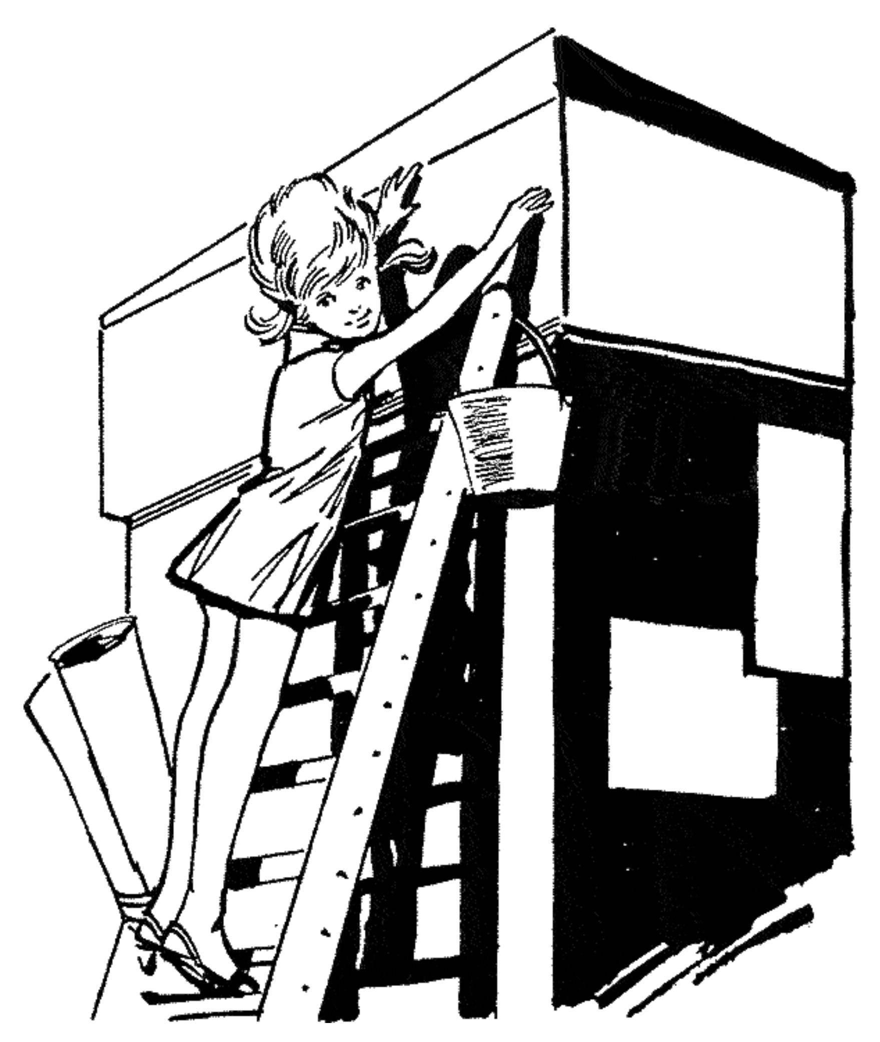
—¡Ahora sí que lo tenemos todo arreglado para la fiesta del colegio! —dijo Ricky.

—No todo —contestó su hermano—. Nos queda mucho que hacer antes de la noche de la inauguración.

—¿Qué más os falta? —preguntó el señor Hollister.

—Las casetas de feria. Las levantaremos mañana por la noche. Los bomberos que estén de guardia nos ayudarán.

Al día siguiente, la temperatura era muy buena y no soplaba viento alguno: un tiempo ideal para levantar y decorar las casetas. En medio de gran fragor de martillos y sierras y del agradable olor a madera fresca, construyeron rápidamente diez casetas. En el trabajo intervinieron hombres y niños.



Luego se presentó un grupo de niñas para decorar las casetas. Enrollaron tiras de papel rizado a lo largo de los postes horizontales y en los bordes de los tejados, de modo que todo adquirió un aspecto muy alegre.

—Estoy deseando que empiece la fiesta —dijo Ricky—. Quiero salir de una vez en mi coche de carreras.

Aunque la pierna derecha le dolía un poco todavía, estaba ya lo bastante fuerte para que el muchachito se atreviese a participar en la gran carrera.

Poco después de las nueve, cuando todo el mundo hubo

concluido su trabajo en las casetas, los bomberos apagaron el reflector de su coche.

—Buenas noches. ¡Y gracias por la ayuda! —se decían unos a otros, mayores y chicos, dispuestos a regresar a sus casas.

—¿Verdad que recibirá una gran sorpresa el señor Russell cuando vea las casetas terminadas, mañana por la mañana? —comentó Pam, entusiasmada, mientras entraban en casa.

A la mañana siguiente, los alumnos de la escuela Lincoln acudieron muy temprano para admirar las bonitas casetas del patio. Pero, al entrar, todos ahogaron gritos de sorpresa.

¡Todas las pequeñas construcciones de madera habían sido derribadas!

Casetas, banderolas y papeles de colores aparecían desparramados por el suelo.

—¡Oh! ¡Qué cosa tan terrible! —se lamentó Holly, llorosa.

—¿Quién puede haber hecho una cosa así? —exclamó Pam.

—¡La misma persona que quiere estropear nuestra fiesta! —declaró Pete, indignado.

—¡Claro! —confirmó Ricky—. Apuesto lo que queráis a que ha sido Joey, o el señor Byrd.

—Tenemos que averiguarlo —dijo Pete—. En cuanto suene el timbre, iré a la cocina para telefonear al agente Cal.

Diez minutos después de recibida la llamada telefónica de Pete, llegó el policía. El agente se mostró indignadísimo al ver las casetas rotas. Con el rostro ceñudo, pidió al director que le diese alguna pista, pero el señor Russell no pudo proporcionar ninguna información.

El policía examinó los destrozos. Tampoco allí encontró indicio alguno relativo a la persona que pudiera haber causado aquellos daños.

—¡Qué terrible estropicio! —repetía el señor Russell—. Ahora habrá que reconstruirlo todo. ¡Espero que se encuentre pronto a la persona culpable, y que se la castigue severamente!

—La encontraremos —prometió el agente Cal—. La ley dará con ella, más pronto o más tarde.

Entretanto, en casa de los Hollister, las cosas sucedían mucho más felices.

Allí, Sue, sentada en el regazo de su abuela, escuchaba un bonito relato de la anciana. La pequeña no se cansaba nunca de preguntar cosas que le habían sucedido a la abuelita siendo niña.

—Anda, abuelita, cuéntame más cosas de tus tiempos.

Ahora, la abuelita le habló de un caballito blanco que utilizaba para ir al colegio. Dijo que un día el animalito metió la cabeza por la ventana y estuvo olfateando a la maestra, que estaba de pie, leyendo una lección a los niños. La maestra se asustó tanto que dejó caer el libro, éste fue a parar al pupitre de la abuelita, volcó el tintero y el alegre vestido que llevaba quedó manchado de tinta.

—¡Ja, ja! ¿Y qué más pasó luego?

La abuelita se ajustó los lentes y dijo que, después de todo, la cosa no tuvo demasiada importancia porque en aquellos días le estaba haciendo falta un vestido con lunares azules. Luego, alguien dio al caballo una manzana y el animalito esperó, pacientemente, a que acabase la clase.

—Igual que el corderito de Mary —dijo Sue.

En seguida pidió que le contara algo más.

La abuela respondió que tenía muchas cosas que hacer y propuso que Sue jugase un rato sola.

—Ya sé —dijo la pequeña—. ¿Por qué no juego con las muñecas de trapo que hemos hecho para la fiesta?

Fue en busca de la caja de cartón que habían dejado en el vestíbulo. Dentro había varias muñecas de trapo, con vistosos adornos. Sue sacó cuatro de ellas.

—Las llevaré a pasear —decidió.

Se puso la chaqueta y, abrazada a las muñecas, salió al porche posterior. Pero cuando vio a «Zip», decidió que no daría el paseo. Iba a quedarse en casa a jugar.

—Tú serás el papá y yo la mamá —dijo acariciando a «Zip»—. Y éstos son nuestros cuatro hijitos.

«Zip» pareció entender perfectamente e hizo todo cuanto su amita le indicaba.

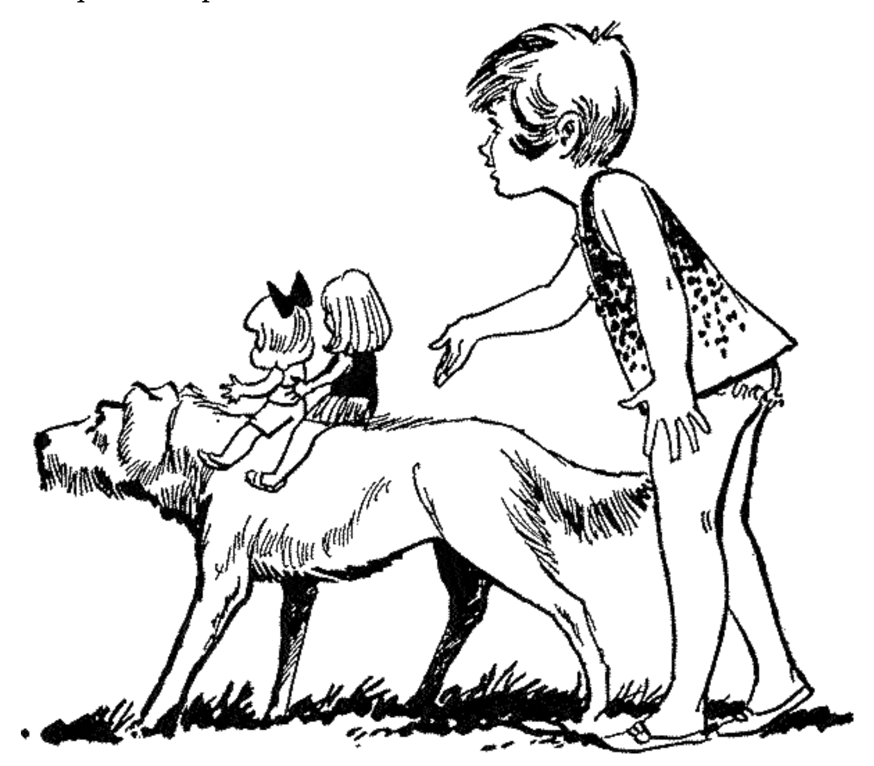
—Primero les daremos un paseo a caballo —dijo Sue.

Sue colocó las cuatro muñecas en hilera sobre el lomo del perro. Luego, sujetándolas para que no se cayesen, caminó junto a «Zip», describiendo círculos por el patio.

—Ya habéis paseando bastante —dijo al cabo de un rato a sus «hijas»—. Ahora hay que acostarse.

Las acostó en fila, en el porche, y las tapó con una manta del coche de su muñeca.

—Ahora, «Zip», tenemos que sentarnos junto a nuestras hijas hasta que se despierten.



En ese momento, tras unos arbustos de la propiedad de los Hollister aparecieron un gran perro negro y otro blanco, más pequeño. Los dos miraron a «Zip», pero no se acercaron.

—Puedes irte a jugar con ellos hasta que te llame —dijo Sue a su perro.

Los tres canes empezaron a retozar por el patio, persiguiéndose unos a otros y mordiéndose amigablemente la cola. Sue, mientras tanto, entró en casa para tomar un vaso de leche y unas pastas.

Ahora los tres animales corrían alrededor del porche. De pronto, el perro negro se detuvo y contempló las muñecas. Se acercó más, las olfateó y acabó por agarrar una entre los dientes. El perro

blanco le imitó.

«Zip» quedó un momento desconcertado. No sabía qué hacer. Por fin se acercó a sus amigos y les dio un suave empujoncito, como diciéndoles con muy buenos modos: «Vamos. Dejad las muñecas donde las habéis encontrado».

Pero los perros visitantes tenían ideas distintas. Echaron a correr por el patio sacudiendo entre los dientes las muñecas y rasgando la tela de que estaban confeccionadas.

Entonces, el perro blanco soltó su muñeca y quiso apoderarse de la muñeca del perro negro. ¡Qué alboroto se armó cuando los dos perros se enzarzaron en una pelea, rodando por el suelo!

La pobre muñeca se rompió en dos pedazos y su relleno se dispersó por el patio. Y entonces los dos perros decidieron ir a por las muñecas restantes. Saltaron al porche y se apoderaron de las muñecas en el mismo momento en que Sue abría la puerta.

Al ver que los animales sacudían vigorosamente a sus pobres «hijas», Sue prorrumpió en gritos desgarradores:

—¡Socorro! ¡Socorro!

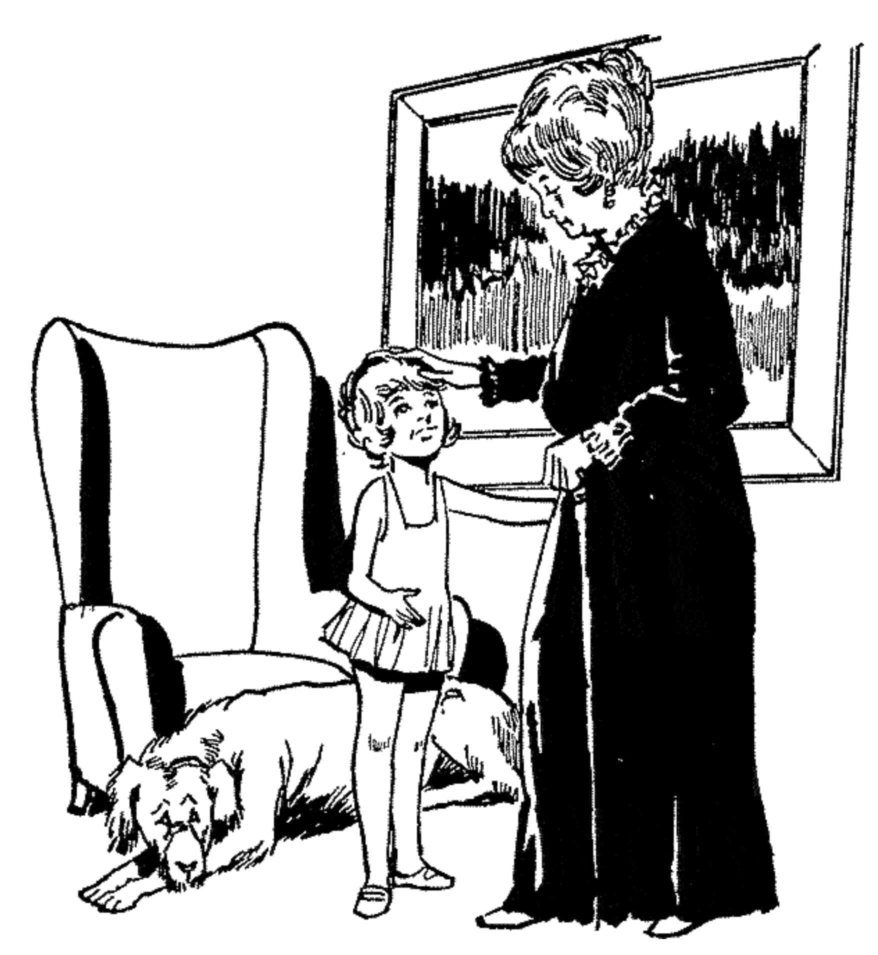
EL ULULAR DEL BÚHO



Al oír las lamentaciones de Sue, «Zip» ya no dudó sobre lo que tenía que hacer. Primero se lanzó sobre el perro negro, para quitarle la muñeca de trapo. En vista de que el perro negro no estaba dispuesto a ceder, «Zip» le propinó un mordisco. Asustado, el perro negro lanzó un ladrido, dejó caer la muñeca y huyó del patio.

El perro pastor se volvió hacia el perro blanco. En dos minutos, le obligó a que dejase la muñeca y le echó del patio.

Las muñecas de trapo que la abuela y las niñas hicieran con tanto cariño para la fiesta del colegio estaban tiradas en tierra, hechas jirones. Sue, hecha un mar de lágrimas, estaba recogiendo los pobres despojos cuando Pete y Dave, que se había quedado a comer con su amigo, salieron apresuradamente para averiguar qué sucedía.



Entre hipidos lastimeros, Sue les explicó lo ocurrido. Pete acarició la cabeza de «Zip», diciéndole al mismo tiempo:

—Muchas gracias por proteger las muñecas. Eres un perro héroe.

—¡Pero mira cómo están! —se lamentó Sue, mostrando los restos—. Pam no podrá ya venderlas en el colegio, y la culpa ha sido mía por sacarlas aquí.

Pete contestó que seguramente la abuelita ayudaría a hacer otras nuevas. Al oír aquello, Sue corrió a la casa para hablar con la abuela.

—Claro que sí —le contestó la bondadosa anciana—. Entre tú y yo haremos otras cuatro preciosas muñecas de trapo.

Sue se secó las lágrimas y sonrió.

—Podemos hacer un perro «hijo» para que juegue con «Zip» —

propuso—. Como es un perro héroe…

La abuela y la señora Hollister se echaron a reír y dijeron que les parecía una excelente idea. La madre de Sue buscó un impermeable viejo dé nilón.

—Esto servirá para el perrito de «Zip». No se romperá tan fácilmente cuando juegue.

Pronto estuvo el perrito cosido y relleno. Sue fue en busca de su caja de lápices de colores y le dibujó ojos, hocico y boca. Él animal resultó con una cara muy especial.

—«Zip» va a quererte mucho —le prometió Sue, sosteniéndolo en alto.

Y en seguida salió de la casa para entregar su premio al hermoso «Zip». Éste lo olfateó y lanzó un gruñido amistoso. Por fin, agarró al perro de trapo entre los dientes y lo lanzó por los aires.

—¿Ves? —dijo Sue a Pete—. «Zip» ya sabe cómo jugar con él.

Unos minutos después, Sue regresó junto a su abuela, que estaba rellenando ya las nuevas muñecas. Cuando llegó Pam, Sue le habló del accidente sufrido a las otras muñecas.

—Pero la abuelita ya está haciendo unas muñecas nuevas. Oye, Pam, ¿no podemos hacer unas muñecas de premio?

—¿Qué quieres decir, guapa?

Sue se sentó en un almohadón y hundió el mentón en sus manos gordezuelas, mientras pensaba.

—Ya sé —dijo de pronto—. Podemos hacer una muñeca con un ojo azul y otro marrón. La niña que tenga esa muñeca dará un paseo en el tiovivo, sin pagar.

—¡Qué buena idea! —exclamó Pam—. Pondremos un letrero anunciándolo. Eso ayudará a vender las muñecas. Hay que preparar bonos gratuitos para regalarlos.

Cuando las cuatro muñecas estuvieron terminadas, la abuela tomó unas hebras de hilo marrón y otras azules e hizo los ojos con ellas.

—A primera vista, nadie se dará cuenta de esto —dijo.

Durante los días siguientes, la emoción fue en aumento de hora en hora, en la escuela Lincoln. Se veían coches de carreras de todas clases y modelos en el patio, donde los chicos hacían pruebas.

Para entonces, la cojera de Ricky había desaparecido por

completo. El pequeño estaba en buenas condiciones físicas para participar en el concurso. También su coche tenía el mejor aspecto de todos los que iban a tomar parte en la competición.

Una mañana, cuando Pete y Dave llegaban juntos a la escuela, se encontraron con el señor Logan, el portero, que parecía preocupado. Todos los alumnos querían al señor Logan, y Pete se preguntó qué le pasaría.

—¿Le ocurre algo malo? —se decidió a preguntarle.

—Sí. Mi hermano ha estado vigilando el patio por las noches, pero es demasiado grande para una persona sola. Algún desvergonzado se entretuvo en estropear las casetas.

Pete miró a Dave.

—Quizá nosotros podríamos ayudarle. ¿Qué te parece?

—Claro que sí, Pete.

Los dos amigos fueron directamente al despacho del señor Russell y le explicaron lo que ocurría.

—Es una buena idea —admitió el director—, pero tendréis que consultar con vuestros padres. Traedme el permiso por escrito esta tarde.

—Sí, señor. Y muchas gracias.

El señor Russell sonrió.

—Y a ver si descubrís al intruso.

—Lo descubriremos —prometieron los chicos. Y mientras volvían al patio, a esperar que sonase el timbre, Pete exclamó—. ¡Zambomba, Dave, ahora sí que actuaremos como verdaderos detectives!

Los dos muchachos recibieron permiso de sus padres para vigilar aquella noche. Ambos estaban ansiosos porque oscureciera. Poco antes del oscurecer se reunieron con el hermano del señor Logan, en el patio del colegio. El hermano del portero era un hombre alto y delgado, de cabello gris y espalda algo abultada.

—Bueno. ¿Puede alguno hacer alguna sugerencia sobre cómo debemos vigilar las casetas? —preguntó.

—Yo creo que no debemos estar juntos —opinó Pete—. Debemos elegir posiciones alrededor del patio.

—Eso me parece bien —declaró Dave—. Pero debemos concertar alguna señal para avisamos.

—¡Ya tengo una! —exclamó Pete, haciendo chasquear los dedos —. ¿Qué tal el ulular del búho? Hay una familia de búhos en el árbol grande de delante del colegio. Así que eso no parecerá nada raro.

Los dos estuvieron de acuerdo con su proposición. Luego acordaron que el señor Logan quedaría vigilando en la entrada de la parte posterior del colegio. Pete se ocultaría en uno de los recintos de arena destinado a juegos de los pequeños, y Dave se escondería en una caseta.

—Pero no debemos atacar a nadie, a no ser que veamos que estropea las cosas —advirtió el señor Logan, antes de que los tres se separasen, camino de sus puestos.

Ya había oscurecido por completo y las luces de la calle parpadeaban. Transcurrieron los minutos muy lentamente, mientras Pete, tendido en el recinto de arena, esperaba, con los ojos muy abiertos. Durante una hora no sucedió nada. Pete estuvo cambiando de posición con frecuencia para no anquilosarse.

De repente, oyó el ulular del búho. Pete, dando un salto, respondió al grito. Al momento, el ulular sonó en la entrada. Otro grito similar llegó, procedente de la caseta.



«¿Quién habrá visto algo?» —se preguntó Pete, con los nervios a flor de piel. Y corrió al puesto de vigilancia del señor Logan.

También llegó allí Dave corriendo. Pero todos se mostraron sorprendidos, pues, al parecer, no había sucedido nada.

—¿Quién ha hecho la primera llamada? —preguntó Pete.

—Yo no —dijo Dave.

—Ni yo —declaró el señor Logan.

¿Era posible que alguna otra persona les hubiera Oído hablar de la señal convenida y les estuviera gastando una broma? Los tres vigilantes buscaron por todas partes, sin poder descubrir nada.

Por fin Pete, dijo sonriendo:

—Ha debido ser alguno de los búhos del árbol.

—No había pensado en eso —confesó el señor Logan :—. Será mejor que cambiemos de señal. Daremos un silbido.

Rápidamente eligieron un silbido apagado que practicaron unas

cuantas veces. Luego, cada cual regresó a su puesto.

Pasada media hora, Pete vio un coche misterioso que se detenía con gran silencio ante la entrada de la escuela. En seguida advirtió a los demás con el silbido acordado.

El señor Logan salió de su escondite y, arrimado a la pared, avanzó paso a paso, oculto en las sombras.

Mientras tanto, el intruso bajó del coche, saltó la valla y se encaminó a las casetas. Pete avanzó, arrastrándose, sigiloso.

El desconocido penetró en una de las casetas, reapareciendo a los pocos segundos. Pero no causó el menor desperfecto. Extrañados, los tres vigilantes aguardaron. El intruso se encaminó a su coche. Un momento después, encendía una cerilla y Pete pudo verle perfectamente el rostro.

¡El hombre llevaba perilla!

Al instante, Pete se lanzó en su persecución. Pero antes de que el muchachito hubiera podido alcanzar al intruso, sonó una explosión a su espalda.

Él, señor Logan gritó, al instante:

—¡Fuego! ¡Una cabina ha sido incendiada! ¡Las llamas se propagarán y se quemará todo!

UNA FIESTA MARAVILLOSA



Al oír la explosión y los gritos de fuego, Pete se detuvo y se volvió a mirar. Brotaban llamas, en todas direcciones, de la gran caseta del patio.

«¿Qué conviene hacer?», se preguntó Pete.

¿Debía seguir persiguiendo al hombre de la perilla, que había colocado la bomba incendiaria, o era preferible que ayudase a sofocar las llamas?

En seguida tomó una decisión. Hablaría luego con la policía sobre aquel hombre. En aquel momento, lo que tenía que hacer era ayudar a apagar las llamas.

Así que Pete corrió hasta el recinto de arena, gritando:

—¡Dave, hay que echar arena sobre las llamas!

Dave corrió al lado de Pete y los dos chicos tomaron sendos cubos, que llenaron de arena. La fueron arrojando sobre las casetas más pequeñas, donde ya las llamas habían prendido.

A los pocos momentos, aparecía el señor Logan con un extintor colgado del hombro. Pete acudió a por él y se apresuró en dirección a la caseta envuelta en llamas y sobre la que lanzó un chorro de espuma. Pronto pasó el peligro. Las llamas fueron sofocadas. Dave

había continuado arrojando arena sobre las casetas más pequeñas. Momentos después todas las lenguas de fuego desaparecieron.

—Buen trabajo, chicos —alabó el señor Logan, agradecido—. Todo podía haber desaparecido, devorado por las llamas. Es una lástima que no hayamos podido atrapar al incendiario.

Decidieron que había que informar inmediatamente a la policía. Así que el señor Logan fue a telefonearle.

Los muchachos contemplaron los desperfectos.

—Esta caseta grande ha quedado muy mal —comentó Dave, indignado.

Pete la miró detenidamente, y pensó que quizá entre él y Dave, con la ayuda del señor Logan, pudieran repararla. Cuando el guarda volvió, fueron a buscar herramientas y madera al sótano del colegio.

Pronto llegó el agente Cal en su coche patrulla y escuchó la descripción que le hizo Pete del hombre que había provocado el incendio.

—Parece ser el mismo hombre con perilla que nosotros estamos buscando —dijo el policía.

Pete movió la cabeza, sorprendido al saber que ya la policía sospechaba de aquella persona, que creían tenía relación con la feria ambulante, pero que desde hacía varios días no había sido visto en el Jumbo.

—Pero no cesamos en la búsqueda —concluyó Cal.

Cuando el señor Logan y los muchachos le despedían, el agente prometió que uno de los coches patrulla pasaría por los terrenos del colegio de vez en cuando, para ver si había vuelto el intruso.

Después de reparar la caseta grande, Pete y Dave se marcharon a sus casas. A primera hora de la mañana siguiente, Pete llamó a la policía. Le informaron que el incendiario no había sido localizado todavía.

Todo quedó preparado en el patio del colegio, esperando que llegara la tarde del sábado, en que iniciaría la fiesta. ¡Qué alegría y nerviosismo reinaba en todos los rincones! El sábado todo era algarabía.

La banda dé la escuela interpretó alegres melodías y los niños iban y venían por allí; unos solos, otros acompañados por sus

padres.

Se habían preparado diversos juegos para diversión de todos. Las casetas estaban llenas de artículos para su venta. Ninguno de los puestos resultaba tan invitador como el de las muñecas de Pam. Había cinco tipos de muñecas de trapo entre los cuales elegir. Pero las que se entregaban a los compradores estaban envueltas en papel de color y adornadas con una cinta. En una de las casetas se veía este letrero:

CONSIGA UNA MUÑECA CON PREMIO

Cuando la mitad de las muñecas habían sido vendidas, Pam anunció por el altavoz:

—Todas aquellas niñas que posean una muñeca de trapo con un ojo azul y otro marrón tienen derecho a dar una vuelta, gratuitamente, en el tiovivo grande.

Inmediatamente se oyeron alegres gritos entre las niñas, varias de las cuales acudieron a recibir su premio. ¡Porque nadie sabe lo emocionante que puede ser conseguir un viaje gratuito en un bonito tiovivo!

El negocio resultó verdaderamente próspero en la caseta de Pam. En poco tiempo, todas las muñecas, incluso las de muestra, desaparecieron. La señora Hollister llegó, acompañada de Sue, su hija menor, a quien le resplandecían los ojitos.

—Hemos ganado montones de dinero para la guardería —informó Pam con emoción.



—¡Cuánto me alegro, hija! Y ahora, ¿por qué no das una vuelta por la fiesta y te diviertes?

—Hay una cosa más que tengo que hacer —repuso Pam. Y se acercó a cuchichear algo al oído de su madre.

La señora se mostró sorprendida y contenta.

—¿Por qué no me acompañas, mamita? —pidió Pam—. No nos llevará mucho tiempo.

—De acuerdo. Sue se quedará con la abuelita.

Después de dejar a la chiquitina con su abuela, Pam y su madre fueron a la salida del patio para efectuar una misión secreta.

Cuando regresaron, todos, incluida Ann Hunter que estaba seleccionando billetes, se echaron a reír. Acababa de detenerse un coche y de él salieron Jack y Jill y otros tres niños de la guardería, acompañados de la señora Griffith. Todos llevaban unos lindos disfraces de payasos, gnomos y animalitos. Jack iba disfrazado de gallo, y Jill, de perro de aguas. Inmediatamente empezaron a corretear por entre la gente.

—Esto es tan estupendo como un circo —afirmó Ricky, mientras

saboreaba una arropía.

En aquel momento se oyó un anuncio por el altavoz.

—Ahora se celebrará la primera carrera del «derby» infantil —informó el director.

—Más vale que nos esperemos a verlo —opinó la señora Hollister.

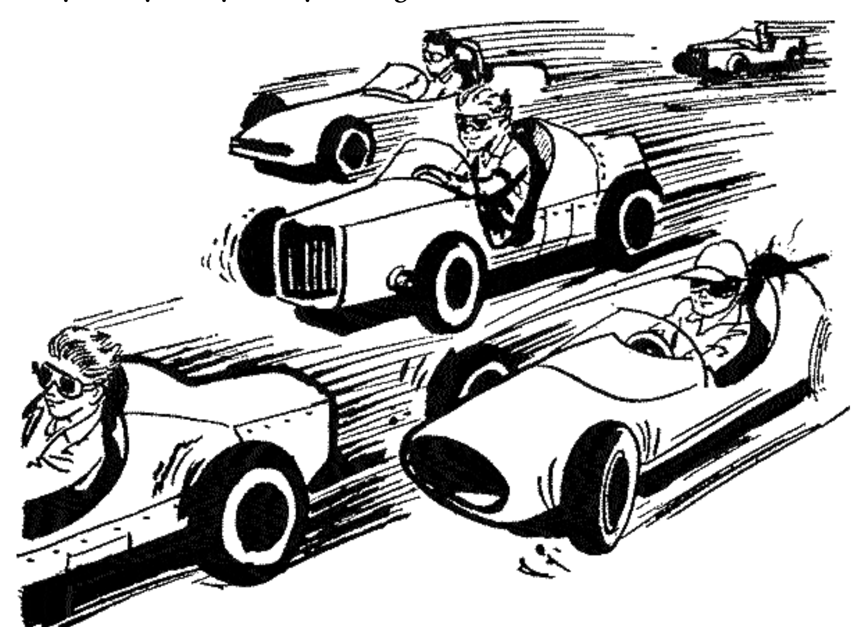
—Sí, sí —replicó Pam.

El señor Russell leyó a continuación los nombres de los cuatro participantes. Entre ellos se encontraba Ricky Hollister.

—Los dos primeros calificados pasarán a la final —hizo saber el director.

La carrera se disputaba en un paseo en declive, situado dentro de los terrenos de la escuela. Ricky y el resto de los participantes llevaron sus vehículos a lo alto de la cuesta. Cuando los pequeños se hubieron instalado en los coches, Dave Meade y otros miembros del comité se encargaron de colocarles en la misma línea de salida.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Ya! —gritó el señor Russell.



Los cochecitos quedaron libres y empezaron a descender por la pendiente. ¡Más de prisa, más de prisa cada vez!

—¡Adelante, Ricky! ¡Corre, Ricky! ¡Ánimo! —gritaban todos los

hermanos del pelirrojo.

Los participantes descendían velozmente. Ricky iba en segundo lugar. Cuando estaban muy cerca de la meta, el morro del coche de Ricky empezó a sobresalir por delante de todos. Holly se sentía tan emocionada que exclamó:

—¡Mi hermano está ganando! ¡Es mi hermano!

Pero cuando los participantes estaban a poquísima distancia de la línea final… ¡del vehículo de Ricky se desprendió la rueda delantera derecha! El eje despidió mil destellos al saltar sobre el pavimento. El coche que parecía iba a ser el número dos se adelantó, llegando el primero a la meta. Sin embargo, Ricky había viajado a tanta velocidad que incluso con solo tres ruedas llegó en segundo lugar.

Entre tanto, la rueda desprendida había rodado hacia los espectadores. Ricky corrió a recuperarla, mientras decían por el altavoz:

—Segundo puesto, Ricky Hollister, que pasa a la gran final.

El abuelo, que había estado presenciando la carrera, corrió al lado de su nieto para decirle:

—Hay que ajustar esa rueda inmediatamente, Ricky. Puede que haya saltado un perno; pero eso ha debido ser todo.

Mientras los segundos participantes de la primera prueba del «derby» se preparaban para la salida, Ricky entró en la escuela a pedir prestados martillo, tenazas y destornillador. Con la ayuda de su abuelo, arregló rápidamente el desperfecto.

—Ahora ya no se desprenderá —afirmó el abuelo—. Anda, ve y gana.

—¡Todos preparados para la gran final! —tronó el altavoz.

Ricky y otros cinco chicos arrastraron sus vehículos hasta lo alto de la cuesta. Mientras los ayudantes colocaban debidamente los coches, recibieron la gran sorpresa, anunciada, como todo, por el altavoz: El ganador de la prueba sería recompensado con una hermosa copa de plata.

—¡Buena suerte, Ricky! —gritó la señora Hollister, saludando, risueña, a su hijo.

—¿Todos listos? —preguntó una voz por el altavoz—. ¡Pues vamos ya!

—¡Ya salen! ¡Ya salen! —gritaron muchos espectadores, con voz ronca por la emoción.

LA CAPTURA EN EL CARRUSEL



En medio de los gritos de aliento de los espectadores, los seis pequeños participantes fueron ganando velocidad mientras corrían cuesta abajo. ¡Más de prisa! ¡Más! ¡Más!

—¡Caramba! ¡Mirad aquel coche rojo! —exclamó Dave Meade.

Dos chicos llevaban la delantera. Ricky ocupaba el tercer puesto.

El corazón del pequeño latió con fuerza cuando logró situarse en la misma línea que los dos primeros. Y entonces, centímetro a centímetro, el coche de Ricky empezó a ganar terreno. ¡Ya estaba en segundo lugar!

—¡Ricky! ¡Ricky! —gritaba Holly con voz estridente, cuando su hermano pasó, como un rayo, ante la fila formada por la familia Hollister.

Ante los ojos del gran corredor Ricky toda su familia pasó como una mancha de diversos colores.

A los pocos segundos, Ricky se encontraba al lado del primer coche. ¡Cuánto alboroto se produjo entre los espectadores, mientras los dos participantes corrían codo a codo, o rueda a rueda!

Sue daba saltitos al tiempo que chillaba:

—¡De prisa, Ricky! ¡De prisa!

Y entonces Ricky tuvo la sensación de que la línea de la meta corría hacia él a toda velocidad. Sin saber cómo, la carrera había concluido, y Ricky estaba a un lado de la meta, sin saber si había sido su coche o el rojo el ganador.

—¡Ha sido un empate! ¡Ha sido un empate! —gritó alguien.

El director avanzó hacia la meta con el trofeo, la hermosa copa de plata, en la mano. ¿Para quién sería?

El señor Russell se acercó a un micrófono y comenzó a hablar. Primero se extendió en alabanzas para todos los participantes. Luego, concluyó:

—¡El ganador del «derby» infantil es… Ricky Hollister!

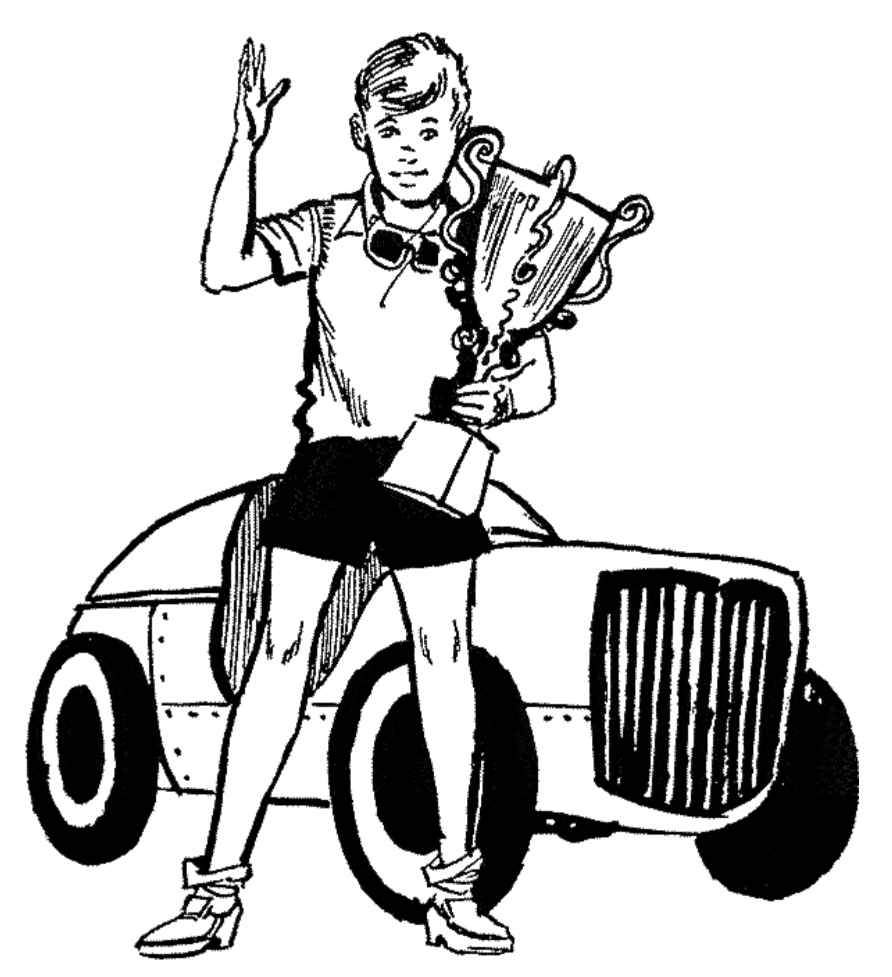
Mientras los demás aplaudían, la familia Hollister acudió a felicitar al héroe. ¡Cuántos besos y abrazos! Finalmente, todos los amigos del pequeño se divirtieron dándole palmadas en la espalda y gritando:

—¡Arriba Ricky! ¡Viva Ricky!

Cuando el señor Russell le hacía entrega de la copa de plata, Holly, sin poder dominarse, anunció con orgullo:

—¡Es mi hermano!

Unos minutos después el grupo se disolvía, y Pam y su madre desaparecían para llevar a cabo su misión secreta. Las demás personas fueron a divertirse en las casetas, juegos y tiovivos.



Holly corrió al final del patio donde «Domingo» y el carrito estaban atados a un árbol. Ya esperaban dos clientes, dispuestos a comprar sus boletos a Donna Martin, ayudante de Holly. Un niño y una niña se instalaron en el carro. Cuando se hubieron sentado, Holly les recogió los boletos, desató al burro y paseó a los niños por el patio durante unos minutos.

Cuando terminó aquel paseo, fue la señora Griffith la que esperaba con los cinco pequeños de la guardería, todavía luciendo sus lindos disfraces.

—¡Hola, Jack! ¡Hola, Jill! —saludó Holly a sus amiguitos—. ¿Queréis dar un paseo con «Domingo»?

—Tus «agüelos» nos han comprado pases —explicó Jack—.

Anda. Danos un paseo, que tenemos muchas ganas de montar en el carro.

Holly les tomó los pases y se quedó pensativa. Por fin dijo:

—Está bien. Pero no podéis montar todos a la vez.

La niña todavía se acordaba de la ocasión en que el pobre «Domingo» quedó suspendido en el aire porque en el carrito se habían montado demasiados viajeros a la vez.

Sin embargo, al cabo de un momento, encontró la solución:

—¡Ya sé! Jack, tú puedes ir montado en el lomo de «Domingo», sujetándole bien, mientras los demás viajan en el carro.

—¡Sí, sí! ¡Me gusta eso! —declaró Jack.

El esbelto gallo trepó al lomo de «Domingo» y gritó alegremente:

—¡Kikirikí!

Los demás niños subieron al carrito.

Holly se dirigió al perro de aguas, Jill, para preguntarle:

—¿Quieres empuñar las riendas y ser la conductora?

Inmediatamente Jill se apoderó de las riendas y las sacudió con fuerza.

—¡Arre, «Domingo»! ¡Arre! —gritó, y el singular grupo se puso en marcha.

Cuando la gente vio a un gallo montado a lomos del burro, y cacareando alegremente, mientras un perro de aguas llevaba las riendas, estallaron alegres carcajadas. Algunas personas tomaron fotografías.

También eran muchos los que se divertían en los dos tiovivos. Sobre todo el pequeño estaba continuamente lleno. Mientras Jeff Hunter recogía los boletos, Ricky, que se había puesto de nuevo al trabajo, ayudaba a los pequeños a sentarse en los diferentes animales. El abuelo se ocupaba de dar la orden de salida y de parada. Todos los niños chillaban con deleite, mientras el tiovivo giraba y giraba.

—Luego quiero montar en el león —informó un pequeño que había montado en un ciervo, cuando terminó el viaje.

El otro aparato tenía igualmente un éxito enorme.

—¡Qué negocio, chico! —exclamó Pete, hablando con Dave, al contemplar la fila de alumnos que esperaban para adquirir sus boletos en la caseta vecina.

—¡Id pasando por aquí, para ocupar vuestros puestos! —indicó un chico llamado Bert, mientras Pete accionaba la palanca que detenía el tiovivo.

Cuando éste fue deteniéndose, los niños saltaron a tierra para dejar el puesto a nuevos clientes.

Dave Meade, que había estado ayudando eficazmente, fue a distraerse un poco. El muchachito dio una vuelta por el patio hasta llegar a la entrada de una caseta, donde Ann Hunter acababa de dejar, en una estantería, una bolsa con el dinero que habían recaudado hasta el momento.

Al aproximarse, Dave vio que un hombre, que parecía intentar pasar inadvertido, se dirigía también a la caseta. Y cuando Ann volvió la cabeza un momento, el hombre se apoderó de la bolsa con el dinero, se la guardó en el interior de la chaqueta y corrió a mezclarse con la gente.

—¡Detengan al ladrón! —gritó instantáneamente Dave, echando a correr tras el hombre, perdido ya entre el gentío—. ¡Detengan a ese hombre! ¡Se lleva nuestro dinero! ¡Es un ladrón!

—¿Qué hombre? —preguntaron, asombrados, algunos de los presentes.

—¡Aquél de allí! —contestó Dave, señalando al hombre que se dirigía al tiovivo grande—. ¡Detengan al ladrón!

A pesar de la música y del zumbido del motor del tiovivo, Pete oyó los gritos. Miró a su alrededor y vio al hombre que corría hacia el tiovivo. Su rostro le resultó ligeramente familiar. ¿Dónde le había visto antes?

De pronto, Pete se acordó de los dibujos que hiciera el tío Russ de los dos hombres que le describió el señor De Marco. Aquel hombre era… era… ¡El señor «Perilla»! Pero se había afeitado.

El hombre se agarró al poste del carrusel con una mano y saltó a la plataforma. Los niños que viajaban en aquel momento en los animales quedaron atónitos al ver al hombre que corría entre ellos, intentando llegar al otro extremo, para saltar y mezclarse entre la gente.

—¡Quieto! —gritó Dave, aproximándose a la carrera—. ¡Pete, detén el tiovivo!

Pero Pete Hollister tenía otras ideas. ¡Lo que debía hacer era

acelerar la marcha del tiovivo para que el señor «Perilla» no pudiese bajar!

Pensado y hecho, Pete movió la palanca hasta otra muesca y el aparato giró furiosamente. Iban tan de prisa que el ladrón no se atrevía a saltar por miedo a sufrir un serio percance.

Ahora, todos los presentes en la fiesta rodeaban el tiovivo. Entre ellos, un joven policía uniformado.

«El agente Cal», se dijo Pete, lanzando un suspiro de alivio.

—¡Detén el tiovivo, Pete! —ordenó el policía, al mismo tiempo que sacaba unas esposas de sus bolsillos—. Ahora ya lo tenemos.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó el retozón abuelo Hollister, frotándose las manos.

Pete obedeció inmediatamente. Mientras el aparato reducía la velocidad, el ladrón saltó a tierra, intentando escapar. Pero entre el agente Cal y el abuelo Hollister lo sujetaron antes de que hubiera dado dos pasos.

—¡Tom Wheel, queda usted arrestado! —anunció Cal, esposando al hombre.

El agente le quitó la bolsa con el dinero y se la entregó a Pete. Luego, ¡chas!, ¡chas!, las esposas quedaron cerradas.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! —gritó el hombre—. Yo no soy Tom Wheel. Y ese dinero es mío. ¡Devuélvamelo!

—Le va a costar mucho tiempo probar todo eso —dijo el policía —. El afeitarse la perilla no nos ha engañado, Wheel.

El oficial registró al detenido y le encontró una cartera con su carnet de conducción. Una rápida ojeada demostró claramente que el hombre mentía.

—Es usted Tom Wheel, sin duda alguna —dijo Cal con gesto ceñudo—. Será mejor que lo confiese todo o su situación empeorará mucho más.

Mientras el hombre inclinaba la cabeza, dándose por vencido, Ricky gritó en tono acusador:

—¡Es usted un malo de los mayores! ¡Querer robarnos el tiovivo…!

—Pero no se salió con la suya —explicó Pete—, porque le perseguimos en el motel.

Una acusación tras otra fue cayendo sobre el detenido que, al

poco rato, temblaba de miedo.



—Está bien. Lo admito todo —dijo—. Es que el Carnaval Jumbo necesitaba un tiovivo y no conseguía encontrar ninguno. Los Hollister se nos adelantaron, apoderándose de los que había en Crestwood. Así que creímos justo quitárselos.

Wheel admitió que luego, sin que su socio lo supiera, había intentado apoderarse del tiovivo grande. Y, últimamente, quiso estropear la fiesta escolar, para conseguir que la gente acudiese al Carnaval Jumbo.

Al enterarse de que Joey no tenía buenas relaciones con los Hollister, le convenció para que saboteara el tiovivo, llevándose una pieza. Incluso le sugirió a Joey dónde podía ocultarla.

—Eso estuvo a punto de dar resultado —mascculló.
—Pero lo peor fue que destrozase usted nuestras casetas y quisiera quemarlas —se lamentó Dave.
Ahora, el detenido parecía avergonzado.
—Zack Byrd me advirtió que no debía hacer nada que no fuese totalmente honrado. Debí hacerle caso, pero ahora ya es tarde.
Luego, Tom Wheel explicó que el señor Byrd era un hombre honrado, aunque a veces resultaba difícil tratar con él. Fue él quien intentó comprar el tiovivo a los Hollister. Byrd y Wheel habían roto la sociedad el día antes. Desde ahora, el tío de Jack y Jill dirigía por su cuenta el Carnaval Jumbo.
Cuando concluyó su confesión, el policía llevó al detenido al coche patrulla.
Pete llevó la bolsa del dinero a Ann Hunter, mientras Pam y su madre llegaban en compañía de Zack Byrd.
Cuando Pete les contó lo sucedido, Pam exclamó:
—Nosotras también traemos buenas noticias. El señor Byrd piensa ayudar a Jack y Jill.
En ese momento, aparecieron los simpáticos gemelos. Su tío se inclinó a besarlos y abrazarlos, diciendo que, desde aquel momento, él se encargaría de pagarles las ropas y alimentos.
—¡Viva! —exclamó Jill—. Así mamá no tendrá que trabajar tanto.
—Naturalmente que no —contestó el señor Byrd—. Ella puede ayudarme a llevar los libros del Carnaval Jumbo. —Luego se volvió a la señora Hollister para decirle—: Estoy muy contento de que usted y su hija me hayan hecho comprender cuál es mi deber con respecto a estas encantadoras criaturas. Y ahora, Jack y Jill, ¿qué os parece si os compro unos caramelos y dais una vuelta en el tiovivo?
El señor Byrd pasó el resto de la tarde con sus sobrinos. Cuando la feria estaba casi a punto de cerrar, se oyó decir por el altavoz:
—Os habla Pete Hollister. Zack Byrd inaugurará esta noche su Carnaval Jumbo y todo el mundo será muy bien recibido allí.
Sonó un estruendoso aplauso. Luego Pete añadió:
—Aún no hemos contado todo el dinero que hemos obtenido en la fiesta escolar, pero sí sabemos que va a ser una elevada cantidad para atender las necesidades de la guardería infantil de Shoreham.

Mientras Pete hablaba, llegó a la escuela el señor Hollister con la señora Byrd. La pobre mujer quedó atónita al enterarse de la decisión de su cuñado y le dio repetidamente las gracias.

Jill Byrd, todavía con su traje de perro de aguas, se puso muy seria para decir a voces:

—Ahora todos podremos ser tan felices como los Felices Hollister.

